

# Cuentos Cortos

Rodrigo Jose Fausto Jumilla



# Capítulo 1

## EL HOMBRE EN LA PLAZA

El golpe en la cabeza fue fuerte y el dolor era más aún, la catarata tibia de sangre no tardó en caer desde mi cabeza hasta mis párpados, la vista se comenzó nublar y todo daba vueltas a mi alrededor. Levante la mirada con un gran esfuerzo y vi a la niña, la que en parte era culpable por el golpe recibido.

Hola, soy Juan Manuel Obeid y tal vez se preguntaran cómo llegué a recibir un golpe que literalmente me abrió el cráneo. No piensen que soy de esos tipos de acción que andan por ahí golpeando a todo el mundo o que soy alguna especie de delincuente. El golpe no me lo merecía, soy una persona tranquila que vive una vida tranquila, pero algo en mi no es normal. Pero no nos adelantemos, voy a comenzar desde el principio así ustedes pueden juzgar si me merecía ese golpe.

Estaba sentado en una plaza. El sol del domingo iluminaba a muchos niños mientras se divertían. ¿Que estaba haciendo ahí, sentado como si tuviese hijos a los que cuidar? Bueno, sencillo, estaba ahí porque me gusta ver a los niños. Casi puedo adivinar sus pensamientos, quizás están pensando que soy un pedófilo, ¡Pues no, por Dios! Me gusta estar cerca de ellos porque tienen mucha vida por delante. ¿Que, no es una razón convincente? Esta bien, lo entiendo, dejen que retroceda un poco más en la historia de mi "muy emocionante" vida.

Cuando era chico descubrí que no era normal. Me desperté un día y vi sobre la cabeza de mi madre un número. Si, un número, como si sobre su cabeza hubiese una pantalla de reloj digital. Asombrado intenté contarle pero no me prestó mucha atención y me llevó a la fuerza al colegio. Allí realmente comencé a preocuparme al notar que todos caminaban con esos números sobre sus cabezas. Algunos tenían aproximadamente la misma cifra, una que oscilaba entre los sesenta y cinco y setenta. Menos el fantasma. Tranquilos, les dije que no era normal pero tampoco veo fantasmas y esas cosas de chiflados.

El fantasma era un compañero de curso, era tan blanco y sus ojeras tan grandes que realmente parecía un espectro. Además, siempre estaba solo en algún rincón poco iluminado cuando era la hora del recreo. Pobre, siempre estaba enfermo, era muy delgado y vivía faltando a clases.

El tenía un cuatro sobre su cabeza, de color negro, de ese negro que tienen los pozos ciegos, mezcla de podredumbre con mierda. La cosa es que ese cuatro cambio a un tres, luego a un dos. Estaba intrigado ¿qué

sucedería cuando llegase a cero?

Me quedé sentado en un banco en el patio del colegio mientras los demás corrían y se divertían en el recreo. No aparté la vista del fantasma ni un segundo. Era lógico que él se diera cuenta y se incomodara. En mi curiosidad, había dejado de lado esa norma no escrita de la convivencia que impide que uno vea fijamente a alguien por mucho tiempo. Empujado por mi acoso visual, el fantasma dejó su rincón y se perdió entre los demás niños. Lo seguí. ¡Dios! Recuerdo que la curiosidad me estaba matando. El fantasma era escurridizo. El apodo le iba de maravilla, créditos al que lo bautizó. Luego de unos minutos lo perdí y en ese momento todo se volvió un lío. Todo el mundo se había vuelto loco, corrían de un lado para el otro. Dos maestros pasaron corriendo y casi me dejan como figurita pegado a la pared. Avance dificultosamente unos metros luchando contra la corriente de chicos y descubrí que había sucedido. El fantasma estaba tendido en el suelo, los dos maestros que casi me rompen la cabeza estaban a su lado y bastante preocupados. Uno de ellos gritó: "¡llamen a una ambulancia!" Varios niños valientes y curiosos estaban rodeando la escena y tuve que empujar a algunos. Logré ver la cabeza del fantasma caído. Tenía un cero.

Pobres los docentes de mi escuela, recuerdo que me asuste tanto que comencé a vomitar. Nadie lo sabe, pero creo que también moje los calzones. Ese día en el colegio jamás fue olvidado por ninguno de mis compañeros, ni por mí.

Como ya se podran dar cuenta, ese número sobre la cabeza del pobre fantasma indicaba el tiempo de vida que le quedaba. El chico tenía cáncer y ningun medico lo habia podido detectar y la única que lo pudo curar fue la parca.

Estos episodios se siguieron repitiendo durante mi vida. En mi pre adolescencia veía a la gente con números bajos y los seguía para ver qué les sucedía. Era muy joven y no comprendía la total dimensión de la muerte. Luego de adolescente la cosa se complicó, ya comprendía que la muerte era algo definitivo y que podía tocarle a mis seres queridos. Recuerdo que miraba obsesionado las cabezas de mis padres para comprobar si cambiaba rápidamente. Hasta que un día el de mi padre cambió y comenzó a descender rápidamente. Entre llantos le explique lo que sucedia y lo unico que obtuve fue varios meses de consulta con un psicólogo. Lo malo de ser adolescente es que todo el mundo piensa que la mayoría de tus problemas se deben a tus hormonas.

Mi padre murió luego de un año y las personas con números bajos o bajitos, como comencé a llamarlos, ya no llamaban mi atención ahora me producían tristeza. Saber que alguien va a morir pronto no es agradable,

creanlo.

Crecí con esa angustia en mi corazón todos los putos días hasta hoy. Intente formar pareja pero el hecho de no saber cuando esos malditos números iban a comenzar su cuenta regresiva en mi mujer me partía el alma y ni hablar de verlos en mis hijos. ¿Se imaginan ver descender los números rápidamente, como le había sucedido al fantasma, en la cabeza de sus hijos?

Deje de visitar a mi madre, no podría soportar saber cuanto tiempo le quedaba. Si, lo sé fué cruel y no crean que no me arrepiento todos los días pero ustedes son gente normal y no tienen mi problema así que les agradecería que no me juzgaran por eso.

Con el pasar del tiempo la tristeza se volvió culpa, por dentro me destruía el hecho de saber cuando la gente se iba a morir y yo sin poder hacer nada. Lentamente me fui aislando de las personas y logre conseguir un trabajo de conserje de turno noche en los subtes. En ese horario la gente no abundaba y eso significaba que no era probable cruzarse con bajitos.

Bueno, creo que luego de lo que les he explicado pueden llegar a entender porque me gusta ver a los niños, ellos no son bajitos así que cuando mi vida subterránea me satura voy a las plazas a quedarme allí, sentado sin más y contagiarme de su alegría juvenil.

Ahora volviendo al tema del golpe en la cabeza. Como ya les dije, estaba en una plaza y el sol del domingo, bla, bla, bla. Cuando vi a una madre. Una rubia muy bonita que traía a su hijita a la plaza. El padre era un grandote con mirada extraña. Les juro que si me lo encontraba de noche me cruzaba de vereda por temor a que me robe. La niña era preciosa, sin duda había sacado más de su madre. Tenía los cabellos rubios y los ojos marrones y se notaba que era más lista que los demás niños que compartían con ella la plaza. Su madre la llamó varias veces por su nombre: Redención. ¡Dios! Me molesta mucho la moda de ponerle nombres exóticos a los pobre chicos. Luego de un rato de jugueteo en la plaza los padres se confiaron y bajaron la guardia, la nena quedó jugando sola en la otra punta de la plaza. Me quedé observando a la niña, tenía un cien sobre su cabeza. Para la edad que debería tener era bastante y vaya que lo era, si tenía siete años llegaría a los ciento siete veranos. Eso sí es esperanza de vida. Me puse contento por los padres.

Allí me quedé, disfrutando de la vista hasta que una persona se acercó sigilosamente hasta la niña y comenzó a observarla. El tipo era la mar de extraño, mal afeitado, nariz aguileña. Si el padre de la nena tenía feo aspecto, este lo supera con creces. Luego se agachó para hablarle, lo que causó que la nena intentase huir pero el tipo rápidamente le tapó la boca y la secuestró evitando llamar demasiado la atención. ¡Dios! Era muy bueno, nadie en la plaza noto la jugada, seguramente ya lo había hecho

cientos de veces. Los números en la cabeza de la niña comenzaban a bajar rápido, maldita sea, bajaban tan rápido. ¡Noventa!, ¡ochenta!, ¡setenta!. Grite como un loco su nombre y comencé a perseguir al tipo. Los padres me escucharon, buscaron a su hija y comprendieron que era lo que sucedía. Corrieron tras de mí.

El hijo de remil putas se dirigió hasta una cortada y luego entró en un edificio en construcción. Gracias al cielo pude verlo, si no jamás la hubieran encontrado, al menos no con vida.

El padre me alcanzó un segundo después. Como olvidar ese primer encuentro, me tiró al piso con un tackle, con la facilidad de quien tumba una ficha de dominó. No soy un tipo de esos que se mata en el gimnasio pero tampoco soy un flacucho. Debo pesar noventa kilos y mido un metro noventa y ocho. El hombre estaba entrenado, sin duda, tal vez era militar. Le intenté explicar lo que sucedía para que no me golpeará pero no tuve éxito, estaba ciego y sordo por la ira. Fue la mamá quien me salvó. Lo llamó por su nombre, Gustavo le dijo con voz firme, y el grandote reaccionó.

Les explique lo que había sucedido y el padre entró en seguida al edificio, yo hice lo mismo. La madre, antes de entrar, llamó a la policía.

Dentro acordamos dividirnos para encontrarlos más rápido. ¿Adivinen quien lo encontró primero? Bueno, el me encontró a mí y de espaldas. Me sacudió de lo lindo en el medio de la cabeza. Ahora sí, les quiero preguntar. ¿Me merecía el golpe? Los que piensen que si ya saben donde se pueden ir. La sangre alcanzó mis ojos y antes de caer al suelo vi a la niña. ¿Porque llevaba guantes? Es algo que no les había contado, era enero, pleno verano, y la mocosa andaba con guantes jugando por la plaza.

Cuando quede tendido en el suelo sentí los pasos el forro de mierda que se acercaban, seguro para darme el garrotazo de gracia. Les juro que con la cabeza abierta uno no se puede mover mucho. Logré abrir los ojos una última vez, para ver su fea cara. Solo logre ver a la niña. Se estaba quitando los guantes, luego corrió hasta el tipo y se le echó encima. Fue muy cómico, en serio no se la esperaba. Con las manos le tomó la cabeza. No quiero que piensen, luego de todo lo que les conté, que estoy loco, pero lo que sucedió a continuación ni yo lo podía creer. Cuando la chiquita lo sujeto de la cabeza, de sus pequeñas manitas brotó una luz cegadora que duró algunos segundos, luego el tipo cayó de rodillas llorando como un bebé totalmente angustiado. Me miro y me pidió perdón, luego se lanzó al vacío. ¡Adiós hijo de puta! Se ve que la angustia fue demasiado fuerte.

Cuando vi a la niña ya no parecía la misma, había crecido, por lo menos, dos años. Puso una de sus manitas sobre mi mejilla y la luz volvió a

brillar. Toda la culpa que sentía por los años de ver morir a las personas sin poder ayudarlas desaparecieron. ¡Dios! Cuanta paz sentí. Entendí entonces porque la niña llamaba el nombre Redención. Quise agradecerle pero todo ya se había vuelto oscuro y no pude hablar. Tal vez, sobre mi cabeza, un cero debía estar flotando.

## **2 años después**

El hospital público de la ciudad se calentaba bajo los ardientes rayos del sol de enero. La gente llevaba la menor cantidad de ropa posible menos una mujer, que con paso firme entró al caluroso edificio. Llevaba puesto un sobretodo negro y lentes de sol, de esos que cubren casi toda la cara. Cuando llegó a la recepción pidió ver a Juan Manuel obeid.

-¿Es familiar? -Preguntó la recepcionista.-

-No, soy una amiga.

La mujer de la recepción se alegró.

-Hace ya dos años que está en coma y nadie lo vino a visitar. Ese muchacho es un héroe, salvó a una niña de un pedófilo y terminó así. Se encuentra en la habitación 404. Me podría dar su nombre por favor.

-Rebeca Rushbik.

-¿Puedo preguntarle el motivo de la visita?

-Vengo a curarlo.

La recepcionista quedó con la boca entreabierta mientras la mujer subía al ascensor en busca de la habitación 404.

**FIN**

## Capítulo 2

### EL DESARME

*2º Edición*

#### I

El antiguo televisor hacía un esfuerzo para poder mostrar la señal que capturaba la precaria antena. La imagen en la pequeña y polvorienta pantalla a veces se deformaba y otras veces subía o bajaba pero eso ya era tan normal que la programación del canal 2, lo único que se podía sintonizar, se miraba sin ningún problema.

-...Ya han pasado dos días desde las votaciones. *-Decía el conductor del noticiero-* y todavía no se sabe a ciencia cierta quién va a ser el próximo presidente. Las anomalías en el escrutinio no dejan de llamar la atención.

-Así es, se presentaron varios informes ante la ley sobre estas anomalías. La que más preocupa es la denuncia de los miembros de la oposición que afirman que han encontrado cientos de urnas flotando en el río. *-agregaba el periodista de la sección de política.-*

-Gracias Alejandro y ahora pasamos al panorama mundial. Bienvenida Sonia. ¿Como esta el mundo hoy?

-La situación entre varios países está preocupando a todos. China amenaza a los Estados Unidos con disparar contra los portaviones que rondan los límites de su frontera marítima. La tensión entre Rusia e Inglaterra ya está alcanzado niveles preocupantes. El ministro inglés dio una conferencia de prensa para explicar que no permitirán que Rusia agrede a los países del balt...*-El televisor se apagó-*

Tafari decidió que ya era suficiente de noticias que no le servían para nada. Criaba camellos, cabras, burros y ovejas, de que le servía saber con quien se peleaba un pomposo inglés que nunca trabajo realmente.

En su granja tenía todo lo que necesitaba y había logrado prosperar un poco, se había podido comprar un televisor de segunda mano. Gracias a la precaria instalación eléctrica que había en la aldea pudo enchufarlo y tuvo que subirse al techo para lograr colocar la antena, todo eso para poder ver un solo canal que la mayor parte del tiempo pasaba noticias que no le servían para nada. Poco se podía hacer luego de la jornada y ver la tele era algo.

Tafari se levantó y se metió a la cama junto a su esposa para dormir.

## II

-...Es casi inevitable el conflicto bélico entre China y los Estados Unidos, el presidente norteamericano no dejará pasar el hundimiento de uno de sus mejores portaaviones por parte de la armada China. Mientras tanto, su par oriental, afirma no tener la culpa de lo sucedido. Muchos analistas internacionales afirman que la situación es parecida, o incluso peor, a lo sucedido en Cuba en la época de la guerra fría. *-Decía Sonia la periodista de internacionales del noticiero.-*

-El panorama es preocupante Sonia, creo que estamos a punto de sufrir una tercera guerra mundial si los Estados Unidos decide atacar China. *-Agregaba el conductor.-*

-Estas en lo correcto y no podemos olvidarnos de la tensión entre Inglaterra y Rusia. Hoy se movilizaron tropas Rusas a la frontera de Letonia y Estonia. Esta acción ignora totalmente lo dicho por el primer ministro inglés de....

Tafari escucho a las ovejas quejarse nerviosas, se levantó de su pequeña silla de madera y mimbre para ver que les incomodaba. Los chacales eran una molestia en su zona y les encantaba comer ovejas.

Abrió la frágil puerta de madera, que más que puerta era un simple obstáculo para las miradas indiscretas de los demás aldeanos, no tenía cerradura y la separación de las tablas era lo suficientemente grande para que la brisa la traspasara tranquilamente. Allí en Chad no solía hacer frío, los peores enemigos eran los chacales y la pobreza.

Paseó entre los animales con su vara de madera, su única arma si tenía que alejar a los molestos chacales. En la punta más alejada del corral vio iluminarse seis puntitos blancos, cada uno iba de a par. La poca luz que provenía de su hogar y de la aldea hacía que las pupilas de los chacales los delataran en la oscuridad reinante del exterior. Aceleró el paso en dirección a los inquisitivos ojos y agitó la vara al mismo tiempo que gritaba para ahuyentar a los depredadores. Estos animales son criaturas inteligentes y Tafari lo sabía, por esa noche no se iban a arriesgar a volver.

Entró y se sentó a ver el televisor, no la que mostraba la pantalla si no el aparato, lo hacía sentir bien tenerlo ahí, le demostraba que su trabajo le daba algo. Busco un pequeño trapo y limpió la polvorienta pantalla y mientras lo hacía cayó en la cuenta de que ese aparato era lo único que había logrado comprado en toda su vida. Su ganado lo había heredado de su padre y su padre lo heredó del suyo, la casa la había construido su bisabuelo, la mesa, la silla y la mayor parte del escaso mobiliario lo había

construido él hacía ya unos años. Cuando terminó de limpiarlo lo apagó y se fue a dormir.

### III

-...Nuestros corresponsales nos informan que Rusia ha iniciado el avance dentro del territorio de Estonia y Lituania. Se han producido enfrentamientos contra fuerzas que todavía no se han identificado pero se presume que son soldados de fortuna pagados por el gobierno inglés para detener el avance mientras se llevan a cabo las últimas medidas diplomáticas. *-Explicaba con una expresión muy seria Sonia, la encargada de la columna de internacionales -*

-No creo que la diplomacia llegue a alguna solución, Sonia, esto es un claro gesto de parte de Rusia. Le están haciendo saber a los ingleses que lo que ellos digan no les importa.

-Creo lo mismo, Jorge. Por otro lado el conflicto entre China y los Estados Unidos no está mejor. El primer mandatario asiático volvió a hundir un porta avión norteamericano y hubo enfrentamientos en el mar chino. El presidente americano declaró que las acciones Chinas los llevan inevitablemente a la guerra y dijo que está preparado a usar fuerza atómica si es necesario. *-La periodista hace una pausa para escuchar lo que le dicen por el auricular.-* ¡Dios mío Jorge!, los estados unidos acaba de dar la orden de atacar dos puertos militares de China con armas nucleares. La guerra acaba de iniciar entre estos dos países, que seguro arrastrará a muchos más. La OTAN no puede quedarse al margen de esta situación.

Tafari, lejos de preocuparse por lo que sucede en el mundo apaga el televisor. ¿Por qué le habría de preocupar que los blancos se maten entre ellos? El vivía en África y la miseria, la corrupción, el hambre se enfrentan todos los días y pelear contra ellos era mucho más difícil que luchar contra los Rusos o los ingleses. El hambre mata despacio. Si ellos deciden matarse unos a otros debía ser porque seguro tienen sus estómagos llenos, si no, estarían preocupados por criar ganado como lo hacía él. ¿Cuántos televisores se podría comprar con lo que sale una bomba atómica? Se preguntó mientras se metía en la cama.

### IV

-...gracias a los esfuerzos de nuestros corresponsales. Los misiles jamás llegaron a destino y no existe posibilidad de que no los hayan lanzado ya que lo confirman los corresponsales enviados. *-Las cámaras dejan de enfocar al conductor, a continuación un video es mostrado a los televidentes-* Aquí vemos como es disparado uno de ellos, desde una plataforma estadounidense. El gobierno norteamericano se niega a hacer

declaraciones. ¿Qué sucede con China, Sonia?

-Los Chinos parece que tampoco hacen declaraciones y nos informan que han detenido los ataques contra los porta aviones norteamericanos y.. *-La periodista es interrumpida por el conductor.-*

-Disculpa Sonia, me informan que tenemos imágenes grabadas por aficionados cerca de una arsenal atómico chino. *-Un video con poca nitidez es puesto en primera plana-* Este video muestra cómo es detenido un misil chino a pocos segundos de ser lanzado. No está claro aún cómo es posible que el proyectil se detenga en el aire y luego caiga al suelo. Está llegando cada vez más material sobre lo que sucede con el armamento chino, es increíble.

Tiaret, la mujer de Tafari se paró frente al televisor. Con el vientre hinchado por la niña que lleva dentro y una mirada furiosa. El enojo era por el aparato que compró su marido, ya que desde que está en la casa nunca se acuesta temprano y menos cumple con su deber como esposo. Tafari alegó que no era fácil hacer algo sin lastimar a la bebe y ella le respondió que para eso existe la imaginación. Amaba muchísimo a su mujer y la conocía más de lo que la amaba así que prefirió evitar el conflicto y, tras apagar el televisor, fue a la cama con ella.

## V

-...no podemos creer lo que vemos, ¿De qué se trata? *-Pregunta totalmente anonadado el presentador del noticiero.-*

-Nadie lo sabe a ciencia cierta, tanto China como los estados unidos se niegan a declarar sobre este asunto. Pero lo más extraño es que las dos naciones hayan cesado las agresiones y declarado que van a firmar ante la OTAN el acuerdo de desarme. Hoy a la madrugada Rusia cesó su avance sobre los países del Báltico y el presidente parece estar de acuerdo con firmar el desarme junto a su par Inglés.

-Esto es algo inesperado. Tenemos más material para mostrar, esta vez proviene de un avión privado que volaba cerca de un arsenal norteamericano. Para ayudarnos a entender que es lo que vemos invitamos a dos especialistas: Brian Kennedy y Giorgio Pianetti. Brian es retirado de la fuerza aérea norteamericana y Giorgio es ufólogo. Brian, que nos puede decir de las imágenes que estamos viendo.

-No se ve muy claro el objeto más pequeño, parece ser una aeronave muy chica. Desconozco si existe tal vehículo pero estoy seguro que la fuerza aérea no posee la capacidad de detener un misil de esa forma. Las imágenes muestran un pequeño punto plateado, la pequeña aeronave, que rodea al enorme misil y se sube sobre él, como si fuese un pequeño hombre, avanza hasta llegar a la cabeza del proyectil y desaparece

dentro. Luego el misil cae desactivado.

-Por favor Brian, sin duda es un ovni. Esa pequeña aeronave, como tú la llamas, no es más que un extraterrestre que ha sido enviado desde su nave nodriza. *-Acota Giorgio sobreactuando sus gestos-* Nos están protegiendo.

-No puede estar hablando en serio sobre eso. ¿Verdad? Es totalmente descabellado. *-Se burlaba Brian.-*

-¿Descabellado? Por favor, podrían pasar el segundo video. *-El operador muestra el video a la audiencia-* Ve esa otra "aeronave" *-pronunció burlonamente-* ¿dígame que es? ¿Un jet americano?

El video muestra una nave gris, alargada y con forma de gota de agua que persigue al pequeño punto plateado. Luego de virajes imposibles por parte de los dos objetos el pequeño punto argento desaparece seguido por la alargada nave.

-Eso, mi amigo, es un ovni. Evidentemente están peleando entre ellos.

Tafari había bebido demasiado, no pudo evitar hacer una visita de emergencia al baño.

## V

Unos cuantos cientos de kilómetros de distancia y otros cuantos hacia arriba, el caza de combate AF-324 de la fuerza aérea norteamericana, perseguía dos objetos no identificados.

Los dos objetos parecían estar combatiendo y el piloto rogaba que no lo vieran. Las acrobacias de las cuales era testigo eran totalmente imposibles de realizar por el avión que pilotaba, que a su vez era el mejor modelo construido por el hombre. Si no fuese por la orden que había recibido ya se hubiese retirado. Las instrucciones eran establecer contacto visual con los objetos y determinar cuál era su naturaleza. Pero por lo visto el fin de su misión iba a estar dado por el fin de su combustible ya que era muy improbable que pudiese alcanzar a alguno de los dos objetos.

En un movimiento evasivo el objeto plateado viró en dirección del AF-324, el piloto vio la oportunidad y logró ponerse a una distancia aceptable. Observo con detenimiento y dudó en describir por la radio lo que había visto.

En la estación de control, que había en el portaaviones USS Abraham Lincoln, no podían creer lo que escuchaban:

-AF-324, por favor repita. *-Pedía el operador de la radio.-*

-Contacto visual con el objeto más pequeño, es una mujer. *-Afirmaba el piloto del avión.-*

## **VI**

El baño de Tafari estaba en una pequeña garita a unos veinte metros de su casa. Estaba a punto de subirse los pantalones para volver a ver su valorado televisor cuando un ruido ensordecedor y un temblor se lo impidieron.

El precario cuarto de baño quedó tumbado, de lado y todo el contenido del depósito que tenía debajo se derramó sobre el pobre africano. Salió como pudo para intentar descubrir que sucedía.

Las ovejas, las cabras y los burros estaban histéricos, el sonido y el temblor los había alterado. El corral de las ovejas se había roto y varias ya estaban yendo de un lugar a otro a su antojo.

A varios metros del corral había fuego y la tierra estaba levantada, como si se tratase de un cráter. Algo había caído e impactado el suelo con violencia.

Tiaret salió preocupada buscando a su marido. Cuando se reunieron juntaron coraje para ir a investigar.

Las llamas se extinguieron y el humo empezó a disiparse gracias a la leve brisa que reinaba todas las noches en su aldea. Tiaret empujó a su marido para que observara dentro. El asustado hombre vio a una mujer yacente en el centro del hueco. Rápidamente descendió para constatar si estaba con vida. Intentó tocarle la frente y se quemó. Permaneció viéndola sin saber qué hacer, notó que la piel no era natural sino que tenía el aspecto de material sintético. Sus articulaciones se asemejaban a las de las muñecas de madera que usaba su sobrina.

Tiaret bajó hasta donde estaba su marido.

-¿No deberíamos sacarla de aquí?

-Está más caliente que las chapas del techo durante el día. *-Pensó unos segundos-* Traeré agua.

Salió del cráter y llenó varios bidones de agua en el pozo de la aldea. *-Por suerte la noche los ocultaba de ojos curiosos, el agua era un recurso valioso-* Regresó y volcó el primer bidón sobre la muñeca estrellada. El blanco vapor subió hasta desaparecer en la inmensa oscuridad. Luego arrojó el segundo y el vapor fue menos intenso. Volvió a tocarle la frente

y ya no quemaba. Puso sus manos debajo de la nuca y de las piernas intentando levantarla pero no pudo. Las musculosas piernas de Tafari, formadas con años de caminar y trabajar eran insuficientes para esa tarea.

-Ve a buscar al buey. *-Dijo Tiaret.-*

Tafari volvió con el animal y con la ayuda de su mujer lograron engancharla. La pobre bestia casi muere intentando sacarla del cráter, en otros tiempos lograba arrastrar hasta setecientos kilos. Tafari calculó que la mujer debía pesar alrededor de quinientos.

-¿Y ahora qué vamos a hacer? *-Preguntó Tiaret.-*

Antes que Tafari pudiera responder la muñeca comenzó a hablar.

La voz sonaba agradable, como las que escuchaba en su televisor, pero inentendible y además no movía los labios. Se oía como un recitado monótono y monocorde. Luego de unos segundos dejó de hablar y abrió los ojos.

Se dirigió a Tiaret pero ambos africanos no lograron comprenderla. Luego de unos segundos la muñeca repitió el recitado, como si fuese en otro idioma, sin lograr que la entendieran. Al tercer intento las palabras fueron claras:

-Necesito ayuda, deben ocultarme. *-Dijo con voz clara de locutora.-*

-¿Quién eres? *-Preguntó nerviosa Tiaret.-*

-Eso no es importante ahora, ocúltenme por favor. No puedo moverme, estoy averiada. *-La muñeca movió un brazo indicando que solo ese miembro tenía sano.-*

Tafari no dudó en ayudarla. En Chad, la gente de las aldeas son dispuestas a ayudar a los demás, sin importar si es una muñeca parlante. Tomó al buey por la correa y le dio la señal de que empujara. El animal remoloneó un poco y luego comenzó a avanzar despacio. La muñeca ayudó con su brazo. Si el buey hablara se lo hubiera agradecido eternamente. Colocaron a la muñeca bajo el porche de la casa, no la entraron por temor a que destruyera todo el piso.

-Muchas gracias, aquí estaré alejada de las miradas indiscretas que provienen del cielo. ¿Cómo se llaman? *-Preguntó la muñeca.-*

-Yo soy Tafari y ella es mi mujer Tiaret.

-Mucho gusto en conocerlos, yo soy Rebeca, Rebeca Rushbik. -*Los observó unos segundos-* ¿Le han puesto nombre a la pequeña? -Señaló el vientre de Tiaret.-

La pareja quedó sorprendida.

-Cómo sabe que es una niña. -*Preguntó Tiaret mientras apoyaba una mano sobre el prominente vientre.-*

Rebeca señaló sus ojos.

-Puedo ver mejor que ustedes. -*Sonrió amablemente.-*

-Se va a llamar Zunduri. -*Contestó Tafari.-*

-Hermoso nombre. -*Miró a Tafari preocupada-* Estas enfermo.

La pareja no supo qué contestar.

-No se preocupen, puedo ayudar. Podrías acercarte por favor.

Tafari dudó y luego se acercó.

-No voy a lastimarte, no te asustes. -*De uno de sus dedos salió una jeringa y en un movimiento casi imperceptible Rebeca clavó la pequeña aguja en Tafari y luego la extrajo-* Listo, estás curado.

-¿Que tenía? -*Pregunto preocupada Tiaret.-*

-Cáncer.

Los dos africanos desconocían qué era esa enfermedad y no era de extrañar en un país en donde la educación no es prioridad.

-¿Qué eres? -*Preguntó tímidamente Tafari.-*

-Una persona, igual que ustedes, pero con un cuerpo distinto.

Una tímida oveja se acercó hasta Rebeca y la miró con la típica mirada ingenua de los ovinos, luego emitió un débil balido.

-¡Las ovejas! -*Exclamó Tafari.-*

Se levantó y corrió a arrearlas hacia el corral.

Rebeca y Tiaret permanecieron en el porche viendo cómo trabajaba Tafari.

La paz y la tranquilidad que había en esa aldea reconfortaban a Rebeca. Si pudiese, se habría quedado para siempre allí. La brisa suave era hermosa, a pesar de no ser más que una medición en sus sensores. Había tenido un cuerpo de carne y hueso una vez, hacía ya mucho tiempo, y, por más que se tratase de una medición, su mente lo recordaba como una brisa leve.

El cielo, inmenso hasta el infinito, con más estrellas que oscuridad tenía la belleza que solo tiene cuando se ve lejos de las ciudades.

Tiaret la interrumpió en sus pensamientos.

-¿Eres una Diosa? *-Preguntó temerosa mientras agachaba la cabeza.-*

-No, soy una persona como ustedes. *-Contestó mientras mostraba una sonrisa amigable.-*

Tiaret la miró detenidamente.

-Ni él *-Señaló a Tafari-* ni yo podríamos haber salido vivos de ese cráter...

-No todo lo que no comprendemos es obra de dioses. Aparentemente soy diferente, pero en el fondo somos iguales.

La hermosa africana, de pelo corto y de color terracota, meditó unos segundos las palabras de la extraña mientras observaba a Tafari correr una oveja.

-¿Qué te sucedió? *-Preguntó luego de aceptar la respuesta de su acompañante.-*

-Me encontré con algo que no esperaba. Era hostil y lo tuve que combatir, la lucha fue muy pareja. Si piensas que yo quede mal, tendrías que ver a mi rival. *-Una sonrisa se dibujó en el rostro sintético de Rebeca.-*

-¿Qué hiciste para que se enfade contigo?

-Destruí las armas de las grandes naciones, ahora ya no son peligrosos.

Tiaret meditó un rato las palabras de Rebeca.

-El odio es lo más peligroso que tienen las grandes potencias. Las armas son solo hijas del odio.

-Sin las armas la gente no puede matar.

-El hambre y la codicia matan diez veces más que ellas.

Rebeca quedó sorprendida por las palabras de Tiaret, la esposa del humilde ganadero africano había demostrado tener más sabiduría que muchos de los grandes mandatarios del planeta.

Tafari terminó de colocar las últimas ovejas adentro del corral y volvió junto a las dos mujeres.

-Disculpa por lo del corral no fue mi intención causarles daño. *-Dijo Rebeca con una expresión triste.-*

-No fue gran cosa, el corral ya está reparado.

Rebeca miró los alrededores por unos segundos.

-Lamento tener que molestarlos ¿Tendrían algún electrodoméstico? Necesito repararme.

Tafari suspiró profundamente y con tristeza le ofreció su televisor. Tiaret se alegró.

Rebeca entendió la situación, esa televisión era valiosa para el ganadero.

-Prometo devolverte el favor con creces. *-Le dijo sinceramente Rebeca.-*

El hombre acercó el aparato hasta donde estaba la mujer sintética. Rebeca extendió su brazo y apoyó la mano sobre el televisor. Los cinco dedos se le transformaron en diez y luego en veinte, cada vez más pequeños. La mano, que ahora se asemejaba a un pulpo, comenzó a desarmarlo. Armó un pequeño dispositivo y Rebeca lo observó detenidamente, luego de unos segundos un rayo rojo y muy delgado salió de una de sus pupilas.

-Está listo. *-Dijo muy contenta.-*

Muy cuidadosamente lo colocó dentro de su pecho. Los africanos pudieron ver un entramado de pequeños circuitos debajo de la piel.

Rebeca se levantó torpemente emitiendo unos sonidos parecidos a los que hacía el buey cuando arrastraba el arado sobre alguna roca escondida bajo tierra.

-Muchas gracias a los dos. Me ayudaron sin dudar pese a ser una total extraña y me ofrecieron algo valioso para que me pueda reparar. Nadie puede dar más que el que ofrece lo que no le sobra. Volveré a

recompensarlos porque he conocido poca gente como ustedes.

Avanzó torpemente hasta Tiaret y la abrazó, luego hizo lo mismo con Tafari. Cuando finalizaron los saludos se alejó varios metros de la casa y se elevó haciendo ruidos mucho más extraños que al caminar, por último se alejó casi a la velocidad del sonido.

Rebeca agradeció haber caído en ese lugar, haber conocido a Tafari y Tiaret la hizo sentirse orgullosa de ser humana, aunque a medias. Luego pensó si haber aterrizado allí hubiese sido realmente una casualidad...

**FIN**

## Capítulo 3

### LA EXPEDICION

#### OSLO

##### I

Sir Archibald estaba parado frente a su lujoso hogar viendo danzar el fuego al son de los quejidos de la madera. Pipa en mano e iluminado por la gama de rojos del fuego, el hombre que contaba ya ochentaseis años, se veía imponente. Ancho de hombros y de una altura superior al metro noventa, mantenía una postura recta mientras fumaba. Su mandíbula ancha y perfectamente afeitada era la base de una mirada despierta y poco senil.

Era el más longevo de todo su linaje, por lejos, ya que la mayoría de sus antepasados jamás cumplieron más de setentaicinco, y si continuaba con la salud que posee hoy en día, ver otros diez otoños no le iba a resultar difícil.

El otrora explorador inglés sentía alegría. Había recibido una llamada de un caballero, de apellido Weiss, con el fin de hacer una cita para poder entrevistarle sobre uno de sus viajes.

Había estado por todo el mundo y vivido miles de aventuras que la mayoría jamás podría tener en una vida, tantas que a muchas ya las había olvidado, pero existía una en especial, una que pocos conocían, que le era imposible olvidar y era ésta por la cual Weiss estaba interesado.

Esa misma mañana había recibido otra llamada de una mujer con una voz muy agradable preguntando algunos detalles de aquella expedición. - *Intentaba recordar el nombre de aquella mujer pero no lograba hacerlo*- Dos personas en un mismo día se habían interesado por la misma aventura, tal vez la gente volvía a retomar el interés en las viejas historias de exploración.

El invitado fue puntual, como le gusta a un viejo inglés. Atendió él mismo la puerta ya que Gladys, su criada, no había escuchado el timbre.

El ingeniero Weiss era mucho más joven de lo que había pensado cuando hablaron por teléfono. Era delgado, bastante alto y llevaba pelo largo y barba de unos diez centímetros muy prolijamente cortada. El rostro era amable y bastante bien parecido, tenía unos ojos azules tan profundos y misteriosos como la suma de todos los mares y una mirada inteligente, de ésas que tienen las personas que escuchan más de lo que hablan. A su lado estaba la señorita Rushbik. La mujer estaba vestida muy

elegantemente con ropa que Archibald reconoció como de origen africano. Tenía un vestido enterizo de mangas largas con hermosos motivos y de diversos colores llamativos que contrastaban con el negro del traje de Waiss. En la cabeza llevaba un pañuelo atado de una manera muy prolija y llevaba puestos unos gigantescos anteojos negros, de ésos que permiten reflejar entera a la persona que los mira. Solamente al descubierto quedaba su nariz perfecta de muñeca haciendo juego con unos labios anatómicamente perfectos. La piel era morena y era bastante alta, más que su acompañante. Archibald calculó un metro ochenta de perfectas formas femeninas.

-Buenas tardes. *-Saludó el inglés-*

Los dos respondieron al saludo. Luego les extendió su mano para apretar las de ellos. Waiss lo hizo bastante fuerte. Eso era algo bueno, las personas que saludan con un franco apretón son de confiar, según Archibald. Luego vino el de Rushbik que fue totalmente diferente al que esperaba de una mujer.

-Señorita Rushbik, tengo varios caballeros conocidos que envidiarían su saludo. *-Dijo bromeando el explorador-*

-Es muy amable señor Livingrock. Puede llamarme Rebeca si lo desea. *-Y le mostró su sonrisa más amable.*

-Con gusto, Rebeca. Pasen por favor *-Y con un gesto de la mano les mostró el interior de su casa-*

Como dictaban las reglas de la educación primero pasó Rebeca seguida por Waiss y ese detalle también le gustó al tradicionalista caballero inglés.

La casa de Livingrock era antigua, del siglo diecinueve. El piso de madera estaba perfectamente pulido y limpio a tal nivel que era casi un espejo. Los muebles eran exquisitos, también de madera y con detalles en hierro y estaban armoniosamente ubicados para que el espacio sea confortable y poco cargado a la vista. Las paredes se encontraban empapeladas con un tono claro hasta la altura del mobiliario, y desde allí y hasta el piso la misma se hallaba toda revestida con madera. Era una perfecta combinación de buen gusto, lujo y modestia.

Cuando Rebeca cruzó el umbral de la puerta las tablas del piso se quejaron y con cada paso que daba la mujer parecían que iban a ceder. Archibald estaba confundido, conocía bien su casa y sabía que el piso no tenía ningún problema, al menos hasta ese momento.

-Lo lamento, es un piso muy antiguo pero no se preocupe, es resistente. -

*Intentó disculparse el inglés-*

-Su piso está perfecto, debo ser yo que he comido de más en el hotel. -  
*Bromeó Rebeca y rió junto a Archibald-*

Los tres se dirigieron al estudio que estaba en la planta alta. Cuando llegaron, muy amablemente le ofreció a sus invitados lugares donde sentarse.

Rebeca analizó la delicada silla de madera labrada y prefirió quedarse de pie. El piso podía soportar los quinientos kilogramos que pesa su cuerpo mecánico, la silla seguro que no. El inglés insistió, es duro para un caballero sentarse mientras una dama sigue de pie, pero logró disuadirlo.

Waiss rompió el silencio que había mantenido hasta el momento.

-Sr Livingrock, no quisiéramos molestarlo más de lo que usted ya nos permite hacerlo. Como hablamos antes, estamos aquí para escuchar los detalles de su expedición en el desierto de los pináculos.

-Un hombre que va al grano, me gusta eso. Pero sepa que no son una molestia. Permítanme hacerles unas preguntas antes de comenzar a relatar. ¿Por qué un Ingeniero de renombre mundial junto a su hermosa secretaria se interesan por la historia de un viejo?

-Disculpe que lo corrija, Rebeca no es mi secretaria es mi socia. Con respecto a su historia, creemos que usted descubrió algo que estamos buscando. Pero necesitamos estar seguros de que lo que vio es lo que nosotros pensamos. Por eso necesitamos que por favor nos relate toda su historia desde el comienzo.

-Confío en que la señorita sepa perdonar mi error. *-Rebeca sonrió para aceptar la disculpa-* Señor Waiss, no creo que nadie quiera encontrar lo que descubrimos allí abajo. Pero mejor deje que le cuente.

El viejo explorador se acomodó en su silla y reavivó la brasa de su pipa, una nubecilla blanca y casi translúcida lo envolvió y luego se elevó hasta casi alcanzar el techo de la habitación. Pensó unos segundos cómo comenzar a relatar su increíble aventura. Tosió un poco para aclarar su voz y esa fue la señal de que estaba listo para empezar.

-¿Conocen la leyenda del último Atlante?

Waiss no dudó.

-Estamos familiarizados con esa historia. *-Respondió sinceramente y*

*Livingrock se noto un poco sorprendido-*

-No mucha gente conoce esa leyenda. Mejor así entonces, es menos para relatar. *-Tomó aire y comenzó-*

## **II**

Mi historia comienza con una persecución. Los años 70 recién comenzaban y me encontraba viajando en tren hacia Oslo con mi grupo de expedición: La señorita Sophie Martel y el señor Adler Schrader.

Corría a través de los angostos pasillos de los vagones camarotes detrás de un maldito que nos había robado.

Mi presa era un chino pequeño, como la mayoría, y muy ágil. Fluía entre los pasajeros como el viento mientras que yo lo hacía como un caballo rengo desbocado.

Las probabilidades estaban a mi favor, el maldito podía ser muy ágil pero para esquivar a tantas personas, aparte de su habilidad, también necesitaba una cuota de suerte y al parecer se le acabó cuando un pasajero intentó salir de su camarote y le estrelló la puerta en su amarilla cara.

Acerqué mis ciento cinco kilos de humanidad hasta los escasos sesenta o sesenta y cinco de mi presa. Pensé que nada lo podía salvar ahora que estaba al alcance de mis manos.

Yo estaba en la cumbre de mi vida, con 40 años, en plena forma física y con más peleas que un boxeador profesional, jamás imaginé que me iba a romper la cara un tipejo tan pequeño.

Cuando me acerqué para levantarlo y golpearlo un rato, solo por diversión, hasta que me devolviera lo que me había robado, mi contrincante corrió mis manos con sus brazos y me hizo seguir de largo dos o tres pasos gracias a la inercia de mi propio cuerpo. Aprovechando esos segundos me metió una patada en el medio de la nariz que me bajo al suelo.

Había recibido golpes mucho más fuertes antes así que no me costó levantarme, es más, lo hice como si no me hubiese pateado. Pero me di cuenta, tarde, que lo mejor que tenía el chino no era la fuerza de sus golpes si no la cantidad que podía soltarme en tan solo unos segundos.

Casi al instante, luego de haberme parado, ya estaba nuevamente en el piso y eso me irritó muchísimo. Un tipo con el cuerpo de un chico de 15

años estaba limpiando el suelo del tren conmigo. La gente ya se había acumulado, como suele suceder cuando hay una pelea, en el estrecho pasillo bloqueando toda oportunidad de huida. Si lograba sujetarlo, la pelea estaba ganada, no tenía fuerza suficiente para librarse de mí.

Pensarlo fue fácil, hacerlo...imposible. Casi al instante me volvió a dejar en el suelo. En ese momento comprendí que el ladrón no estaba huyendo de mí en primer lugar, corría porque estaba apurado, no porque temía enfrentarme. Debía entregar lo que nos había robado a alguien y al parecer se le agotaba el tiempo.

La cabeza me daba vueltas, logré ponerme boca arriba y lo vi sacar una navaja. La pelea era de él y ya no podía hacer nada. Trate de ir hacia atrás lo mejor que pude para dificultarle la puñalada pero lo que evitó que me matara fue el disparo de la pistola de Adler.

El viejo Adler, alemán, delgado, de rostro anguloso y ojos celeste tan finos como dos ranuras. Siempre vestido de traje negro y largo, chaleco y camisa. Era un reflejo de la prolijidad alemana, salvo por el hecho que nunca lo vi usar corbata. ¿Quien sabe porqué? Nunca quiso hablar del tema. Era una persona complicada, siempre sospeché que había sido nazi pero nunca dejó que nuestra amistad llegara tan profundo como para que me lo afirmara. Si fué nazi, seguro que no debía estar muy orgulloso de ello. No se, a lo mejor el hecho de no usar corbata, no ser tan perfecto, no ser tan alemán, era una manera inconsciente de reprochar los horrores que había generado su gente. Lo seguro era que algo le pesaba y era tal el peso que se lo había comido por dentro dejando solo una cáscara vacía que actuaba como una persona. Nuestra relación se generó en momentos en los cuales el dolor le daba una tregua y fue allí donde construimos una gran amistad.

Siempre que hablo del viejo Adler termino yéndome por las ramas. El disparo de Adler dio justo en la hoja de la navaja de aquel chino, era un excelentísimo tirador, siempre concentrado, rara vez lo vi fallar.

El metal de la hoja se hizo mil pedazos y el ladrón quedó quieto al verse apuntado por el cañón del arma. Adler lo amenazó de muerte si se movía. El chino se jugó la vida a que no le iba a disparar delante de tanta gente y corrió lo más rápido que pudo. El alemán se quedó quieto como una estatua, con la respiración casi imperceptible de los tiradores, por unos minutos y guardó su arma. El ladrón había jugado bien sus cartas.

Recuerdo que yo estaba furioso, hubiese querido que le vuela la maldita cabeza en lugar de dejarlo escapar con lo nuestro. -Cálmate, corre directo hacia Sophie. Fue lo único que me dijo con su voz áspera y sepulcral. Dios, esa voz. Estoy seguro que debe haber sufrido una lesión en la guerra, si no, no existe otra explicación para que el todo poderoso le haya

dado una voz tan espeluznante a un hombre.

Efectivamente, el bastardo corría derecho por el estrecho pasillo cuando Sophie abrió la puerta que unía nuestro vagón con el otro.

La señorita Martel, como comenzar a describir a semejante mujer. *-Los ojos del viejo explorador comenzaron a brillar mientras intentaba hilar con recuerdos las palabras para describirla-* Esa mujer hace que cualquier descripción la ofenda, ni siquiera una fotografía puede llegar a crear en la mente del que la observa la totalidad de su persona.

Era de estatura media, figura perfecta, pelo castaño y ojos color almendra. Dueña de una sonrisa infinita que hacía que la mayoría de los hombres quisieran conocer todos sus secretos. Le encantaba usar camisas blancas y holgadas, pantalones de montar y botas altas, siempre negras.

Antes de conocernos, a mi y a Adler, quería ser actriz y sin duda hubiese llegado lejos, le sobraba belleza y talento para actuar. Pero su amor por la aventura fue más grande, dejó todo por la exploración. Cambió los lujos de los camarines, el brillo de los flashes y la magia de las revistas por una vida llena de acción, lujo escaso y muchísimo menos glamour. Nos prefirió, al viejo Adler y a mí.

Estuvimos juntos durante veinte años, los tres amantes de la aventura. Bueno, creo que a Adler le gustaba, era difícil saberlo, no era muy expresivo gracias a eso del dolor y a que era alemán, no sé, o a lo mejor solo porque era alemán.

Nos dedicamos tanto a lo nuestro que cuando miramos hacia atrás nos dimos cuenta que solo nos teníamos a nosotros en todo el mundo. Sophie y yo no habíamos tenido tiempo para formar familia y si Adler la tuvo jamás lo supe. *-La humedad cubrió un poco los ojos de Archibald al verse estacado por un recuerdo-* Al funeral de Adler solo asistimos nosotros dos.

Les vuelvo a pedir disculpa, el tiempo hace que uno se vuelva sentimental y se ramifique mucho en sus ideas. *-Se tomó unos segundos antes de continuar, algún buen recuerdo acudió a su mente, seguro, ya que en la comisura de sus labios se dibujó una pequeña sonrisa-*

Sophie llevaba una taza de café que traía del coche comedor cuando noto que un sujeto se acercaba corriendo a ella. Los dos le gritamos que nos había robado mientras le hacíamos un gesto para que supiera que lo que nos había sacado lo llevaba en la mochila. Cuando el chino pasó al lado de ella, solo se limitó a agacharse y lo esquivó. El viento oriental siguió su curso y se perdió dentro del otro vagón y Sophie no derramó ni una gota de su taza. Luego se acercó, mientras probaba el café, esquivando a los

pasajeros que seguían bastantes alterados luego del disparo.

Yo estaba fastidiado, el chino había limpiado el piso conmigo, Adler no le había disparado y Sophie ni siquiera intentó detenerlo. La regañé y ella respondió con su divina sonrisa. -Tranquilo campeón. Tengo lo que nos robó y algo más. Extendió su otra mano, la que no llevaba la taza, y nos mostró la tabla del último atlante, lo que nos había robado, y otra cosa: una especie de joya, un rubí al parecer, pero dentro, en el corazón, algo se movía, como si dentro del pequeño cristal hubiese una tormenta de nieve encerrada.

Suspiré tranquilo al ver que el chino no se había salido con la suya gracias a las increíbles destrezas de Sophie. Los años de aventura la habían convertido en una excelente ladrona y embaucadora, jamás vi a alguien ser tan preciso con dedos tan pequeños.

Cuando el chino había pasado por al lado suyo, ella se agachó y con un movimiento sutil y veloz, con su navaja había rasgado la mochila y había tomado todo lo que había caído. Era imposible no sorprenderse de una mujer así. Tenía el poder de robarle el corazón a cualquiera, figurativa y textualmente.

Adler sugirió que lo siguiéramos, para asegurarnos que piense que obtuvo lo que quería. Hasta que abra la mochila y se de cuenta de que el ladrón había sido robado habríamos ganado mucha distancia entre él y nosotros. Así que los tres lo seguimos, vagón tras vagón, con mucha menos prisa.

Cuando el chino llegó al último vagón abrió la puerta de salida y quedó a centímetros de caer a las vías. Un Jeep estaba siguiendo el tren y se acercó más cuando le hizo señas con la mano. Luego saltó.

Nosotros llegamos segundos después y pudimos ver como se metía en el vehículo. Dentro, conducía una mujer. El reflejo del sol no dejaba distinguir bien su rostro. Al menos Sophie y yo no la logramos distinguir, Adler evidentemente sí, ya que al verla soltó un grito de furia que nos dejó paralizados del susto. El alemán tenía una voz fantasmal y cuando gritaba, y más con furia, era demoníaca.

Casi al instante sacó su pistola y comenzó a disparar como un loco contra el Jeep hasta que se quedó sin munición. Jamás habíamos visto una reacción igual en él. Era una persona muy controlada con respecto a las emociones. Lo que también nos dejó preocupados fue el hecho de que, estando a una distancia corta, no acertó ni un solo disparo. Entonces aproveché para burlarme. -Fallaste viejo nervioso. Le dije y él simplemente se limitó a contestar. -No fallé ningún disparo. Luego dio media vuelta y no nos habló hasta que bajamos del tren.

### III

Nuestro destino era Oslo, allí nos debíamos reunir con una persona que decía entender el idioma escrito en la tabla del último atlante. Dudábamos realmente que alguien pudiese saber tal cosa, pero era el único recurso que nos quedaba probar para lograr traducirla.

Lo que estaba escrito en ese pedazo de metal, si se lo puede llamar así ya que nunca supimos fehacientemente de qué material se trataba, era un misterio para toda la comunidad científica.

Nos debíamos encontrar con él en un restaurante, el Stortorvets Gijaestgiveri, o algo así, nunca me resultó fácil pronunciar nombres Noruegos. Cuando llegamos allí, nos anunciamos y nos dieron una mesa que había sido reservada por nuestro traductor.

En la mesa no había nadie, así que nos sentamos y esperamos. El lugar era hermoso, muy antiguo. El suelo de madera, las paredes lisas pintadas de amarillo desde el techo hasta la mitad y luego recubiertas con madera hasta el suelo. En algunos sectores el techo estaba tallado a mano representando figuras humanas exquisitamente logradas. Cuadros muy finos vestían el amarillo de los muros dando una sensación de calidez que junto a las grandes ventanas con cortinas blancas formaban una imagen única a la vista.

Sophie aprovechó el momento para interrogar a Adler. La curiosidad es fuerte en el género femenino y no pudo esperar a que el alemán decidiera contar los motivos de aquel arranque de ira cuando el chino había subido a aquel vehículo.

-¿A quién le disparabas con tanta furia? -*A Sophie no le gustaban los rodeos. Si hablabas con ella, jamás permite que la enredes en el relato.*

Adler no contestó. Ni siquiera la miró cuando le preguntó. Yo creo que estaba intentando armar una respuesta. No era un tipo maleducado.

-Adler, te estoy hablando. Sabes que respeto tus silencios. ¡Dios sabe que hago el esfuerzo para respetarlos! Eres más silencio que palabras desde que te conocimos. ¿Cuánto hace, veinte años?

Intenté calmarla pero Adler, gracias a cielo, decidió contestar.

-La mujer que recogió a ese chino era el demonio.

Cuando lo escuchamos hicimos un largo silencio, esperábamos tontamente que dijera que era una broma. Sophie me miró con algo de curiosidad y con mucha pena. Estoy seguro que pensaba que se estaba poniendo senil.

-Hemos estado en muchos lugares y vivido demasiadas cosas para creer que el demonio existe. ¿No crees? *-Sophie intentó apelar a su lógica.*

El alemán se volvió a descontrolar. ¡Dos veces en un día! Jamás lo había hecho ni una vez en veinte años.

*-¡Maldita sea Sophie, no estoy loco! -Las sombras del restaurante junto a sus ojos azules abiertos de par en par le dieron un aspecto fantasmagórico. ¡Dios, y esa voz!-*

-Esa mujer es el demonio *-continuó-* y ahora nosotros tenemos algo que quiere.

-No lo obtendrá Adler, no te preocupes. *-Agregué para intentar tranquilizarlo.*

-Es indetenible, no tienes idea de lo que es capaz.

-¿Bueno, porqué no nos cuentas de qué es capaz? *-le preguntó Sophie.*

Adler hizo una pausa y volvió a ser el alemán centrado y perfecto de siempre.

-¿Si te dijera de lo que es capaz, evitará que sigamos adelante?

Sophie hizo un esfuerzo para no mentirle. Era actriz, sabía mentir, sabía fingir, sabía actuar como otro. Pero jamás nos mintió y si lo hizo nunca nos enteramos.

Me miró para buscar mi aprobación y yo asentí

-No. *-Dijo con un suspiro profundo.*

Adler tomó la carta y comenzó a leerla. A Sophie no le gustó mucho que cortase la conversación ahí.

-¿Te vas a quedar callado, así sin más. Si esa mujer es un demonio o la virgen María, no crees que debemos saber contra qué nos enfrentamos? *- Sophie golpeó bastante fuerte la mesa con las dos manos.*

Algunos de los pocos clientes del lugar giraron la cabeza para mirarnos. El golpe hizo temblar la mesa y un pequeño sobre cayó del florero. Había estado oculto allí desde que llegamos. En el dorso estaba escrito: "Sr. Livingrock". Sophie lo tomó y me lo dio. *-Creo que me hubiese matado si no lo abría-* La nota nos daba una dirección. Nuestro traductor era una

persona muy reservada al parecer.

Salimos del restaurante, Adler detuvo un taxi y subió junto a Sophie. Ella seguía discutiendo. Cuando yo me disponía a hacer lo mismo vi a una mujer que nos observaba desde el otro lado de la calle, donde la luz no iluminaba lo suficiente. Volví a mirar y ya no estaba. *-Un demonio había dicho Adler-* Un escalofrío me recorrió la espalda.

La dirección de la nota resultó estar en la otra punta de Oslo, en una zona portuaria. Bajamos del taxi, pagamos y el chofer desapareció casi al instante.

La noche nos había devorado, solo estábamos nosotros para escuchar las olas romperse contra las rocas y a las maderas de los muelles cantar su lento quejido en aquella callejuela a metros del mar. El viento marino jugó con los castaños y lacios cabellos de Sophie soltando su perfume en todas direcciones. Junto a las pequeñas casitas de madera con techo a dos aguas, esa imagen de ella junto al oscuro mar fue lo más cerca que estuve del cielo.

Dos personas entraron en la débil y amarillenta luz de la única farola que iluminaba esa parte de la calle. Quise hacerle una seña a Adler para que estuviese alerta pero el alemán ya tenía la mano debajo de su saco acariciando su pistola. El viejo siempre estaba atento.

Los dos se detuvieron a unos metros de nosotros, a uno le faltaba un brazo, el otro llevaba una venda negra que le cubría los ojos, estaba ciego sin duda. Eran muy altos, de cabellos rubios y rastas gruesas adornadas con metal. Pechos robustos y quijadas anchas, parecían dos Dioses nórdicos defectuosos. Llevaban abrigos negros de cuero hasta los tobillos y botas grises, cubrían sus cabezas con gorros de lana, como esos que usan los marineros.

*-Quién es Livingrock,* preguntó el de la venda en los ojos.

Di un paso al frente y me acerqué al ciego. *-Soy yo, ¿Usted quién es? -le dije.*

*-Soy Arkin y el es Jarle, soy su traductor.*

Los tres nos miramos, el ciego no tenía pinta de traductor y su amigo mucho menos.

*-¿Y se supone que nos creamos eso?* le respondí y al instante Adler sacó su arma y apuntó al manco. Sophie sacó su pequeña pistola y comenzó a mirar en todas direcciones por si había alguien mas.

-¿Qué era lo que esperaba Sr. Livingrock?, me preguntó el ciego un tanto divertido por la situación.

Tengo que admitir que la pregunta me descolocó un poco. No sabía que era lo que debía esperar.

-No se., a algún académico que estudie lenguajes antiguos..., eso sin duda es más lógico que dos marineros en el medio de la noche de Oslo.

-Nosotros no estudiamos ese lenguaje que usted quiere traducir, lo hablamos, es la lengua de nuestro pueblo o, mejor dicho, del pueblo que nos dio la espalda.

Sin duda eso tampoco me lo esperaba.

-Y piensa que toda la comunidad científica ignora la existencia de su pueblo. Sepa que no es el primer traductor al que recurrimos. Nadie pudo traducir la tabla. *-Sophie fue directo al grano, típico de ella.*

El ciego rió unos segundos.

-El mundo es mucho más grande y mucho más viejo de lo que ustedes piensan. *-No sería la última vez que escuchásemos esa frase-* Luego nos mostró una especie de reloj con una pantalla cuadrada y luminosa, de unos diez centímetros, que llevaba en la muñeca.

-¿Pueden leer lo que dice?

Los tres nos acercamos un poco y miramos esa pantalla. Hoy en día se podría confundir fácilmente con la de un smartwatch, pero cuando lo vimos corrían los años 70.

-¡Dios mio! Es la misma escritura. *-Dijo Sophie emocionada-* ¿Qué dice?

El ciego volvió a reír. Sophie se sonrojó al notar que le pedía a un invidente que vea algo. El sujeto extendió la mano y le pidió al manco que leyera.

-Es la una y treinta, mañana no va a llover pero sí va a haber niebla y te queda un treinta por ciento de carga. Necesitas oro, Arkin. *-Dijo preocupado Jarle-*

-No te preocupes amigo, no creo que nadie intente matarnos.

Los tres nos quedamos viéndolos, creo que debíamos tener la boca entreabierto como cuando le muestras algo sorprendente a un niño.

-¿Oro? ¿Carga? de qué demonios están hablando -*Pregunté un poco emocionado como Sophie y un otro poco molesto por no entender-*

El ciego no contestó.

-¿Todavía piensa que no somos las personas que pueden traducir su antiguo lenguaje? Si todavía le interesa traducir esa tabla suya, le aconsejo que nos siga.

Los tres estuvimos de acuerdo. Nos guiaron hacia el puerto y bajamos por una escalera hasta un viejo bar de marineros. Las olas rompían contra las vigas que sostenían la vieja y deteriorada estructura de madera sobre el mar. Parecía estar inclinada lo mismo que el cartel que tenía sobre la puerta. Para llegar hasta la entrada cruzamos un angosto muelle que crujía peligrosamente con cada paso que dábamos. El bar era el reflejo del abandono.

-El restaurante anterior me gustaba más -*Dijo Sophie un tanto disgustada-*

-No es sensato hablar de lo que vamos a hablar en cualquier parte -*Dijo el ciego-*

-Porqué no encontrarnos aquí directamente. -*Pregunto Adler-*

-Teníamos que estar seguros que nadie los seguía, señor. -*Dijo el manco un tanto nervioso-*

Entramos al lugar, el aspecto del exterior se repetía dentro, la suciedad no era algo que preocupara al dueño y a su clientela. El olor tampoco. Nos sentamos en una mesa grande de madera para seis, alejados de la escasa luz del lugar. Hubo un silencio incómodo por unos segundos. El manco no dejaba de mirar la puerta del bar.

-Tranquilo Jarle -*El ciego sono irritado-*, estás tan nervioso que hasta yo lo puedo ver. Les pido disculpa por mi amigo, es un tradicionalista tonto. Nuestro pueblo no ve bien que divulguemos ciertas...."cosas"

-¿Cuál sería ese pueblo del que ustedes hablan?. -*Sophie rompió nuestro silencio.-*

Jarle dejó de contemplar la precaria puerta y le hizo un gesto de negativa con la cabeza a Arkin.

-No seas estúpido, olvídate de todas esas idioteces, nos dieron la espalda, nos obligaron a vivir con estos bárbaros. Se lo merecen. Ellos nos

desterraron, nosotros contamos algunos de sus secretillos.

-Una cosa es traducir algunos textos antiguos de él. *-Cuando dijo la palabra él, los dos cruzaron los brazos sobre sus pechos, formando una equis, y miraron hacia abajo a modo de saludo.-* otra muy diferente es hablar de Nya Asshara con los bárbaros.

Arkin lo miró y meditó un rato. Tocó su extraña pulsera, como si estuviese acariciando a una mascota.

-Mire. *-Comenzó diciendo Arkin-* no le voy a dar muchos detalles, solo le diré que mi pueblo, los Assars, es mucho más antiguo que todos los demás. Tiene tecnología y costumbres que para ustedes serían complicadas de entender, algunas incluso para nosotros. Fuimos desterrados por quedar lisiados no estando en combate, si bien tenemos recursos para vivir fuera de Nya Asshara, la ciudad de nuestro pueblo, tenemos prohibido volver a ella ya que no somos útiles.

Los tres nos miramos un tanto incrédulos. ¿Estos dos tipos nos estaban tomando el pelo? No lo hubiese dudado si el ciego no nos hubiese mostrado aquel extraño reloj pulsera. Pero escuchar la historia de estos tipos, en aquel bar precario de marineros hacia que todo fuese muy difícil de creer.

-Ahá, entonces si su pueblo es tan antiguo dónde se encuentra y cómo es que nunca supimos de su escritura.

-La ubicación de la ciudad es imposible de saber incluso para nosotros dos, cuando los Assar te destierran lo hacen en serio. Se esmeran en no ser ubicados ya que tienen la estúpida creencia de que deben proteger a los bárbaros, o sea su civilización.

-¿Protegernos, de qué, de los extraterrestres? *-Sophie mostró su mejor risa sarcástica-*

-Muy ocurrente, pero no *-El ciego también se rió-* Los protegen de ustedes mismos. ¿Cuándo descubrieron la fuerza del átomo ¿qué fue lo primero que hicieron con ese conocimiento?: lo mismo que cuando descubrieron la pólvora. Ellos creen que mantienen su civilización a salvo. Hoy en día los Assars controlan sus avances tecnológicos, se los van entregando poco a poco, gota a gota, para que no puedan destruirse con todo el conocimiento a la vez.

La conversación se interrumpió gracias a la puerta del bar, que se abrió haciendo un quejido a madera y bisagras oxidadas. Dos borrachines entraron, sin duda ya habían estado bebiendo en otro lugar menos tolerante.

Jarle se puso más nervioso cuando la puerta se abrió.

-¿Quieren traducir el texto o no? Ya hemos hablado suficiente.

Saqué la tabla del último atlante y la puse sobre la mesa. Adler desenfundó cuidadosamente su pistola y apuntó al manco por debajo de la mesa.

-Esto es una reliquia, no se entiende claramente lo que está grabado, son números agrupados. *-Dijo Jarle mientras examinaba la tabla-*

-Dame la tabla por favor. *-Le solicito Arkin-*

El ciego comenzó a palpar los costados del pequeño pedazo de metal rectangular. Luego de unos segundos encontró lo que buscaba. Sacó un cuchillo y comenzó a escarbar en un pequeño orificio hasta que una bolita de piedra saltó y dejó al descubierto una ranura de forma circular.

-¡Ey! Es una pieza de arqueología invaluable *-Protesté al ver que usaba un cuchillo con la tabla-*

-No se preocupe, esta "tabla", como ustedes la llaman, fue fabricada en Nya Asshara hace muchísimo tiempo y los Assars hacen las cosas para que duren.

Arkin sacó de su reloj pulsera un pequeño cable y lo conectó en la ranura que había destapado con el cuchillo. La tabla se iluminó. El frente dejó de ser un pedazo de metal tosco y se convirtió en algo parecido al aparato que llevaba en su muñeca. Tecleó sobre la pantalla de su reloj y los símbolos grabados comenzaron a transformarse en otros fácilmente reconocibles por nosotros.

Jarle miró detenidamente lo que había aparecido y se puso pálido.

-¡Por los siete guerreros, son coordenadas!

-Jarle, por favor cálmate y dime qué coordenadas son. *-Ahora el ciego también se veía nervioso.*

-¡Hay una docena de entradas! Estos bárbaros no pueden saber esto.

La puerta del bar estalló en cientos de astillas de madera podrida rociándolas sobre la triste humanidad de los clientes que aún continuaban bebiendo.

Una mujer la había pateado. Llevaba una capa hasta los tobillos, de color bordó y toda deshilachada en la parte inferior y la capucha cubría gran parte de su rostro. Debajo, en el pecho, llevaba una armadura de metal y

cuero bastante ajustada, en la cintura un cinto de doble hebilla y en las piernas canilleras y tobilleras de metal.

A algunos de los borrachos no les pareció adecuada la forma en que la mujer había entrado al bar y se levantaron para darle una paliza. Uno murió en el acto al recibir un golpe en la cabeza que le dislocó el cuello, el otro murió por otro en el pecho que le destruyó las costillas y el corazón. Avanzó lentamente en dirección nuestra, aún no nos había visto, pero nos buscaba.

El viejo Adler comenzó a temblar como un niño de 4 años cuando ve al hombre de la bolsa. Luego soltó un grito que nos heló la sangre a todos. Se levantó y comenzó a disparar contra la mujer.

-¡Muere maldito demonio! ¡Muere! ¡Muere! ¡Todo! ¡Todo nos quitaste aquella noche en Berlín!

Sophie y yo no entendíamos nada de lo que estaba sucediendo. Los disparos de Adler impactaron en la cabeza de la mujer y no le hacían nada. Ni siquiera la detenían, seguía avanzando cubriéndose de las balas como quien se cubre del sol con una mano.

Jarle se levantó y miró el reloj de oro de Sophie. Se lo arrancó como un vulgar ladrón y se lo dio a Arkin.

-Arkin, es nuestro momento. Es ella, si la enfrentamos podremos morir como guerreros.

Arkin tomó el reloj y lo aplastó con el pie separando la máquina del armazón de oro. Extrajo un pequeño recipiente de uno de sus bolsillos y metió allí el armazón. El pequeño cilindro emitió un sonido luego de unos segundos. Desenchufó el cable de su reloj, que estaba conectado a la tabla, y lo conectó al cilindro.

-Listo Jarle, ya está recargada. Enfrentemos nuestro destino, es momento de volver a ser Assars. *-El ciego nos habló-* -Huyan lo más rápido y lejos que puedan, cuando nosotros caigamos este lugar va a desaparecer.

Los dos sujetos se quitaron los abrigos, luego tocaron algo en sus muñecas. Pequeñas placas doradas comenzaron a brotar de entre sus ropas cubriéndolos de a poco, como si fuesen escamas de peces, formando una sola pieza de armadura solo con ranuras en las articulaciones. El diseño era exquisito. Las hombreras de Jarle tenía cabezas de lobos perfectamente esculpidas y las de Arkin, cabezas de oso, el peto de los dos estaba grabado con una V en relieve, en cada rodillera tenían grabada la imagen de un cuervo y en las tobilleras símbolos que no

reconocí.

Sophie y yo nos quedamos sin saber qué hacer. Adler le estaba disparando a una mujer que parecía ser a prueba de balas, los traductores se habían calzado armaduras casi por arte de magia. Nada tenía sentido.

-Llévate a Adler ¡ahora! -*Sophie siempre pensó más rápido que yo-*

Asentí con la cabeza y le quité el arma a Adler. El pobre viejo estaba tan descontrolado que no pudo resistirse. Intentó alejarme y no tuve más remedio que golpearlo para dejarlo inconsciente. Lo cargué sobre mi hombro y busqué una salida. La única que nos quedaba era la ventana o enfrentar a esa mujer, la misma que había recogido al chino en el tren y que tan nervioso ponía al alemán. Arrojé el cuerpo de Adler para romper la ventana. -*Jamás me lo perdonó, pero no había otra manera-* Cuando estaba por salir mire a Jarle y Arkin. La mujer había sacado una lanza y atravesó de lado a lado a Arkin. Jarle estaba tratando de abrir las manos de la mujer que le tomaban el cuello y lo tenían suspendido a varios centímetros del suelo. Nuestras miradas se cruzaron, en sus ojos vi dolor y felicidad como si hubiesen nacido para terminar de esa manera, como si ese fuese el logro más importante de sus extrañas creencias. Luego formó con sus labios la palabra: ¡corre! y tocó su reloj pulsera.

Volví a cargar a Adler y corrí lo más rápido y lejos que pude hasta que la onda expansiva de la explosión del bar nos arrojó al suelo. El cielo de Oslo se iluminó varios segundos en aquella noche húmeda y luego llovieron pedazos del decadente bar por toda la zona. Tuvimos suerte que ninguno de gran tamaño cayera sobre nosotros.

-Estuvo cerca. -*Le dije a Sophie-*

Ella no respondió, la busqué por todos lados y no estaba. El corazón me dejó de latir por un segundo. En el apuro por salir con Adler no había prestado atención si me acompañaba o no. ¡Dios! La había olvidado en ese bar. ¿Si hubiese tropezado? Nadie la hubiese levantado para que pudiese salir. Ahora el corazón me latía aceleradamente. Grité su nombre por varios minutos hasta que me acerqué a los restos del muelle en donde antes estaba el bar. El agua golpeaba rítmicamente las paredes de piedra acumulando restos de madera y basura lo suficientemente liviana para flotar. En mi mente reviví todos los momentos que pasamos juntos, todas las oportunidades que había desaprovechado para decirle que la amaba. No había podido decirle que quería que esta fuese nuestra última aventura. Ni siquiera pude despedirme. ¡Dios! La muerte no sabe de despedidas.

-¡Maldito inglés infeliz! Deja de gritar mi nombre y ayúdame a llegar a la

orilla.

No lo podía creer, me arrojé al agua y la ayudé a salir. Estaba herida. Una astilla de unos quince centímetros se le había clavado en el hombro. La llevé y la recosté cuidadosamente en el suelo. Revisé su herida y gracias a Dios no era grave.

-¿Estas llorando? *-Me preguntó mientras apoyaba una mano sobre mi mejilla.-*

Balbuocé alguna estupidez a modo de justificación y luego recordé que casi la pierdo, no iba a dejar pasar más las oportunidades.

-Te amo. *-Le confesé y nos besamos como dos adolescentes-*

Los dos reímos como locos por un rato, luego, la realidad me alcanzó. Me deprimía pensar que podía perderla y en el tipo de vida que llevábamos eso era algo que no podía ignorar.

-Sabes, yo no creo que me interese seguir con esto. Hoy casi te pierdo...- *Un dedo delgado y frío se apoyó sobre mi boca haciéndola callar-*

-No digas mas nada Archie. No arruines el momento ¿quieres? Me conoces lo suficiente para saber que si me pides que abandone ahora, luego de todo lo que pasó, vas a lograr que no estemos juntos. Créeme, lo deseo mucho, pero me es imposible dejar todo esto atrás. No ahora.

-Pero Sophie. Perdimos la tabla. ¿Que se supone que hagamos sin ella?

Sophie busco en su pequeña chaqueta mojada.

-iNo la perdimos cabeza hueca! Al menos no gracias a ti. Pasaste por alto que Jarle y Arkin se olvidaron de la tabla cuando entró esa mujer. Saliste con el viejo Adler a cuestras y dejaste la tabla allí, por suerte estaba yo. Te has vuelto un tonto enamorado. *-Rió un rato y me volvió a besar-*

#### IV

Cuando entramos en el aeropuerto de Oslo todo estaba tranquilo, un poco de gente que iba y venía, casi siempre apurada, como en todos los aeropuertos. Fuimos hasta la ventanilla y pedimos tres asientos en el primer vuelo que nos llevara hasta Australia. Una vez allí viajaríamos al desierto de los pináculos hacía donde casi todas las coordenadas de la tabla apuntaban.

Dos horas de espera teníamos para abordar, así que nos ubicamos lo más cómodos que pudimos. Al viejo Adler se le complicó un poco ya que tenía vendas en casi todo el cuerpo, haber roto la ventana del viejo bar con su

cuerpo le dejó secuelas. Cada vez que una herida le dolía dejaba una maldición a mi nombre. Sophie estaba mucho mejor del hombro, un poco de desinfectante y unos puntos la dejaron bastante bien. Yo estaba ileso, al menos físicamente. Por dentro estaba herido. El miedo se había clavado en mi corazón. Miedo de perder a Sophie. Jamás me gustó engañarme y el hecho que estuviéramos allí con vida, los tres, fue en gran medida gracias a la suerte. Pero, uno de los peligros más grandes era esa mujer, a la que Adler llamaba "demonio", había muerto junto a los dos lisiados. Eso me daba un poco de fuerzas para enfrentar el miedo a perderla. Me repetía una y otra vez en mi mente: "Esta es la última aventura y después, juntos para siempre"

Luego de una hora Adler me despertó tocándome el hombro. Me señaló con el dedo, de la única mano que podía levantar, a una mujer que nos estaba observando, y según el viejo, ya hacía más de media hora.

Tenía un jean azul y un buzo blanco con la capucha sobre la cabeza. Los cabellos, largos y sucios, le brotaban y caían sobre su pecho. La mirada era aterradora. Ojos inyectados en sangre era lo único que se podía ver de su rostro, la descuidada cabellera cubría el resto. Estaba allí parada con las manos en los bolsillos, tipo canguro, del buzo y solo nos observaba. Tenía el look de una porrista americana, delgada, de cabellos rubios, se podría decir que era bonita, pero esa mirada hacía que la mente evocara la peor de las pesadillas.

Miré a Sophie y estaba durmiendo. Le pedí a Adler que por favor la cuidara y fui a enfrentar a esa mujer. Cuando me vio levantarme comenzó a alejarse.

Tenía la esperanza de que no fuese la mujer del bar y no me podía permitir quedarme con la duda, así que la seguí. La vi entrar en el baño de hombres, caminaba de manera tranquila, como si quisiera que la siguiera. Las gotas de transpiración comenzaron a caer lentamente sobre mi frente. Apoyé la mano sobre la puerta del baño y entré.

Adentro me encontré con un cuadro demoníaco. El chino, que una vez había intentado robarnos, estaba clavado de la pared a un metro del suelo en la misma posición que Jesús en la cruz, pero invertido. Le habían cortado el vientre y las vísceras le colgaban hasta casi tocar el suelo. Una risa macabra femenina se escuchó fuera del baño, luego el silencio.

Adler y Sophie entraron al baño y vieron el desagradable espectáculo. Un "Dios mío" fue lo único que salió de la boca de Sophie. Si íbamos a continuar con esto, necesitábamos ayuda.

**V**

Archibald detuvo su relato y tosió unos segundos.

-Les pido disculpas, ya no soy aquel grandulón fuerte. Eso quedó años atrás. *-Miró a Rebeca y a Maximiliano, las miradas expectantes, había logrado captar la atención de la pareja.*- Disculpen mi descortesía, cuando rememoro el pasado el tiempo deja de existir. ¿Desean algo de beber?, he estado más de media hora hablando y no les he ofrecido nada.

-Si me permite decirle, usted tiene el perfil de las personas que saben disfrutar de un buen whisky. *-Respondió Maximiliano, y al inglés le gusto la propuesta sutil-*

-Será un gusto invitarlo con el mejor whisky que haya probado, Ingeniero. ¿Usted Rebeca, desea beber algo?

-Le agradezco mucho, estoy bien.

Livingrock salió de la habitación en busca de vasos y una botella Vintage Balblair 1975.

Maximiliano aprovechó el momento para hablar con Rebeca.

-¿Nya Asshara? ¿Tienes información sobre las personas que habitan allí?

-La información que tengo es antiquísima. Me sorprendería que todavía existieran. Pero según Archibald estas personas se mantienen ocultas y poseen un grado avanzado de tecnología. No sería raro no tener información.

-¿Podrían ser los que pilotaban aquella nave que te atacó y te dejó varada en Chad?

Los recuerdos no tardaron en alcanzar a Rebeca. ¿Cómo olvidar aquel cielo inundado de estrellas, aquella aldea plena de paz y a Tiaret, Tafari y Zunduri? También recordó la deuda y la promesa que les había hecho. Había cumplido ambas, pero faltaba tanto por hacer allí, en Chad.

-Es probable. Pero no fueron agresivos con Archibald y su grupo. ¿Por qué lo serían conmigo?

Livingrock entró con todo lo necesario para compartir su valiosa bebida. Preparó dos vasos con hielo y sirvió delicadamente, todo con ritualismo japonés.

-¿Les sigo contando? *-preguntó mientras levantaba su vaso-*

**Continuará...**

## Capítulo 4

### ESPERANZA

*"...how many times can a man turn his head*

*And pretend that he just doesn't see?...*

*The answer, my friend, is blowin' in the wind*

*The answer is blowin' in the wind"*

--

*"..¿Cuántas veces puede un hombre mirar hacia el costado*

*Y fingir que no ve?...*

*La respuesta, amigo mío, está volando en el viento,*

*La respuesta vuela en el viento."*

--

### **Bob Dylan - Blowin' in the wind**

¿La respuesta vuela en el viento? Quizás Bob quería decir que la respuesta es tan clara que hasta el viento la puede hacer llegar hasta ti. Si lo pensó de esa manera, tendríamos que preguntárselo a él. Yo prefiero pensar que fue así, que la respuesta a esa pregunta es muy fácil de responder. Quizás él no se hacía esa pregunta en el mismo contexto en el cual yo me la hago. Para hacerles entender el contexto, ahora yo les hago esa pregunta a ustedes: ¿Cuántas veces puede un hombre mirar hacia el costado y fingir que no ve? ¿No ver qué? sería lo que me preguntarían primero, y mi respuesta sería: La pobreza.

A diario la vemos en casi todos lados. ¿Qué hace la mayoría? simple, mira para un costado. Con esto no quiero condenar a nadie ni culparlos de la existencia de la pobreza. Solo hacerles saber que el mundo, en gran medida, anda mal no por lo que hacemos si no por lo que NO hacemos.

Nací con una mamá que me quería, un padre que trabajaba para que nada nos faltara, dos duchas diarias y la misma cantidad de comidas por día, jamás fui a Disney, no tuve fiestas de cumpleaños pomposas, ni siquiera muchos juguetes, en resumen, lo tuve todo. ¿Todo? A lo mejor difieren conmigo, pero el todo es relativo. Mi madre me amó siempre y mi padre también, a su manera. Eso para mí es todo.

De chico se podría decir que era retardado, entendía nada de todo, así como se los escribo. "Nada de todo". Cuando llegué a los siete años algo escondido en mis genes despertó y, como una crisálida, mi mente salió de su pupa. El "nada de todo" se transformó en un "casi nada de todo" y en algunos meses pasó a ser "casi todo de todo" El mundo comenzó a dibujarse de manera exacta en todo sus sentidos. Imaginen esa satisfacción cuando uno está tratando de entender algo y la respuesta llega, bueno, ahora multipliquen eso por cien. Tanto fue mi despegue mental que a los 10 años ya era dueño de diez compañías internacionales y más dinero que cualquier persona en el mundo.

¿Y qué hay con la pobreza? Estoy seguro que se preguntaron eso. Ok, el asunto es así. Lo que más desesperadamente busca el hombre es la libertad, en nuestras mentes el concepto de no tenerla ha generado un sin fin de conflictos. Se podría decir que es lo más apreciado por todos. ¿Qué tiene esto que ver con la pobreza? Todo. Ser pobre es no ser libre. No ser libre de decidir lo que más te conviene, no ser libre de trabajar para obtener lo que uno quiere y sobre todo no ser libre para poder alcanzar los conocimientos y/o habilidades que se desean.

¿Y qué con eso de que el mundo se jode por lo que no hacemos? Simple, muchos de nosotros miramos para un costado, ignoramos la pobreza, dejamos que la esclavitud abrace a esa gente silenciosa, no porque seamos malas personas sino porque no sabemos cómo ayudarlos.

"Claro, el niño rico sabe como ayudar porque le sobra el dinero" A lo mejor se les pasó eso por la mente. Lamento tener que contradecirlos pero sepan que es difícil ayudar con dinero. Es algo parecido a darle agua a una persona sedienta que no tiene un vaso. El agua se escapa entre sus dedos mientras intenta retenerla y tomar lo poco que le queda. Luego, indudablemente al haberse caído toda, volvería a necesitar mas, y mas, y mas, dejándolo en un círculo interminable de dependencia, sólo preocupado por lamer la poca agua que le queda en las palmas y los dedos. Viéndolo así, la persona sedienta no puede ser libre.

Lo importante no es con qué se ayude sino cómo se ayude, yo prefiero ayudar dando libertad. En lugar de dar agua a un sediento prefiero enseñarle el camino que lleva al río. "No des pescados, enseña a pescar" Decía Lao-Tze hace 2600 años atrás. Las cosas en aquel entonces parecían ser más claras, hoy ayudar a veces no se hace con buenas intenciones, tener a la gente bebiendo de tu jarra es muy conveniente,

pero sólo para unos pocos.

Todos somos capaces de ayudar significativamente a otros, se tenga o no se tenga recursos, para respaldar lo que les digo, déjenme contarles cómo conocí a Brian Gómez.

Brian, como muchas personas era pobre y esclavo de su condición y, como es común, alguien se beneficiaba. En este caso, el narco de turno que lo utilizaba para llevar droga de un lugar a otro.

Brian tenía una mujer y cuatro hijos. Si no trabajaba de mula no podía darles de comer. Probó muchos trabajos antes y en ninguno lo tomaron en serio, pasó de ser casi explotado haciendo remeras, que luego se vendían a sumas importantes, a "cartonear" por kilómetros en la gran ciudad hasta que quedó fuera del gremio de cartoneros por no ser familiar de nadie. Nada daba resultado, su familia se hundía cada vez más en el hambre. Probó como albañil. A ningún encargado de obra parecía importarle que estuviera más de catorce horas al sol por dos pesos entonces su espalda pagó el precio y lo hizo abandonar el rubro. Es difícil tener buenos huesos cuando desde niño se come mal y casi nada. Viajó al norte del país buscando lugares rurales, para intentar vivir de la tierra pero resultó que la tierra ya tenía dueño, nada de lo que sacase de ella iba a ser suyo jamás.

Su familia tenía cada vez más hambre y cuando se tiene poco las cosas no materiales pasan a importar más. Estaba decidido a hacer cualquier cosa para darle a los suyos la posibilidad de subsistir, no de vivir mejor, solo de subsistir. Cuando se tiene poco también se conforma con poco.

Así fue como Brian cayó en manos del Narco de turno. El esclavo buscaba otro esclavista y en la droga lo encontró. La paga le servía para llevar comida a casa.

Ahora dejen que les cuente qué hacía yo por aquel entonces, antes de encontrarme con él.

¿Ya les conté que tenía mucho dinero no? Ok. En mi caso tener dinero no servía de nada si no hacía algo útil con él, así que dispuse mis cosas y me dediqué a ayudar en las zonas más carenciadas de mi país. Otro millonario filántropo ayudando a los desvalidos. Seguro me etiquetaron así y lo bien que hicieron pero sepan que no hay muchos que ayuden realmente. Ya les conté que dar solo dinero es algo así como esclavizar, así que yo decidí no dar dinero sino libertad. A construir pozos de agua en lugar de llevar camiones con bidones de agua, enseñar a construir en lugar de dar escasas viviendas para la gente alineada con determinado pensamiento.

Todo marchaba de maravilla hasta que me enfrenté con la realidad: Dar libertad molesta a la gente poderosa, tal vez porque su poder solo existe

cuando hay poca libertad o porque sencillamente entienden que el mundo debe ser así, la cosa es que me crucé con un sujeto de esos y el golpe fue duro. Pero de todo fracaso se aprende. Ese hecho me sirvió para cambiar mis métodos radicalmente. Un viejo proverbio golpeó fuerte en mi cabeza: Si la montaña no va a Mahoma, Mahoma va a la montaña. Si la ayuda no puede llegar hasta las personas, ¿Por qué no traer a las personas hasta donde está la ayuda? Solo tenía que encontrar un sitio adecuado. Así que me enfoqué en eso y ahí es cuando el camino de Brian y el mío se cruzaron.

Junto a mi amiga Rebeca estábamos reclutando voluntarios para construir mi sueño de libertad, mi "cruzada" como me gusta llamarla.

Era una noche de un mes de verano y habíamos llegado a la villa "los hijos de San La Muerte" No me pregunten por qué tenía ese nombre. Allí un grupo de personas habían aceptado ayudarme y viajar lejos a cambio de tener una oportunidad de crecer fuera de la pobreza. Estaba todo dispuesto. La gente se estaba acomodando dentro de los micros. Rebeca y yo estábamos muy emocionados, era nuestro primer contingente de voluntarios. Seis personas se acercaron corriendo a nosotros. Era Brian y su familia. Me mostró el panfleto que habíamos estado repartiendo durante un mes en la villa y me preguntó si era verdad eso de tener casa propia y sustento solo por trabajar y ayudar a los demás. Se lo confirmé y le expliqué que tenía que viajar lejos. Me contestó con una pregunta: ¿Puedo llevar a todos? y abrazó a su familia. Otra vez le dije que si. El respondió: "Entonces no voy a estar lejos de nada". Les mostramos adonde se tenían que acomodar dentro del micro y que era vital que todos se ajustaran el cinturón ya que lo iban a necesitar. En ese momento un grupo de cinco personas entraron en la plaza donde habíamos preparado todo para irnos con los voluntarios. Estaban armados y comenzaron a disparar al aire. Luego uno de ellos gritó: ¿Dónde está Brian Gómez? Brian me miro y me pidió por favor que no lo delatara y si debía hacerlo que por favor me llevase a su familia conmigo. Rebeca le dijo que se fuese a preparar al micro, que nadie le iba a quitar la libertad de elegir un futuro mejor para él y su familia.

Describir a Rebeca es muy complicado, creo que la manera más sencilla que se me ocurre es diciendo que es un alma humana dentro de un cuerpo metálico que yo construí. Ella necesitaba libertad y yo se la di, construyéndole un cuerpo. Si ya se, estoy un poco obsesionado con la libertad, lo admito Además de sus peculiaridades posee un carácter fuerte, ese tipo de fortaleza que se obtiene cuando se es fuerte luego de ser muy débil. Lo mágico de ella es que, además, posee un corazón enorme.

Luego de decirle a Brian que no se preocupe se acercó a los cinco sujetos armados. Empezaron a bromear con su ropa y le faltaron el respeto muchas veces por sus formas femeninas pero ella ni se inmutó: la confianza de los fuertes. Les dijo que se fueran calmadamente pero solo

generó más risas. Luego uno decidió dispararle en la cabeza. La bala no hizo mucho a su cuerpo metálico pero sí afectó mucho a los cinco sicarios, los dejó totalmente desconcertados. Rebeca se sacó los anteojos de sol ya que se habían dañado por el disparo. El verde jade brillante de sus pupilas quedó al descubierto, sus ojos delataban la naturaleza de su cuerpo. - *Créanme cuando les digo que no pude lograr otro color cuando construí su cuerpo. Dicen que los ojos son el espejo del alma y por algún motivo la suya brillaba con ese tono.* -

Ella les volvió a repetir que se fueran. Los pobres diablos solo sabían lidiar con los problemas de una sola manera, disparando. -*Como dice aquella canción: Cuando se lee poco, se dispara mucho*- Obviamente el resultado no fue el que esperaban, nada de fluidos carmesí ni restos óseos por ningún lado. Rebeca quitó las armas de sus temblorosas manos y, con casi nada de esfuerzo, las destruyó. Su fuerza, su poder, todo en lo que ellos creían estaba ahora en el suelo todo retorcido. Repitió por tercera vez lo mismo: "Por favor retírense" Estoy seguro que si no hubiesen salido corriendo, hubiesen visto también la parte fuerte de su carácter. Luego se acercó a mí y me dedicó una sonrisa. ¿Vamos? dijo con su voz mitad máquina mitad alma humana.

Así fue como conocí a Brian. Ahora, si me permiten, les voy a contar como él, sin tener nada, me ayudó.

Luego de asegurarnos que todo estuviese listo, Rebeca me tomó por la cintura y juntos nos elevamos hasta alcanzar al "Ángel" Así llamo a nuestro vehículo aéreo, construido en parte por sugerencia de Rebeca. ¿Por qué se llama Ángel? Bueno, eso a lo mejor será parte de otra historia, no de ésta.

Una vez que estuvimos los dos allí, me senté en la cabina del piloto y ella se quedó en la zona de carga. Desde nuestra nave elevamos los tres micros con los voluntarios y los acomodamos adentro. Rebeca se encargó de calmarlos, no todos los días uno es subido por fuerzas gravitatorias a una nave en el cielo. Se me vienen a la mente diez películas que podrían hacer de esa experiencia algo perturbador.

Cuando todo estuvo más tranquilo les explicamos que debíamos hacer otra parada para recoger a algunas personas más y que no debían moverse de sus asientos dentro de los micros.

Viajamos unos minutos hasta sobrevolar por el Atlántico. Buscábamos un barco que llevaba una carga muy especial. Una luz en los sensores me avisó que lo habíamos encontrado. Puse el piloto automático y fui a la zona de carga junto a Rebeca a prepararme.

Ella me recibió con un: "Estoy lista". Le recordé que cuando abordara el barco primero debía deshabilitar las armas y luego asegurar la carga. Abrí

la compuerta de carga inferior del Ángel, por donde habíamos subido a los micros y Rebeca saltó fuera.

El mar furioso arrojaba olas de unos seis metros contra el barco "Mangahas", como si se tratase de un caballo salvaje tratando de liberarse de su jinete molesto. Rebeca tocó la cubierta luego de escasos segundos después de abandonar el Ángel. Me coloqué el casco y activé el sistema de comunicación que me permitía ver lo mismo que ella. Avanzó hasta un lateral de la cubierta y con sus manos arrancó una torreta de combate, luego la arrojó al mar. Al igual que un panal, cuando es golpeado por una piedra, varias docenas de hombres salieron de su refugio dentro del barco para detener al agresor. Menuda sorpresa se llevaron al notar que solo se trataba de una mujer. Descargaron su plomo contra ella sin lograr siquiera que se detuviese un centímetro. Siguió avanzando hasta la siguiente torreta y repitió el movimiento. Varios tripulantes lograron subirse a las mismas y utilizaron las armas calibre 50 que había montadas.

La munición dejaba una haz de luz dorado desde el cañón hasta impactar en el cuerpo de Rebeca y una vez impactada, un sin fin de chispas salían por los aires arrastradas por el intenso viento marino. Nada la detenía. Tomó otra y la arrancó de la cubierta, esperó que el operador huyera como si hubiera visto al diablo y la arrojó por la borda. Cientos de líneas brillantes marcan la traza entre los cañones de las armas y el cuerpo de ella, casi una función de fuegos artificiales sobre la cubierta de aquel barco filipino. Algunos, luego de verse sin munición, intentaron detenerla cuerpo a cuerpo. Ella se los sacaba de encima como si fuesen hojas de otoño sobre su sobretodo.

Así continuó hasta que se extinguieron las torretas. "Voy a abrir la bodega, prepárate para subir la carga" Me dijo mientras se dirigía al centro de la cubierta. Las puertas de la bodega debían tener unos doce metros, Rebeca se quedó parada ahí viéndolas por unos segundos. El rayo guía de su poderoso láser salió de su frente, recorrió por la mitad la gran compuerta y luego desapareció. Un segundo después el láser derretió el metal formando un surco que partió al medio la entrada a la bodega. Los tripulantes se dispersaron rápidamente, aterrados por el poder de ese rayo rojo que le brotó de la frente. "Listo, ahora es tu turno", su voz se escuchó en el comunicador y no demoré en hacer mi parte. Configuré el tractor de gravedad para que enfocara los dos contenedores que yacían en el fondo de la violada bodega y le di la orden de que los trajera a bordo del Ángel. Los marinos que tuvieron las suficientes agallas para no esconderse adentro del barco vieron cómo su carga se elevaba por los aires fuera de la bodega hasta perderse en las nubes grises del cielo.

Cuando Rebeca subió se dispuso a acomodarlos. Era la única con la fuerza suficiente.

Noté que Brian nos observaba con una mirada de preocupación mientras aferraba fuertemente a su familia dentro del micro. Entendí enseguida qué era lo que parecía lo que acabábamos de hacer: Un robo. No iba a dejar que se quedara con esa impresión, así que fui hasta el micro y le pedí por favor que me acompañara para ver el contenido de los contenedores. Tengo que admitir que no le fue sencillo creermelo. Luego de unos minutos estábamos los dos parados frente a ellos. Le hice una señal a Rebeca. La puerta cedió ante sus manos con un lastimoso quejido metálico. Un olor agrio ofendió nuestras narices y desde las oscuras entrañas de esa caja metálica comenzaron a salir personas. La mayoría eran mujeres jóvenes de procedencia latina. Vestían algo que apenas eran harapos. Brian me miró horrorizado mientras intentaba no respirar.

Son víctimas de la "trata", le expliqué. El barco que atacamos era de piratas filipinos que compraron a estas mujeres. Rebeca comenzó a hablarles, a explicarles que habían sido rescatadas por ella y por mí. Muchas comenzaron a llorar, otras cayeron al suelo, las pequeñas piernas desnutridas apenas lograron sostener la satisfacción y algunas, las más fuertes, corrieron a abrazar a Rebeca, a mí y a Brian. Entre las gracias y los llantos de alegría vi a Brian que aceptaba lo que habíamos hecho.

Rebeca se acercó a mí preocupada, había detectado a dos personas que todavía estaban en el barco y que seguro no eran tripulantes. Al parecer estaban en un compartimiento, en el casco de la nave, cerca del timón. Sin duda habían logrado escapar de alguna manera y se ocultaron allí. Una de las mujeres nos dijo que se trataba de una madre y su hija de nueve años. Brian nos miró y su mirada lo decía todo: ¡Rescátenlas, por favor!

Rebeca no se demoró ni un segundo, salió del Ángel y voló de nuevo hasta el "Mangahas". Yo configuré el casco para permitir verla en el monitor. Sin duda ver el rescate iba a subir la moral de las mujeres y de los voluntarios.

Todos juntos vimos el recorrido de la mujer mecánica hasta acercarse al timón. Un hueco se divisaba a una docena de metros. Lentamente comenzó a aproximarse y dos figuras humanas aparecieron frente a todos. Estaban acurrucadas, con las rodillas pegadas al pecho y tomadas de la mano. Se acercó lentamente y la mujer la vio. Desde su punto de vista Rebeca parecía un Ángel, flotando en el aire, el cuerpo metálico brillante, gracias a la luz del sol que recién asomaba, y la mano extendida ofreciéndoles sacarlas del infierno que estaba viviendo. Aceptó la mano plateada y se puso de pie sin soltar a su hija que aún permanecía acurrucada, la atrajo hacia ella para que se pusiera de pie, y no se movió. Insistió nuevamente pero permaneció allí, inmutable como una estatua, aunque la fuerza de la madre, en su desesperación, logró que se moviera. Rebeca la analizó rápidamente con sus sensores y el horror de saber que había muerto congelada, hacía más de dos horas, la paralizó. Ese último

tirón la hizo caer por el borde. Rebeca, la madre, los voluntarios, las mujeres y yo vimos caer a ese pequeño cuerpo acurrucado hasta que Poseidón la abrazó para siempre en medio de un diminuto chapoteo de agua. La caída duró unos segundos pero cada centímetro que recorrió hasta el mar se quedó grabado a fuego para siempre en todos y quedaría guardada hasta el final de nuestros días. Los llantos de la madre nos desgarraron el alma y las palabras de Rebeca intentando consolarla fueron lo más inútil que jamás haya tratado de hacer, si fuese cien por ciento máquina ni siquiera lo hubiese intentado...pero es más humana que máquina y debía hacerlo. Necesitaba hacerlo.

Esa niña cayendo al mar fue mi punto de quiebre, mi corazón no lo soportó. No podía aceptar los horrores que es capaz de hacerles vivir a otros un ser racional como el hombre. Todo empezó a valer nada y nada pasó a ser todo. Me dirigí hasta una de las consolas y active el armamento del Ángel. La voz de la computadora de abordó comenzó a detallar el armamento que estaba preparado y listo para ser disparado. Mi blanco: el "Mangahas" Entre lágrimas de frustración me acerqué hasta la ventana más cercana de la bodega para observar por última vez esa nave nefasta repleta de gente que, para mí, ya no merecían vivir. *-Y fue aquí, en ese preciso instante, en el que Brian me ayudó.-* Sentí una mano en el hombro, se apoyó firme y la sentí cálida. Me di vuelta y escuché lo que salvó mi cruzada: Señor Maximiliano -Dijo Brian- usted no es ese tipo de persona, no cambie su forma de ser por lo mal que actúan los demás. Yo y la gente que está aquí se lo debemos todo. Usted nos dio una oportunidad y si mata a esos hijos de puta no volverá a ser el mismo, lo se por experiencia, de eso no se vuelve.

Lentamente los que estaban cerca y habían podido escuchar a Brian se acercaron y me abrazaron. Voluntarios, Mujeres y niñas volvieron a llenar mi corazón vaciándolo de odio.

Así fue como recibí de alguien, que no poseía nada, la ayuda que más necesitaba: Esperanza.

El sol iluminó al "Mangahas" esa mañana y el mar lo siguió moviendo, a su entero capricho, sobre su tumultuoso lomo. Sobre él una nave, que desencana totalmente con la época, continuó su viaje.

**FIN**

## Capítulo 5

Antes de leer este corto recomiendo

leer el corto N°3: La Expedición

N. del A.

### **GUALICHU**

Sobre el extenso y plano suelo de la Pampa Argentina el sol se eleva sobre la lejana línea del horizonte. Sin necesidad de pedir permiso, con su luz todo lo cubre dando aviso al gallo para que con su canto levante las almas que habitan el pueblo de Carrizos.

La torre de la capilla es la primera en recibir a Febo, que blanca y de adobe devuelve la claridad del nuevo día a la plaza. Las pequeñas piedras blancuzcas que marcan su límite en forma de rectángulo definen el terreno donde el calor juega con los pequeños y desaparejos bancos de piedra mientras el viento forma figuras espiraladas con el polvo del suelo, el cual terminará reposando dentro de las cuarenta viviendas que allí se erigen para finalmente ser barrido por las diligentes mujeres de nuevo hacia la explanada. Pero en este día la rutina iba a hacer una pausa y antes de que los pisos fueran aseados, algo iba a despertar a los habitantes de Carrizos.

### **Lunes: Finado**

Juan Martín se despertó antes que el gallo, solo, como hacía ya muchos años, y completamente mojado en sudor. Tenía el pelo pegado a la cara gracias a la presión con la desnutrada almohada y la barba tenía olor a babas. Frotó inútilmente sus dedos sobre sus ojos con el afán de alejar la jaqueca.

Hizo un esfuerzo para recordar los eventos de la noche anterior en la pulpería luego de que vaciara el undécimo vaso de caña, pero su memoria se aferraba al olvido.

Con un quejido de molestia se incorporó y caminó oscilante hasta la vieja cocina a leña. Calentó agua para el mate y lo tomó sentado a la mesa. Tras el primer trago, la infusión se abrió camino calentando el estómago y, como si huyera del calor, un recuerdo llegó a su mente:

Estaba caminando fuera de la pulpería, la noche anterior, con Solano, su amigo, cuando se tropezó y quedó boca abajo en el suelo. Su compañero siguió sin notarlo unos escasos metros hasta llegar a la calle de la iglesia y allí fue alcanzado y arrojado al suelo por algo que no alcanzó a distinguir.

Se incorporó torpemente y avanzó. Tropezó de nuevo y quedó tendido detrás de una carreta. Desde allí pudo ver a un animal enorme desgarrar a su amigo. Hundió el hocico dentro del vientre y arrancó las vísceras. Las olfateó y emitió un sonido horrible mezcla de aullido con frustración humana. La bestia giró y miró en su dirección.

El vínculo con el recuerdo se interrumpió debido al miedo. ¿Fue un recuerdo? Era difícil distinguir lo real de lo soñado.

Volvió a tomar mate y evitó volver a pensar en el asunto.

Los gritos de Doña Mercedes interrumpieron su desayuno. Eran agudos, mas de lo que podía soportar luego de una noche de tragos y, además, sonaban muy reales. La mujer, con sus setenta años, solía dramatizar cualquier situación más de lo normal, pero ahora no parecía estar actuando.

Dejó el mate de calabaza junto a la pava sobre la mesa y salió. El sol todavía no había asomado pero había luz suficiente para ver. La plaza estaba tranquila, un poco más de lo que suele estar de día.

El pueblito, de finales del siglo diecinueve, todavía no reaccionaba a los gritos.

Provenían de algún lugar cerca de la iglesia. Cruzó la plaza y camino por la calle lateral al templo. Allí encontró lo que intentaba negar desde que comenzó a recordar. Solano estaba en el suelo. La sangre alrededor del cadáver se había unido al polvo del suelo formando espesas figuras surrealistas. El interior del pobre diablo estaba a la vista de la anciana que ya había comenzado a vomitar. La escena trajo de nuevo el recuerdo de la noche anterior:

La bestia había mirado hacia él, tenía ojos humanos y eran escalofriante. Jamás olvidaría esa mirada inyectada en sangre. Luego olió como hacen los perros al detectar un aroma familiar. Lo que le decía su hocico no le gustó y gruñó con furia, luego se alejó como si se escapara de algo.

¡No se trataba de un sueño! Juan Martín dio dos pasos atrás y cayó sentado al suelo.

La muerte cubrió con su manto de silencio a Solano. Allí, inerte en el suelo, era imposible distinguir la generosidad que había tenido en vida, sobre todo con Juan Martín que ahora debía guardar todo su afecto hasta que se reunieran nuevamente más allá de la vida. Gracias a la bondad del alma que solía habitar aquellos restos desgarrados había encontrado un refugio cuando decidió desertar del ejército de Argentino Roca asqueado

de la matanza de los pueblos originarios.

¿Bajo el nombre de quién se cometieron más atrocidades. El de Dios o el del progreso?

El refugio allí en Carrizos le había dado una ausencia física del problema legal de la deserción pero jamás le dio un escape del problema de su conciencia.

Había matado a más de una docena de mapuches con el pretexto de que eran incivilizados y ellos se habían defendido con la justificación de que eran sus tierras. No demoró mucho en llegar a la conclusión de que si le quisieran quitar, a él, su casa empuñando un rifle y un sable, también se defendería y poco le iba a importar si era civilizado o no.

En Solano había encontrado un alivio al problema de la conciencia. Noches enteras fueron el escenario de largas conversaciones las cuales habían logrado construir una amistad profunda y al mismo tiempo lo alejaban del dolor de cargar con el equipaje de lo vivido.

Ahora Solano ya no estaba.

### **Martes: Visitante**

Otro día más llegaba a Carrizos y Juan Martín lo recibía en la mesa junto al mate. El nuevo amanecer era un chiste de mal gusto, él estaba vivo y Solano no.

Pensativo observaba la plaza desde su ventana. El recuerdo de la mirada de aquella bestia lo atrapaba en su mente. ¿Qué tanto de irreal había en el recuerdo? Ningún animal posee esa mirada con tal nivel de conciencia que reflejaban aquellos ojos horriblemente humanos. ¿Que animal era capaz de matar a un adulto? Tal vez un puma. Lo pensó varios minutos hasta que la razón lo hizo desistir. Aquella monstruosidad debía tener el doble del tamaño de aquellos felinos y su aspecto era más canino.

Puso agua dentro del mate y volvió a contemplar el centro de Carrizos a través de su ventana.

El sonido del aire entrando por la bombilla era lo único que lo ubica en este mundo, la quietud del pueblo era aterradora, más si se tenía problemas con la consciencia.

Mirar por aquella abertura no era diferente a apreciar un cuadro, nada se movía, todo siempre estaba en el mismo lugar, pero en ese momento el autor de aquel cuadro decidió cambiar algo, pintó algo nuevo, a un

hombre caminando hacia un banco.

Se detuvo frente a él y contempló todo el pueblo lentamente hasta llegar a la ventana de Juan Martín. Los dos se miraron y en el cruce de las dos miradas los recuerdos volvieron:

Estaba en el suelo luego de tropezar por segunda vez, luego vio morir a Solano. La bestia miró cerca de donde estaba tirado y olisqueó el aire y un olor no le gustó. Detrás de él un hombre le gritaba algo al antinatural animal, no podía entender el idioma o estaba muy ebrio para hacerlo. Luego la bestia gruñó y huyó como si hubiese entendido lo que le gritaron. El extraño avanzó y pudo ver sus botas desde el suelo. Hizo un esfuerzo para levantar la cabeza y mirarlo. Sus ojos se encontraron por primera vez. No te levantes, estas ebrio le dijo y fue lo último que recordó.

Dejó el mate sobre la mesa y fue a encontrarse con aquel visitante. Llevaba uniforme militar, de alto rango y estaba agachado tocando el suelo. Con los dedos desmenuzaba un poco de tierra mientras la miraba cuidadosamente.

-¿Quién es usted? *-preguntó Juan Martín con tono de orden-*

-¿El suelo aquí no es muy rico verdad? *-Preguntó el visitante ignorándolo-*

-Le acabo de hacer una pregunta.

Nuevamente fue ignorado, el militar se irguió y miró los campos que se encontraban al norte.

-¿A quién le pertenecen aquellos campos? *-Señaló al norte, a la siembra de maíz de Solano-*

Viendo el rango que acusaba el uniforme y teniendo en cuenta su problema de deserción decidió olvidar de momento su pregunta.

-Eran de Solano López.

-¿Y aquellos? *-Volvió a señalar, esta vez al Sur, a los campos de maíz de Anchorena-*

-De los Anchorena.

Los campos de Solano siempre daban el mejor maíz y las mejores siembras. Los Anchorena envidiaban ese suelo y habían comprado por sumas exorbitantes parte de ellos pero pese a tener la misma tierra jamás lograron los mismos resultados.

Juan Martín era capataz en los campos de su amigo y sabía que no sembraban de manera diferente a sus vecinos pero en ese suelo las siembras no eran iguales a otros lugares.

-La siembra de Solano es excelente, ¿no le parece?

Sin esperar la respuesta comenzó a retirarse hasta que Juan Martín le cortó el paso. Sus miradas se cruzaron por tercera vez. El extraño tenía una mirada cansada y tranquila pero en el fondo, como si fuese el decorado de un escenario, la tristeza se dejaba percibir.

-Le pregunté su nombre. *-La necesidad de saber que había matado a su amigo le dio el coraje para dejar de lado el rango-*

-Mi nombre no es importante.

Juan Martín comenzó a irritarse. Ser capataz por muchos años lo habían acostumbrado a obtener respuestas de sus preguntas.

-Tiene razón, su nombre me importa una mierda. Dígame qué era lo que atacó a Solano.

-No estaba tan borracho para olvidarlo. Una lastima. Le aconsejo que se olvide lo que pasó si no quiere terminar como su amigo.

Enfurecido el capataz dio un paso hacia atrás para dejar espacio entre los dos y apoyó su mano en el facón en un gesto amenazante.

-Eso sería suicidarse. *-La voz del extraño era demasiada serena para la situación-*

-Deme una respuesta o se la saco con el hierro. *-Sacó rápidamente el arma de su cintura y se envolvió la otra mano con su poncho-*

Hubo unos segundos de silencio, los dos se quedaron viéndose hasta que las campanas de la iglesia comenzaron a tañer anunciando el inicio del funeral de Solano.

Algunas personas comenzaron a caminar por la plaza en dirección al templo.

-Guarde eso, no querrá morir antes de despedir a su amigo.

Su odio no tuvo más opción que contenerse. Ayer había muerto Solano y con la última persona que lo vieron era él. Hoy lo iban a ver apuñalando a un extraño. ¿Que iba a pensar el pueblo? Las personas tienden a preferir la respuesta más sencilla cuando se trata de problemas complicados. No se iban a detener en el detalle de cómo había muerto su amigo,

sencillamente iban a acusarlo a él.

El visitante se alejó en dirección a los campos del norte y a unos metros se detuvo.

-No salga cuando escuche los tambores.

Fue lo último que dijo antes de alejarse.

En Carrizo nunca pasa nada, pero cuando sucede algo es a lo grande. Una bestia come hombres y un sujeto que parece no tenerle miedo y, más aún, la bestia parece tenerle miedo a él.

¿Tambores? Intento pensar en eso pero ya era demasiado, la vida en el pueblo lo estaba volviendo lento para pensar y prefirió ir a despedir a su amigo.

La ceremonia comenzó a horario. Las mujeres vestían sus mejores negros y los hombres descubrían sus cabezas. El párroco se ubicó en el altar, más alto que todos los demás, como si él fuese más que su rebaño y como si su Dios le hubiese enseñado a ser diferente.

Al velorio había asistido casi todo el pueblo, a excepción de los Anchorena que se sentían estafados por la compra de algunos campos.

El hermano de Solano, un hombre maltratado por el tiempo, de cabellera gris y barba larga al tono, ingresó al templo. Poseía un aspecto más druídico que gauchesco. Al ubicar a Juan Martín entre los presentes lo saludó moviendo la mano, bien en alto y de un lado para el otro, como lo hubiese hecho un niño y luego se sentó a su lado, parecía estar un poco emocionado.

Baltazar no era normal, al menos no para las personas del pueblo. Algunos afirmaban que era retardado, otros que estaba loco. Para Juan Martín valía la segunda hipótesis.

Solano se esmeraba en ocultarlo o eso era lo que había pensado al principio, pero luego de un tiempo llegó a la conclusión que lo estaba protegiendo. Jamás le había dicho de qué, pero conociendo la crueldad que podía llegar a tener la gente de aquel pequeño pueblo, supuso que ese podría llegar a ser un buen motivo.

-Lamento mucho la muerte de tu hermano. *-Inició la charla Juan Martín-*

Baltazar no miraba a los ojos cuando hablaba, miraba un poco más arriba de la cabeza de su interlocutor. Como si allí, flotando en la nada, hubiese

algo que capturaba profundamente su atención.

-Lo...-*Hizo un esfuerzo para armar la frase*-...lo lamentas mucho más que yo. Afirmó.

Movía rápida y rítmicamente la cabeza hacia el lado izquierdo, una y otra vez, como un tick. Hablar era una tarea que al pobre hombre le costaba demasiado.

-¿Tú no Baltazar? -*Preguntó preocupado*-

Creía que estaba loco, pero jamás lo vio ser desapegado a su hermano, todo lo contrario. Las pocas veces que los había visto juntos le había quedado la impresión de que Baltazar adoraba a Solano.

Haciendo otro esfuerzo y repitiendo muchas veces el tick, logró armar una respuesta.

-Ah..ahora está con La Madre, está....entre..entre todos nosotros. No estés triste ni tampoco cargues con la culpa.

La forma en que armaba las frases no eran las de una persona retrasada, tenían cierta coherencia. ¿Cómo podía llegar a la conclusión de que sentía culpa por la muerte de Solano? Ni él mismo quería aceptar esa realidad. Murió frente a sus ojos y estaba tan ebrio que al otro día ni lo recordaba. -*Lo dejaste morir*- le gritaba su conciencia.

Baltazar extendió la mano y le alcanzó un sobre. Estaba abierto.

-Esto...este sobre es para tí, es de mi hermano.

Con cada frase que armaba se lo notaba más cansado, como si imaginariamente estuviese cargando una piedra del doble de su peso mientras hablaba.

-Perdón. -*Dijo, mientras con el dedo le indicaba que estaba abierta*-

Miércoles: Última voluntad

*"Querido Juan Martín, te escribí esta carta como el último de mis recursos. Fui hombre de armas y la pluma no se me da muy bien así que disculpa lo breve. Si estás leyendo esto es muy probable que haya muerto y en consecuencia te necesito pedir un último favor. Cuida a mi hermano menor Baltazar, se que es una carga que no mereces y a modo de recompensa te dejo todos mis campos, tu sabes bien cómo manejarlos ya que por acción fueron más tuyos que míos.*

*La única persona en que puedo confiar es en ti, viejo amigo.*

*Lamento lo de las tolderías, no debí haberlos llevado allí. Ese pesar lo llevo conmigo a la tumba, quisiera poder llevarme también el tuyo. Recuerda, el odio que nos llevó a ese lugar nos convirtió en villanos. No te culpes a ti, culpalo a él y no lo vuelvas a dejar entrar jamás en tu corazón."*

Juan Martín dejó la carta delicadamente sobre la mesa y se recostó sobre el respaldo de mimbre. Allí meditó un buen rato. Tal vez esto era una segunda oportunidad, una manera de redimir la culpa que sentía por haberle fallado a Solano. Si desde la tumba le pedía un favor, no le iba a fallar de nuevo.

Tomo lo último de su mate y preparó sus cosas que no ocupaban mucho más que un morral de lana. Tocó el facón levemente con su mano. Tenía intenciones de usarlo ya que si no cazaba a aquella bestia jamás habría justicia para su amigo.

*"No lo vuelvas a dejar entrar jamás"* le había escrito, pero el odió por aquel animal había crecido desde el lunes.

No quería justicia, buscaba venganza.

Empujo la tranquera y camino hacia la estancia de Solano. Aquella construcción de paredes blancas y de dos plantas, con techo de chapa roja, ya desteñida por el sol y el tiempo, le traían miles de recuerdos junto a su amigo.

Se acercó a la puerta principal y allí, Segundo, el encargado de la estancia lo recibió.

-Buen día Segundo, se quitó la boina negra y la sostuvo entre sus manos junto al pecho.

-Buen día Juan....aunque ahora debería llamarte patrón. Solano, que en paz descanse -*se persignó*-, nos dejó instrucciones. -*Le mostró un sobre ya abierto*- Baltazar me lo entregó ayer, antes del funeral, creo que te entregó el otro a vos.

-Si, durante el funeral.

Los dos hombres se dieron un abrazo. Segundo trabajó con Juan Martín durante cinco años, los dos se tenían afecto y respeto, ese respeto que se tiene la gente que comparte los mismos valores, los del trabajo y la honestidad.

-¿Quieres que lleve tus cosas y te prepare la habitación?

-Por favor Segundo, que El Sargento me haya dado su casa no me vuelve un burgués como el.

Los dos rieron un rato hasta que la nostalgia del amigo perdido vino a llevarse la alegría.

A Solano le decían El Sargento porque había servido en el ejército de Roca con ese rango hasta que se vio obligado a renunciar para ayudar a Juan Martín e impedir que lo maten por desertor.

-Por lo menos deja que te guarde el morral.

Le dió el bolso y miró el lugar, la brisa estaba comenzando a soplar.

-¿Me harías un favor?

-El que quieras Juan, dime.

-Prepara las armas de caza.

-Planeas...

-Si, voy a cazar al animal que mató al Sargento.

-Yo también iré. ¿Cuándo?

-No me están quedando muchos amigos...no quisiera cargar con tu muerte también.

-A mi tambien se me estan acabando los amigos.

Los dos hombres se quedaron viéndose, el viento revolvió sus cabellos.

-¿Quien es el patrón ahora? *-Preguntó Juan Martín-*

-Tu. *-Respondió de mala gana-*

Segundo suspiró moviendo la cabeza en gesto de negativa. Dio media vuelta, entró a la estancia cargando el morral y cerró la puerta con fuerza.

Juan Martín caminó hasta los campos, donde había un pequeño banco, de material y madera, junto a una higuera. Desde allí se podía ver la siembra en toda su magnitud.

Se sentó para pensar cómo iba a hacer para encontrar a la bestia.

El viento comenzó a jugar con las hojas del árbol y los aromas del campo lo perfumaron todo a su alrededor. Cerró los ojos y respiró muy profundo. El aire entró fresco en sus pulmones, la sensación era hermosa.

Siempre que necesitaba pensar en calma acudía a ese lugar. Allí el tiempo transcurría más lento y el campo parecía hablarle, susurrarle ideas al oído.

Esta vez le susurraba que no buscara al animal.

Abrió los ojos para evitar seguir escuchando o sintiendo o las dos cosas al mismo tiempo.

Delante de la siembra vio a una persona, no pudo distinguir si era hombre o mujer. Le dio la sensación de que era una mujer. Estaba herida e intentaba ponerse en pie. Lo miró y le habló pero las palabras no emitieron ningún sonido, solo se le movían los labios.

Fué en su ayuda, puso un brazo de la mujer en su hombro y cuando iba a levantarla vio que Baltazar hacía lo mismo con el otro brazo. Los dos la ayudaron a ponerse en pie.

-Hola Baltazar, no te vi llegar.

-Hola Juan. No me viste llegar porque ella me trajo hace unos segundos.

Le pareció muy raro que hablara fluido y sin ese tick característico. Hasta lo notaba menos apesadumbrado.

-¿Ella? -*Señaló con la mirada*- ¿A donde te trajo?

-A tu sueño. -*Pensó unos segundos*- ¡Ah! Perdona, no sabes que estás soñando.

-¿Estoy soñando?

-Así es.

Miró todo a su alrededor mientras llevaban a la mujer hasta el banco de material y madera.

-Se ve muy real para ser un sueño. ¿Quién es ella?

-Ella es nuestra madre, La Madre de todos.

-Hasta en los sueños sigues igual de loco.

Baltazar le dedicó una sonrisa alegre. Luego sentaron a la mujer en el banco.

-Hay muchas cosas que la mayoría no sabe. Somos pequeñas partes de algo mucho más grande, como células de un organismo y ese organismo es ella. *-Le explicó Baltazar-*

Juan Martín intentó no prestarle mucha atención, el hombre nunca fue muy cuerdo, pero dentro suyo algo le decía que tenía razón.

-¿Qué le pasó? ¿Por qué no puede caminar?

-Esta herida, desde hace mucho tiempo.

-¿Quien la lastimó?

Baltazar miró al campo tristemente, parecía estar decepcionado de sí mismo.

-No lo se.

-¿Que tal si le preguntamos?

Baltazar dejo de mirar el campo, Juan Martín había capturado su atención.

-Anda, intentalo por favor.

Juan Martín se arrodillo para estar a la altura de los ojos de la mujer. Eran extraños, no pudo distinguir bien de qué color eran.

La mujer lo miró curiosa y en aquella mirada encontró la profundidad infinita del universo y el misterio de siete lechos marinos.

Trago saliva, no le fue fácil dirigirse a un ser así. Le preguntó que le había pasado pero la mujer no le entendió. Luego le respondió pero no hubo sonido, solo vio como se movían sus labios.

-No me entiende y no puedo escucharla. ¿Que pasa?

Baltazar se desilusionó. Había puesto alguna especie de esperanza en él.

-Solo una persona sabe cómo hablarle. *-Suspiró tristemente-* Yo.

-Preguntale vos, puede ser algo grave.

-Ya lo hice. Pero el hecho de saber hablarle no garantiza que sepa entenderla.

-¿Que dices?

-No entiendo que es lo que responde.

-Debe haber alguien mas que sepa. ¿Tu como aprendiste, quien te enseñó a hablarle?

-Si quieres saberlo... *-Puso una mano sobre la cabeza de Juan Martín-*  
Ahora verás lo que yo recuerdo. *-Sentenció-*

Comenzó viendo a un Baltasar muy joven, estaba en otro País, en un pueblo llamado Salem.

El niño estaba correteando solo por los campos que habia detras de su casa cuando por casualidad tropezó con una piedra y cuando cayó, el suelo cedió y se hundió dentro de una cueva subterránea.

Allí había un refugio antiguo que guardaba un cofre de madera y metal.

Se acercó hasta el intrigante objeto y con sus pequeñas manos lo abrió. Dentro había un libro, en la tapa rezaba: Diario del último Arcano.

Luego continuó viendo a Baltasar un poco más grande, unos dos o tres años más tal vez. Estaba en su cuarto, leyendo el libro, aprendiendo de lo que allí había escrito, cuando su padre entra en la habitación desesperado.

Rápidamente el joven envolvió el libro y se lo guardó dentro de sus pantalones. El padre lo tomó de la mano y huyeron junto con su familia, su madre y su hermano Solano, de la casa.

Corrieron por el campo hasta alcanzar la carreta, subieron y comenzaron a andar muy rápido, estaban huyendo.

Detrás de la carreta un animal enorme los perseguía.

Ahora Baltasar ya era un adolescente, estaba en la Argentina, en Buenos Aires y continuaba estudiando el libro pero con temor, alguien lo perseguía, no aquella bestia, sino un hombre que quería destruir el libro.

Bajo esas circunstancias no tuvo otra alternativa que usar lo que había aprendido luego de tantos años. Pronunció unas palabras y el libro comenzó a grabarse en su mente, ahora recordaba todo lo que decían sus

páginas pero eso le significó una carga que no había calculado, ahora pensaba más lento y le costaba hablar.

La mente es limitada y ahora la de él estaba casi al límite.

Aquel hombre lo terminó por encontrar, tomó el libro y estuvo a punto de matarlo pero no lo hizo. No era necesario hacerlo.

Esa persona era el extraño que Juan Martín había visto en la plaza.

Los recuerdos de Baltasar terminaron.

-¿El libro te enseñó a hablar con ella?

-Si. Al hablar con ella puedo pedirle que haga cosas. Como hacer que la siembra crezca a pesar de no tener buen suelo.

-Alguien lo escribió, seguro que debe haber otros que puedan hablarle.

En ese momento la mujer extendió una mano y tocó el hombro de Juan Martín haciendo que imágenes comenzaron a aparecer en su mente.

Veía a dos personas, un hombre y una mujer. El varón era el extraño de la plaza, a la mujer no la conocía. Los veía matando a personas.

A diferencia de los recuerdos de Baltasar, estos eran más complejos, aparte de visualizar eventos también podía sentir lo mismo que La Madre.

Las personas que morían podían hablar con ella, le pedían ayuda de manera incorrecta, le hablaban como niños, las cosas que le pedían no los ayudaba a detener a la pareja.

Todos fueron muriendo, miles, menos dos que hablaban de manera excelente con ella.

Resistieron los ataques hasta que un día uno logró quitar del medio a la mujer que lo perseguía, pero murió en el proceso ya que para hacerlo le había pedido algo prohibido a la Madre.

El último resistió por años al hombre hasta que cayó enfrentándolo.

Cuando murió sintió un silencio enorme, ya nadie hablaba.

El recuerdo terminó allí.

-No queda nadie. *-afirmó con mucha pena-*

Baltazar se alegró. También había visto el recuerdo de la Madre.

-¡Te ha entendido y ha respondido!. Nos ha mostrado que sucedió con las personas que podían hablar con ella.

Juan Martín frunció el ceño preocupado.

-El hombre que los mató está en Carrizos. Y sabe o sospecha lo que estás haciendo con las siembras de tu hermano.

-No te preocupes por él, tuvo la oportunidad de matarme y no lo hizo. No me considera una amenaza para cual fuera su objetivo. No creo que represente un problema para nosotros ahora mismo. Debo enseñarte todo lo que se. Tienes el don innato de hablar con ella. Eso, mi amigo, te convierte ahora en arcano, el primero en siglos.

-¿Un arcano? No tengo ni idea qué significa realmente.

-Qué podrías cambiar al mundo, eso significa. Yo, pese a no tener el don innato, mantuve la siembra de mi hermano por décadas. Le di de comer a cientos de personas. Imagina lo que podría hacer una personas con tus facultades.

La madre apuntó con el dedo al corazón de Juan Martín. Lo miro directo a los ojos y le rodó una lágrima por la mejilla y cuando toco el suelo él se encontró solo en el medio de una tolдерía, rodeado por Mapuches.

En la mano llevaba una espada reglamentaria del ejercito Argentino. El odio se hizo presente en su corazón, blandió la espada contra los aborígenes indefensos y no dejó a ninguno con vida.

El remordimiento reemplazó al odio, soltó la espada y miró sus manos cubiertas de sangre.

Ahora estaba arrodillado frente a la siembra, en Carrizos. Solano salió de entre el maíz y puso una mano en su pecho. El remordimiento se sintió menos fuerte. Luego surgieron los Mapuches que había masacrado e hicieron lo mismo. Su pesar había desaparecido por completo. Se sentía libre y en ese momento hablo perfectamente el idioma que entendía la Madre.

Volvió al banco junto a Baltazar y la Madre.

-Debes despegarte de ese peso que llevas en el corazón. -*Le pidió gentilmente Baltazar-*

Juan Martín abrazó fuertemente su pecho, como un niño que se apega

caprichosamente a un juguete.

El remordimiento era su condena, sin él sentía que lo que había hecho no tenía una consecuencia.

-No tienen derecho de pedirme eso.

Una nueva lágrima rodó por la otra mejilla de la mujer y cuando se unió con el suelo el sueño comenzó a desvanecerse.

Abrió los ojos y estaba sentado en aquel banco de material y madera bajo la higuera. Ya se había hecho de noche, había dormido casi todo el día.

Notó que a su lado estaba Baltasar despierto, moviendo la cabeza de un lado a otro, en su tick monótono.

-No..no le...pregun..t..ta..tamos quien la había herido.

-Pero cómo es posible....que tu supieras...

Seguramente había estado hablando mientras dormía, era lo más probable.

-Vamos para adentro, debe ser casi medianoche.

Se levantó pero Baltasar no se movió del asiento.

-Por favor, acompáñame. Sabes que tu hermano me pidió que te cuidara, leiste la carta.

El viento comenzó a jugar con las hojas de la higuera al mismo tiempo que el anciano murmuraba algo. Movié las manos y luego se agachó para tocar el suelo. Lentamente comenzaron a brotar pequeñas malezas del suelo, algo que hubiese llevado días, gracias a sus manos, tomó segundos.

-¡Ave Maria purísima! ¡Todas esas cosas de locos eran verdad!

A lo lejos se comenzaron a escuchar tambores. ¡Tum! ¡Tum! una y otra vez, lejanos, pero el viento hacía que se escucharan bien. Reconoció el ritmo, eran Querandíes. Luego recordó las palabras de aquel extraño. "No salgas cuando escuches los tambores"

### **Jueves: El hogar de los cerdos**

Preocupado, Juan Martín, tomó de la mano a Baltasar y caminó con prisa

hacia la estancia.

Ahora el viento había dejado de soplar, la siembra parecía dibujada, no se movía ni un solo maíz. Ningún animal emitía sonido alguno, el silencio era enloquecedor.

La luna se ocultó detrás de algunas nubes inesperadas. Lo único visible era la lejana luz del pórtico de la hacienda que desde allí se asemejaba a un remoto faro inalcanzable.

Los rítmicos sonidos le crispaban los nervios y de pronto un aullido, parte animal, parte pena humana, le hizo correr un frío eléctrico por la columna.

Busco el contacto del mango del facón sujeto a su cintura y dejó la mano allí. Apuró el paso, pero su compañero tenía la velocidad de un hombre mayor.

El segundo aullido se escuchó mucho más cerca. Era imposible llegar antes de que los alcance la bestia. Maldijo su suerte. Dobló bruscamente hacia el maizal. No iba a correr al descubierto como presa asustada. Si iba a dar lucha quería ser él quien daría el primer golpe.

-Escuchame Baltazar, préstame mucha atención. Quiero que corras derecho en aquella dirección. No te detengas y no te des vuelta. Corre como si el demonio te estuviera persiguiendo hasta encontrar la porqueriza. Allí escondete cerca del chiquero, si tenemos suerte, el olor de los cerdos será suficiente para que no te huela.

-¿Tu...t..tu que vas a hac...hacer? -*Preguntó preocupado*-

-Voy a enfrentar a esa bestia hija de puta que mato a tu hermano. -Sacó el facón de su cintura- Esto me lo regaló él. Se lo voy a enterrar lo más profundo que pueda. Ahora corre, ¡Rápido!

El anciano quiso discutir la idea pero la mirada implacable de quien está convencido profundamente de lo que va a hacer se lo impidió.

Los dos se separaron.

Juan Martín siguió en otra dirección, intentaba poner distancia entre ellos. Corrió unos metros entre el maizal hasta encontrar un pequeño claro.

El suelo rocoso impedía el crecimiento del cultivo dejando una superficie de forma rectangular totalmente despejada. Era perfecto para emboscar a la bestia. Se quitó el pañuelo del cuello y lo arrojó sobre el árido suelo y

se ocultó.

El silencio sobrenatural solo se veía amenazado por el andar de la criatura, que con su cuerpo movía las ramas produciendo un sonido siseante que hubiese sido casi imperceptible en otras condiciones.

Una gota de sudor rodó por la frente de Juan Marín, lenta pero persistente bajo hasta el ángulo externo del ojo. Otras más se le fueron uniendo en el molesto descenso.

El leve sonido indicaba que cada vez estaba más cerca.

Las gotas ahora inician su descenso hasta la barbilla y desde allí caían al encuentro con el suelo.

El claro seguía inalterado, nada se movía alrededor de sus bordes. Solo el pañuelo esperaba visible, casi en el medio del lugar.

Un ligero chasquido fue el delator del ingreso del animal a la emboscada. Primero fue su hocico, que olisqueaba el suelo, luego los ojos que observaban lentamente en todas direcciones, tan humanos que daba repulsión verlos en aquella forma lobuna. Por último su cuerpo, que tenía una pelaje irregular, como si la naturaleza no hubiese querido terminar correctamente su labor en tan grotesco ser. La piel se dejaba ver a través de aquellos lugares donde el pelo no existía y era trigueña muy parecida a la humana.

Eso le trajo un recuerdo de una noche de fiesta en el pueblo cuando algunos de los peones se habían disfrazado. Eugenia era la hija del dueño de la pulpería, una chica bien parecida y muy pretendida por casi todos en Carrizos. Esa noche se había disfrazado de lobo. Había hecho con cuero una máscara y se había cubierto con una manta de piel de cabra. Como hacía calor la muchacha había usado la menor cantidad de ropa posible debajo del disfraz. Esto permitía que en determinados movimientos, mientras bailaba, la piel quedase expuesta. Los muchachos del pueblo la pasaron muy bien esa noche, todos querían bailar cerca de ella.

Las partes sin pelo de la bestia, por alguna razón le hacían acordar a eso, a alguien que se había cubierto con piel de lobo. Sin duda no se trataba de un disfraz pero aquel animal tampoco parecía ser un lobo por completo.

Olfateo el pañuelo y esa fue la señal para salir del resguardo. La emboscada había funcionado, el animal fue sorprendido y le dio a su enemigo unos segundos para atacar libremente.

Primero usó el facón contra los ojos del animal cerrando para siempre uno

de ellos.

La sorpresa y el dolor hicieron que emitiera un aullido horrible. Las pocas aves que estaban ocultas comenzaron su aleteo hacia el cielo.

Luego atacó el cuerpo, eligió una zona sin pelo, las que dejaban la piel al descubierto y clavó el cuchillo. El efecto fue el mismo que intentar perforar una roca.

La fuerza de la puñalada volvió a su brazo y lo alejó un paso. Intentó inútilmente otro ataque pero la bestia reaccionó. Giró y con la cabeza lo golpeó arrojándolo al suelo.

Desde allí, el gaucha, levantó tierra con sus manos y se la arrojó al único ojo que lo miraba. Se paró rápido como una liebre y salto sobre el lomo del animal, el único lugar que estaba fuera del alcance de colmillos y garras.

Se aferró con fuerza al pelo con la mano izquierda para evitar caer ante las contorsiones enfurecidas y comenzó a arrojar tajos de un lado al otro.

Dentro de la estancia, Segundo estaba apunto de irse a dormir cuando escucho un aullido escalofriante. Rápidamente recordó lo que su amigo le había pedido: Prepara las armas de caza.

-iGaucha terco! Sabes de caza lo mismo que yo de bordado. -*Pensó-*

Comenzó a despertar a los peones que vivían en el lugar.

-iRápido, el patrón necesita ayuda!

Los siete hombres tomaron las escopetas y siguieron a Segundo.

El aullido se había escuchado cerca de la porqueriza y allí se dirigieron.

La porqueriza era un lugar amplio, con un espacio lodoso en el medio, una bebedero de madera de unos dos metros y una humilde construcción de madera que servía, principalmente, de hogar a los puercos.

No había señal de Juan Martín, Segundo pidió a la peonada que escuchara.

Un aullido o más bien un grito espectral se escuchó cerca y la compañía comenzó a ponerse nerviosa, comenzaron las miradas cruzadas para investigar qué pensaba el otro, uno intentó dar un paso hacia atrás.

-Ni se te ocurra dar un paso más, cagón. Tenemos armas. ¿a qué le tienes

miedo, a un perro? -*La firmeza de Segundo se contagió en el grupo-*

Por dentro rogó que el temblor en sus piernas no se notara, jamás había escuchado algo semejante, el aullido no era de un lobo.

Avanzaron unos metros en dirección al sonido que habían escuchado cuando del maizal apareció Juan Martín.

Todos quedaron con la boca entreabierta, estaba montado en un animal de un metro sesenta de alto o tal vez más, como si estuviese en una competencia de doma.

El animal intentaba quitárselo de encima mientras recibía puñaladas por todo el lomo. Durante tres o cuatro metros logró mantenerse arriba hasta que los dos cayeron al suelo en un sin fin de ruidos entre el polvo y el barro.

La luna obtuvo el paso entre las nubes grises e iluminó a todas las almas que se encontraban esa noche en el hogar de los cerdos. Con su pálida luz blancuzca sembró millones de sombras tenues dándole a todo un aire lúgubre y fantasmal. El miedo no podía tener una mejor inspiración para clavarse fríamente en los corazones de todos los peones, los cuales, al ver a la bestia incorporarse sobre sus cuatro patas transformaron ese miedo en horror.

Segundo se sintió muy tentado a correr, como ya lo habían hecho dos de los suyos, pero allí, tirado a metros de ese animal su amigo necesitaba ayuda. Debía hacer algo y ese deber, que se contraponía con la seguridad personal, marcó la diferencia entre las personas comunes y los héroes.

El temblor de las piernas desapareció y a voz de pecho, firme y segura gritó: ¡Tiren cagones! Manden de nuevo al infierno a esa bestia.

Los disparos no fueron precisos, solo lograron llamar la atención.

Segundo no disparó junto con la peonada, esperó y apuntó.

Mientras los demás recargaban el animal corrió hacia ellos y los hubiera alcanzado de no ser por su disparo certero de Segundo en el ojo sano.

El animal cayó y se convulsionó en el suelo por el dolor durante unos segundos y cuando pudo volver a disparar ya había desaparecido entre la siembra.

Ciego no parecía ser un gran problema, calculó y corrió donde su amigo.

Juan Martín se levantó con la ayuda de su amigo, estaba cubierto de polvo y un sin fin de rasguños le cubrían todo el rostro. Preocupado miró en

busca de la criatura.

-Se ha ido. -*Afirmó Segundo-*

-¡Bicho desgraciado! ¿Por donde se fue?

-¿Que importa? Mejor vamos adentro que estás hecho un desastre. Mañana, con el día, lo vamos a rastrear. Está ciego, no tiene oportunidad.

Un disparo llamó la atención de los dos. Luego se escucharon gritos. La bestia había aparecido de nuevo y sorprendido a los peones.

Un pobre diablo estaba ensangrentado debajo de las patas y otro había recibido un zarpazo en el estómago e inútilmente intentaba volver las tripas a su lugar.

El resto intentó disparar pero fueron muy lentos. Al estar a corta distancia del animal no pudieron hacer nada.

Una carnicería se desató frente a Juan Martín y Segundo, el lodo se tiñó de rojo y restos humanos irreconocibles colgaban entre los tallos del maizal.

Ninguno quedó entero.

Del hocico del brutal asesino colgaban jirones de piel y caían gotas de sangre. Olisqueó el aire en busca de algo, sabía que la matanza no estaba completa. Cuando encontró lo que buscaba, las cuencas vacías de los ojos apuntaron a Juan Martín y Segundo, los únicos testigos del horror.

Lentamente comenzó a mostrar todos los dientes en una mueca aterradora como si de una risa malévola se tratase.

-Corré. Esto es asunto mío. -*Le pidió Juan Martín a Segundo-*

-No me trates de cagón, gaucho irrespetuoso. Toda esa peonada hubiese dado la vida por mi y ahí están, todos destrozados en el suelo. Esto también es asunto mío, carajo.

-Hacele caso a tu patrón, porfiado de mierda.

-¡Renunció, la puta que te pario. Ya no me das más órdenes. Además no me pagas lo suficiente para andar peleando con el perro de mandinga.

Se hizo un pequeño silencio y los dos comenzaron a reír como locos,

mitad nervios, mitad desahogo.

-¿Qué hacemos ahora? -*Preguntó Segundo-*

-Vos tenes el arma. Yo lo encaro y cuando lo tengas apuntado le metes la bala entre ceja y ceja.

Bastó con un movimiento de cabeza de su amigo para que Juan Martín corriera, facón en mano, gritando al encuentro con la bestia.

La distancia entre los dos se achicaba rápido, Segundo puso la culata del rifle en el hombro, dejó escapar el aire de sus pulmones y apuntó.

A un metro de Juan Martín el animal saltó sobre él, esquivándolo. El salto fue largo, de unos tres metros, justo la distancia que hacía falta para llegar hasta Segundo.

Nada pudo hacer ante el sorpresivo salto, lo último que vio Segundo fue la boca de la bestia.

Dos sacudidas del poderoso cuello bastaron para decapitarlo. Luego escupió la cabeza delante de Juan Martín, como si lo estuviera desafiando.

Los cabeza de su amigo marcaba el medio entre él y la maldita criatura que le había quitado a todas las personas que importaban.

La mirada vacía y el último gesto de horror grabado en Segundo le obligaban a tomar ese desafío, por imposible que pareciera.

Apretó fuerte el mango de su facón y se arrojó vengativo pero de un solo zarpazo cayó al suelo, la herida era profunda y pensada para discapacitar, no para matar, al menos no al instante.

La bestia comenzó a caminar alrededor de él y de su nauseabundo hocico emanaba un sonido ronco y repetitivo similar a una risa, tan similar como puede ser una risa emitida por la garganta de semejante criatura.

Luego se acercó y mordisqueó suavemente el cráneo de su víctima, no le causó daño. Sin duda lo hacía por pura crueldad, algo muy propio del hombre más que del animal.

Detrás del bebedero de los cerdos, oculto y temblando de miedo, Baltazar veía la crueldad a la que era sometido Juan Martín.

Cerró los ojos y se tapó los oídos, no podía soportar lo que sucedía.

Al pie de aquella higuera había encontrado a alguien que podía hablar con La Madre, el primer arcano en siglos, y ahora todo eso estaba a punto de perderse.

Una brisa leve soplo moviendo el maíz detrás suyo.

Primer arcano, último arcano...comenzó a repetir una y otra vez en su mente y de esa iteración el objetivo quedó claro. Juan Martín iba a ser el Primer arcano, no el último.

El estómago se le hizo un nudo, saber lo que tenía que hacer no le quitaba el terror de llevarlo a cabo.

El maizal danzo nuevamente al ritmo de la brisa.

Somos parte de algo más grande que nosotros mismos, le había afirmado a Juan Martín mientras soñaban con La Madre.

El anciano se incorporó, seguía nervioso pero convencido de lo que iba a hacer.

Aquel animal había perseguido a su familia cuando era chico, habían logrado escapar pero, luego de muchos años, los había vuelto a encontrar. Buscaba a su familia y habiendo matado a su hermano, solo quedaba él.

Tomó una piedra y se la arrojó con furia para llamar su atención.

La bestia dejó de jugar con la cabeza de Juan Martín y comenzó a olfatear en todas direcciones buscando la posición del que había arrojado la piedra.

El olor que encontró le gustó mucho, tanto que ignora totalmente lo que estaba haciendo.

Juan Martín no podía creer su suerte. Estaba confiado que Baltazar iba a pasar desapercibido y así poder salvar su vida, cumpliendo con la promesa que le había hecho hacer Solano después de muerto en aquella carta.

Le pidió a gritos que corriera, pero el anciano parecía no escucharlo.

Baltazar vio correr a la bestia hacia él y, sin mucha prisa, se arrodillo y con las manos toco el suelo, una luz verde, muy tenue, cubrió al anciano.

Del suelo comenzaron a brotar enredaderas que sujetaron las patas haciendo caer al suelo al animal. Una vez sobre la tierra, más plantas comenzaron a sujetar el lomo y la cabeza hasta dejarlo totalmente

cubierto.

La bestia comenzó a morder las plantas y logró liberar las patas delanteras y con fuerza logró ponerse en pie nuevamente. Mordió y tironeo de las enredaderas que le sujetaban las patas traseras y volvió a correr en busca de su presa.

El anciano intentó repetir la acción pero ya no le quedan fuerzas, haber hecho crecer enredaderas desde el barro de la porqueriza era muy distinto a hacer crecer brotes de maíz en suelo poco fértil.

Ese esfuerzo había consumido casi toda su fuerza vital. No pudo mantenerse arrodillado y cayó de cara al suelo más muerto que vivo.

Morir así antes que ser desgarrado era sin duda mucho mejor y antes de dejar de respirar pensó contento: El primer arcano en siglos.

Juan Martín, lejos de entender el porqué del sacrificio, tuvo que ver cómo la criatura se divertía con las vísceras de Baltazar.

Le había fallado a todos, en su pecho la llama de la ira se encendió como una antorcha. Se puso de pie a duras penas con la intención de atacar.

La brisa ahora soplo entre sus cabellos.

Escapá, corré, ya no tiene interés en vos...los pensamientos rebotaban una y otra vez dentro de su cabeza.

-¡No! -*Se dijo a sí mismo*- Los dos no podemos seguir viviendo.

La brisa no volvió a soplar.

El lobo, luego de oler bien los restos del viejo, mordió con fuerza el torso y lo levantó.

Se hubiese ido con el trofeo y olvidado completamente de Juan Martín de no ser por la tozudez del gaucho.

-¡A dónde vas, bestia de mierda! Hay algo pendiente entre nosotros. -  
*Grito furioso mientras le mostraba el facón*-.

Detrás del maíz, el extraño de la plaza, observaba con atención lo que sucedía.

Observó detenidamente a Juan Martín, parado allí, herido pero solemne, frágil pero testarudo, dispuesto a morir por el honor de los muertos,

dispuesto a morir por lo que era justo.

-Estúpido. *-pensó y dio media vuelta para dejarlo en su lucha-*

Ya había visto lo necesario, el maíz crecía tan inusualmente gracias al viejo que había caído muerto entre las fauces de aquel animal, ya nada tenía para hacer allí. Sin embargo no dejaba de pensar en que ya había visto a aquel anciano en alguna parte.

El maizal se movió levemente ante el paso del viento.

Ese Gaucho me recuerda mucho a mi. La tozudez de defender lo justo...el pensamiento entró sigilosamente en su mente.

Había algo en aquel hombre que le hacía rememorar su pasado.

Juan Martín vio trotar a la bestia hacia él, levantó más su facón y se aferró a él con las dos manos como un náufrago, en medio del mar, a un pedazo de madera.

A unos metros el animal se detuvo y dudó, comenzó a mover el hocico de un lado para otro, buscando algo. Cuando lo encontró se le erizaron los pelos del lomo, tiró las orejas hacia atrás y de la trompa se dejaron ver muchos dientes manchados de sangre y muy afilados.

Lentamente comenzó a retroceder.

-Tiene miedo. *-Pensó Juan Martín-*

Entonces avanzó un paso y el animal retrocedió otro.

-¿Qué te pasa bicho cagon?! *-preguntó envalentonado-*

El extraño apoyó la mano sobre el hombro de Juan Martín.

-Tranquilo gaucho. Creo que se detuvo porque me olió.

Juan Martín giró sorprendido. No lo había escuchado acercarse y eso que siempre tuvo buen oído.

-¿Que haces aca milico? Como... *-Juan Martín estaba confundido-*

-Escuché los aullidos y los disparos, bueno, creo que toda el pueblo los escucho. Si nadie más está aquí es porque no son muy valientes. Te dije

que no salieras si escuchabas los tambores...

-Me importa un carajo lo que vos digas. Hacete a un lado que voy a carnear al perro este.

El extraño sonrió y meneó la cabeza de un lado al otro.

-Quedate donde estas, gaucho. Esto te supera. Ese animal no es natural, creo que eso ya es obvio. Sospecho que aquel viejo, el que estaba con vos, lo creó. Me sorprende muchísimo que haya podido hacer una cosa de esas, pero bueno, el animal está ahí y eso me es de prueba suficiente. Lo voy a matar.

Juan Martín intentó avanzar para enfrentar a la bestia pero el dolor se lo impidió. Miró su herida y vio como lentamente la sangre creaba una mancha cada vez más grande en su camisa. Frustrado solo pudo desmentir al extraño.

-¡Mentira! Ese animal quiere matar a la familia de Baltasar desde que era un gurí.

El extraño pensó unos segundos.

-Baltasar...¡Si! Ahora recuerdo al viejo. Tenía el diario cuando lo conocí. Era incapaz de pronunciar una frase simple sin trabarse y sin embargo se ha dado maña para hacer crecer los campos de maíz en este suelo agreste.

La bestia se alejó rápidamente mientras el extraño hablaba. Se dirigió hasta donde estaba el cadáver de Baltasar, lo mordió por el pecho y lo levantó para intentar llevárselo.

-¡Milico!, dejá de hablar y hacé algo antes de que desaparezca.

El extraño observó al animal. No había huido como la última vez, dejando atrás el cadáver de Solano, esta vez fue intencionalmente a buscar lo que quedaba de Baltasar

-Creo que no le interesa la familia del viejo. Está buscándolo a él o algo que tenga su cadáver.

El extraño se remangó el sobretodo militar azul y dejó su antebrazo derecho expuesto. Tenía un tatuaje muy extraño, parecido a los de las tribus maoríes.

-Gaucho, ¿qué distancia hay entre eso y nosotros?.

Juan Martín lo miró, estaba sonriendo y parecía hablar en serio.

-No sé, ¿diez metros?

-Buen ojo. ¿Cazaste avestruces alguna vez?

Juan Martín entendió ahora porque se había remangado, pero no veía que el militar llevara boleadoras por ningún lado.

-Sí, pero para eso necesitas las bolas.

Luz amarilla cubrió el tatuaje del extraño, todas las líneas negras que formaban los distintos motivos del dibujo ahora brillaban intensamente y unas boleadoras aparecieron en su mano.

Levantó el brazo y comenzó a girar las bolas sobre su cabeza. El zumbido típico de aquella arma comenzó a sonar cada vez más intenso a medida que el giro tomaba velocidad.

La bestia no podía ver lo que sucedía pero sí oír perfectamente las boleadoras zumbar cada vez más fuerte y rápido. Mordió fuerte el cadáver que sujetaba en el hocico y corrió lo más veloz que pudo en dirección a los campos de maíz.

-¡Se te escapa milico, larga ya de una vez!

-Todavía no. Nunca sueltes el lazo antes de que salga el potro.

Las boleadoras zumbaron unos segundos más y luego se alejaron de la mano del extraño. Volaron recto hacia las patas del animal y cuando lo alcanzaron se enredaron en ellas.

-Vamos, gaucho. Terminamos con esto. *-Invitó el extraño-*

Juan Martín intentó seguirle el paso pero con el dolor de la herida no podía ni siquiera dar dos pasos sin tener que detenerse. El hombre de uniforme militar caminó hasta donde estaba tirada la bestia y la observó unos segundos. Sintió asco por aquella criatura antinatural.

-Te estoy haciendo un favor.

El tatuaje volvió a brillar intensamente y las boleadoras desaparecieron y de su mano apareció una espada. El animal notó sus patas liberadas pero cuando lo hizo la espada bajó con fuerza buscando su cuello.

Ninguna cabeza rodó aquel día, salvo la de Segundo. Cuando el filo de la

hoja estaba por alcanzar el velludo cuello, algo lo detuvo al instante.

Una barrera de luz tenue cubría al animal impidiendo que la espada se acercara más, luego un pequeño fogonazo de luz blanca encandiló a todos y el extraño salió despedido hacia atrás.

Rodó por el suelo tres metros dejando tras de sí una estela de polvo y pedazos de barro.

Unos segundos pasaron mientras el polvo marrón flotaba y luego el extraño atravesó la nube de tierra enfurecido corriendo con su espada en la mano.

Intentó cortar a la bestia nuevamente pero el resultado no fue diferente, nuevamente rodó una cantidad similar de metros hacia atrás.

El animal, sin entender qué era lo que sucedía, entendió que ahora poseía una ventaja contra aquel militar que tanto temía y decidió aprovecharla. Se incorporó y gruñó mostrando todos los colmillos.

Estaba dispuesto a defenderse, ya no iba a escapar.

Corrió muy rápido contra el militar y abrió las fauces para intentar morder su cabeza pero solo logró morder el polvo, el hombre se había arrastrado por debajo de sus patas esquivándolo.

El militar hizo desaparecer su espada, ya no le servía de nada. Se cruzó de brazos y se acarició la barbilla.

-Barrera mágica. -*Pensó*-

-¿¡Que haces milico!? ¡No te pongas a pensar ahora!

-Quedate tranquilo gaucho. Lo peor que pudo hacer fue quedarse a enfrentarme.

Se remango la otra manga del sobretodo azul, ahora cubierto todo de tierra del chiquero de Solano.

En la muñeca tenía abrochado un dispositivo del tamaño de un reloj pulsera, dorado y con una pantalla cuadrada de unos diez centímetros de largo.

Con los dedos tocó la pantalla un par de veces y se quitó el sobretodo. Separó los brazos del cuerpo unos centímetros y rápidamente cientos de pequeñas placas doradas, muy similares a las escamas de los peces,

comenzaron a cubrir todo su cuerpo.

Al terminar el proceso el militar ahora estaba dentro de una armadura dorada.

Las hombreras eran cabezas de águilas exquisitamente labradas en un material que relucía impecablemente y en el pecho tenía un símbolo en sobre relieve que representaba a un árbol.

Los dos corrieron para encontrarse y cuando estuvieron bien cerca el militar le dio un golpe de puño en el medio del hocico. El animal rodó varios metros y quedó inmóvil.

-Voy a tener que matarlo con mis manos. *-Le dijo a Juan Martín-*

Juan Martín no podía creer lo que veía. Primero las boleadoras que aparecieron por arte de magia, luego la espada hizo lo mismo y ahora una armadura que aparentemente le daba la fuerza necesaria para golpear a un animal que debía pesar más de cien kilos.

-Matalo como mejor te parezca. *-Respondió Juan Martín-*

Ya había visto demasiadas cosas extrañas para entender que esto lo superaba. Se sentó en el suelo cansado y dolorido pensando en lo que le había dicho Baltasar: "Eres el último arcano". Luego de todo lo visto hasta el momento ya no le pareció algo tan fantástico. Miro el suelo y recordó lo que había hecho Baltazar.

Extendió los brazos y dejó las palmas a centímetros del suelo. Pensó en aquella mujer mística, luego recordó sus misteriosos ojos y en voz alta le pidió al suelo que permitiera crecer algo. Nada sucedió. Se sintió tonto y prefirió observar al extraño.

Los dos estaban enredados, el animal estaba de costado en el suelo, un poco undido en el barro, y su rival apoyaba una rodilla en su pecho. En esa posición tenía la libertad de soltarle golpes en el hocico. Sonaban como si una maza golpeará un tambor de cemento.

Fueron unos diez golpes hasta que la bestia logró morder uno de los puños. Tiró repetidamente de un lado para el otro, como cuando un león trata de desgarrar a su presa.

Se escuchó crujido a metal desgarrado y varios chispazos salieron cuando parte del brazo de la armadura cedió. Fragmentos fueron despedidos en todas direcciones, uno terminó a centímetros de Juan Martín.

Juan Martín observó el fragmento con curiosidad. Era un rectángulo de metal dorado que en el centro tenía una pantalla luminosa que dejaba ver

una escritura extraña. Lentamente la luz se fue extinguendo y lo que estaban escrito quedó marcado en la superficie, como si se hubiese gravado.

Volvió a extender los brazos, esta vez sobre el objeto. Cerró los ojos y pensó en la mujer, en su última lágrima. Sabía que había llorado por él y por la culpa que llevaba en su corazón. ¿Era eso lo que le impedía hablar con ella?

El viento volvió a soplar suavemente y jugueteo con sus cabellos negros.

Recordó a Josefina, su joven esposa, víctima de la tuberculosis y por la cual terminó enlistado en el ejército de Roca.

Sus ojos color almendras. Los recordaba con añoranza, no con tristeza. No la había amado lo suficiente, su corazón no le había permitido sentir más. Fue una buena mujer pero no esa mujer, la que hubiese hecho que hoy la extrañe.

Se sintió culpable por ese sentimiento pero al mismo tiempo muy reconfortado de recordar aquellos ojos.

Un cosquilleo recorrió su columna y una sensación cálida, como cuando se vuelve al hogar luego de mucho tiempo y el mate está servido, lo envolvió.

En ese preciso instante sólo había lugar en su mente para una sola palabra: Crece. No la había pronunciado con el pensamiento, había sentido esa palabra.

El cosquilleo se trasladó desde su columna a sus manos y del suelo, tímidamente, un brote de cardo vió el mundo por primera vez. Luego de unos segundos otro, luego otro y muchos más hicieron lo mismo hasta tapar completamente el objeto dorado.

El animal había revertido la situación de unos minutos atrás. Ahora el estaba arriba y el militar debajo intentando alejar las fauces del animal con las manos.

La falta del brazo de la armadura hacía que la fuerza que ésta otorgaba a las extremidades superiores se viese reducida considerablemente.

Bastaron unos minutos para que los dientes encontrarán un lugar donde asirse. Mordió el peto y comenzó a mover con furia el poderoso cuello de un lado hacia el otro moviendo al hombre como si fuese un muñeco de trapo.

La armadura no resistió más y, como si el animal estuviese descascarando un huevo duro, quitó la mayor cantidad de partes que pudo.

Rápidamente el militar logró escabullirse entre las patas del animal y pudo poner un poco de distancia entre ellos.

Estaba cansado, respiraba agitado. El forcejeo lo había agotado y los restos colgantes de la armadura le molestaban. Con las manos los terminó de quitar y el animal decidió achicar la distancia que los separaba.

Se volvieron a trenzar pero esta vez el único que atacaba era el bestial lobo, el otro solo podía evitar los ataques. Verlos a los dos en esa tarea, ataque y esquivar, hacía recordar a dos personas bailando.

Cuidaban sus pasos para evitar equivocarse, pero a diferencia del baile, el error aquí significaba la muerte.

Si el extraño tuviese la fuerza necesaria sin duda hubiese terminado rápido la lucha ya que cuando el animal mordía el aire quedaba expuesto al ataque de su rival, pero estos ataques, a golpes de puño, eran como caricias.

En una maniobra rebuscada para tratar de esquivar una mordida, la suerte perdió el humor y una piedra se interpuso en el camino del talón dejándolo sentado en el suelo.

Desde esa posición pudo ver a Juan Martín, sentado sin hacer otra cosa que mostrarle las manos al árido suelo. Detrás de él, el infinito y recto horizonte de la pampa. El contraste entre la tierra y el cielo estaba bien marcado y luego de un segundo el astro rey asomó. Con su estela de luz creó infinitas sombras estiradas atrás de las pequeñas piedras del suelo e iluminó al hombre sentado. La luz a sus espaldas lo envolvió gentilmente y lo dotó de una aire señorial, como si el sol y la tierra lo estuvieran coronando allí mismo en aquel amanecer. La luz reflejada en la hoja del facón encandiló al espectador haciendo de gran final a aquella ceremonia imaginaria.

El extraño no iba a olvidar aquel segundo, había vivido mucho tiempo y conocía la existencia de aquel ser, que Baltazar llamaba La Madre, y sus sutiles actos para llevar a cabo sus planes.

Aquel gaucho era especial. Pero por ahora de lo único que estaba seguro era que había encontrado una forma de matar a la bestia.

-¡Gaucho! -*Gritó mientras la bestia se le acercaba lentamente-*

Juan Martín salió sobresaltado de la concentración que había tomado hacer crecer un minúsculo matorral de cardos. Se sintió cansado, el acto

mágico había consumido parte de sus fuerzas.

*-¡El facón! -Volvió a gritar mientras extendía una mano en dirección a Juan Martín-*

Para Juan Martín el mundo ahora tenía otro ritmo, todo sucedía más lento, los párpados hacían fuerza para cerrarse, en su corazón había una sensación cálida totalmente opuesta a la que sentía desde que murió Solano. Los ojos color almendra, los volvió a recordar, pero esta vez no fueron suficiente para evitar que el arrollador sentimiento de culpa volviera y con el trajó el odio por aquel animal.

Abrió los ojos, sacudió la cabeza para alejar el sueño y arrojó el facón por los aires.

El animal entendió lo que estaba sucediendo y se arrojó velozmente con las fauces dispuestas a morder.

El militar se incorporó veloz y corrió para alcanzar el facón.

Los dos saltaron, lobo y hombre, uno para morder y el otro para tomar el arma.

Juan Martín se sorprendió al ver que el militar logró alcanzar el cuchillo antes de ser mordido. Hubiese jurado que las fauces se habían cerrado a la altura de la cintura. Pero eso no sucedió, el animal solo mordió el aire y la mano que empuñaba el facón separó el cuero de arriba de la cabeza con orejas y todo.

El hueso del cráneo quedó expuesto y sangre verde oscura comenzó a cubrir la cara y el hocico. El dolor hizo que el animal se alejara rápido del lugar, olio el suelo hasta dar con el cadáver de Baltasar, lo levantó con la boca y se alejó lo más rápido que pudo.

*-¡Se escapa, paralo! -Grito Juan Martín angustiado-*

El extraño se arrojó al suelo boca arriba mientras respiraba pesadamente.

-No doy más. Correlo vos si quieres.

Miró el cuchillo largo, de hoja gruesa y bien afilada, luego el mango, de cuero trenzado, bien apretado. La sangre verdosa había comenzado a secarse.

-Lindo facón.

Juan Martín suspiró e intentó disimular su frustración.

-Era de mi amigo, Solano.

-¿El que murió cerca de la iglesia?

Juan Martín asintió con la cabeza y el recuerdo del cadáver, desgarrado y los girones de sangre por el suelo le revolvieron el estómago.

-Usarlo contra esa bestia fue casi poético entonces. *-Dijo mientras se incorporaba para alcanzar el arma a su dueño-*

-¿Casi?

-Si, porque "casi" lo mato.

Tomó el cuchillo por el filo y apuntó con el mango a Juan Martín.

-Gracias. *-Dijo secamente el extraño y le ofreció una mano para ayudarlo a levantarse-*

El contacto con la mano de aquel militar no fue lo que esperaba. Era suave, como si nunca hubiese sufrido el desgaste natural del tiempo, y a la vez firme.

-¿Y ahora qué?

El extraño miró la mancha de sangre de la camisa. No estaba seca y todavía brotaba lentamente la sangre.

-Yo voy a intentar buscar a esa cosa. vos deberías buscar a alguien que te cure eso. Todavía sangra y es profunda.

-¡No, yo quiero matarla o por lo menos ver cuando muera! Protestó casi como lo haría un niño caprichoso

El militar lo ignoró. Comenzó a mirar el suelo y a levantar pedazos de su armadura, los miraba detenidamente y luego los volvía a arrojar con expresión frustrada. Continuo haciendo lo mismo durante varios minutos hasta que con una maldición concluyó la búsqueda.

Juan Martín pensó en decirle del pedazo que había enterrado entre los brotes de cardo pero decidió que no era buena idea. Luego de lo que le había contado Baltazar estaba en claro que la magia no era algo que tolerara y mucho menos a la gente que la practicaba.

¿Que pasaria si viese aquellos cardos, apiñados como si ese lugar fuese

un oasis?

Avanzó unos pasos para alejarse del lugar.

-Escuchame milico, no me ignores. Si vas a buscar al animal yo te voy a acompañar.

-Primero hacete ver eso. Yo voy a intentar encontrar donde duerme o vive o lo que sea que haga esa criatura cuando no está comiendo gente. Cuando lo sepa vamos a ir juntos.

Luego de haber hablado se alejó en dirección al maizal tras las huellas de la criatura.

Juan Martín se quedó allí parado, con los cabellos negros ondeando con el viento, viendo como el chiquero se había convertido en la tumba de todos sus amigos.

Más allá, la estancia, que empezaba a recibir la luz de la mañana. Aquel edificio ya no tenía nada para él, ahora era tan fría como los cadáveres desgarrados en el lodo.

Buscó dentro del pequeño cuartito de adobe junto a las porquerizas una pala y comenzó a cavar una tumba para Segundo lejos del barro donde solían circular los cerdos.

Luego se quitó la camisa y la utilizó para apretar con fuerza la herida y así evitar el sangrado. Resó unos segundos junto a la cruz improvisada, hecha con dos ramas secas y un trozo de la manga de su camisa. Se persignó y volvió a Carrizos.

### **Viernes: Mujer Querandí**

La luz del sol se abrió camino desde la precaria ventana, del único cuarto de la vivienda de Juan Martín, hasta su rostro. Con su tibio calor y su pobre luminiscencia comenzó a molestar al rendido hombre hasta que lo despertó.

Abrió los ojos y con la mano tapó al pequeño haz de luz que se clavaba en su ojo izquierdo. Ese movimiento le causó un dolor punzante en el vientre que le recordó al instante todo lo que había perdido antes de acostarse.

¿Cuando había sido "antes de acostarse"? Se dio cuenta, gracias al molesto rayo de luz, que era de tarde, alrededor de las diecisiete o dieciocho aproximadamente. Había dormido más de doce horas desde que había perdido a todos sus amigos.

Se sentó en la cama y tocó las vendas improvisadas que se había hecho antes de dormir. El dolor era menos intenso gracias a la infusión que había aprendido a hacer gracias a Doña Mercedes. El preparado no tenía buen sabor pero el resultado lo valía, sin embargo la herida estaba lejos de comenzar a sanar. Un leve rosado bajo la tela de la venda delataba que el sangrado continuaba.

Se levantó emitiendo un gruñido de dolor y se dirigió hasta la cocina con la intención de calentar agua para el mate.

Un grito llamó su atención, provenía de la plaza y era femenino. Lo volvió a escuchar y esta vez fue seguido de risas masculinas. Reconoció una de ellas, era de Facundo, el hijo mayor de los Anchorena, ahora dueño de la estancia La Soledad al morir su padre.

Su relación con él se podría definir como escabrosa. El conflicto entre ambos comenzó cuando Solano dejó a Juan Martín a cargo de la venta de algunas tierras a los Anchorena. Facundo pensaba que las tierras iban a ser igual fértiles que las de Solano pero sin Baltazar para que las mejorara no eran muy diferentes a las que ya poseía y no pasó mucho tiempo hasta que se sintió timado.

Juan Martín se dirigió a la plaza y allí se encontró con casi todo el pueblo que estaban rodeando a una mujer querandí y a los cinco hermanos Anchorena como si estos estuviesen dando un espectáculo.

La mujer estaba en el centro, entre los cinco y en el suelo, con una mano se apoyaba y con la otra le pedía a Facundo que se detuviese.

La habían golpeado, el hilo rojo de sangre que caía por su boca lo hacía evidente y uno ojo hinchado lo confirmaba.

Facundo la tomó del negro y brillante pelo lacio y la levantó.

Al hercúleo hombre, forjado por cientos de días de trabajo en el campo, no le costó mucho levantar el pequeño y delgado cuerpo de la querandí.

El media un metro noventa y cinco y ella un metro sesenta pero sus rostros se encontraron frente a frente. La voz aguda y dulce de la mujer se escuchó desesperada.

-¡Furenien!

La risa de Facundo estalló como un trueno.

-No entiendo una mierda de lo que decis. ¿Que haces aca en Carrizos,

viniste a robar o a espiar el pueblo?

-iFurenien Motri-hentrú!

La respuesta fue un cabezazo en la nariz. La mujer cayó al suelo dolorida y con las manos se cubrió la cara.

El hermano menor de los Anchorena, un sujeto flacucho y de aspecto enfermo, envalentonado por sus hermanos y la gente que no hacía nada, decidió acercarse y golpear también a la mujer.

Le intentó dar una patada pero la mujer la paró con la mano, se levantó y le rompió la nariz de un golpe.

Quedó en el suelo sentado con la cara cubierta de sangre. Toda la plaza comenzó a reír.

Facundo no rió, sacó su facón dispuesto a apuñalar a la atrevida indígena.

Juan Martín atravesó la multitud espectadora y tomó de la mano a la querandí colocándola detrás de él. El contacto con aquella mano, áspera por el trabajo, le causó un cosquilleo extraño.

-Para Facundo. Hay que llamar al comisario. Como vas a matar a alguien acá en la plaza, es una locura.

-Y vos que te metes. Anoche escuche disparos, seguro que estuvo robando por alguna estancia.

El fornido hombre se quitó la mano de Juan Martín de su ancho brazo y con un esfuerzo mínimo lo empujó hacia un costado.

-Aca yo soy la ley, estafador. Me tocas de nuevo y te dejo las tripas en el piso. Acordate que Solano *-Escupió en el piso-* ya no te puede defender más, dame una sola excusa...

Los Anchorena eran dueños de casi todas las tierras que rodeaban a Carrizos y ese hecho les hacía asumir que eran los dueño del pueblo y de todo lo que allí vivía.

Solano se mantuvo alejado de los métodos violentos de adquisiciones de tierras de los Anchorena gracias a su relación con Argentino Roca, ahora que había muerto la situación cambiaba.

Los dos hombres quedaron frente a frente, los presentes quedaron mudos y expectante, el aire se llenó de nerviosismo.

El puño de Juan Martín cortó el aire y se movió con tanta velocidad que, recién luego de impactar en la quijada de Facundo, se escucharon los sonidos ahogados de asombro de la multitud.

El golpe solo logró dos cosas, moverle ligeramente la cabeza hacia un costado y darle la excusa que necesitaba.

Con un gesto pidió a sus hermanos que sujetaran al atrevido gaucho. Tres hombres, de una contextura física similar a la de Facundo lo rodearon y redujeron. Luego le devolvió el golpe.

Juan Martín cayó al suelo enseguida junto con dos de sus muelas.

*-Quédate ahí, ya me ocupo de vos. -Dijo mientras se acariciaba la mandíbula y escupía un poco de saliva y sangre-*

La mujer tomó su lanza del suelo al darse cuenta que iba a tener que pelear por su vida y gritó a la multitud en un desesperado intento por evitar enfrentarse a aquel hombre que casi la doblaba en altura y fuerza.

*-iFurenien, Gualichu trehuá mulen lán rucátecche!*

El grito fue devorado por el silencio de una multitud que no pretendía ayudarla. La historia de Carrizos se había escrito sobre la sangre de colonos que habían resistido ataques constantes de parte de los aborígenes.

El colono defendía la tierra que le habían dado los que usurparon las de los aborígenes, dejándolos en una constante lucha injusta.

De entre la multitud el extraño apareció en escena como si las palabras de la mujer querandí lo hubiesen llamado, se fabricó ágilmente un camino hasta el centro esquivando a varios curiosos.

Totalmente despreocupado de los Anchorena se acercó en línea recta y con paso rápido hasta la mujer interponiéndose entre ella y su adversario.

*-¿Chéu mulen Gualichu?. -Le preguntó con voz calma pero firme que dejaba en claro que exigía una respuesta-*

Facundo tomó la interrupción como una falta de respeto y le soltó un golpe desde atrás que solo lo dejó en ridículo, el extraño se agachó con la agilidad de un gato sin siquiera prestarle atención, sus ojos seguían clavados en la mujer.

*-¿¡Chéu!? -volvió a preguntar esta vez un poco más demandante-*

Facundo envuelto en furia descargó una patada a la altura de las lumbares del extraño la cual volvió a ser esquivada con agilidad pero esta vez obtuvo una respuesta: un golpe impactó de lleno en la nariz del estanciero haciendo que el tabique se parta y sangre y lágrimas bloquearan su visión, casi al instante otros dos golpearon los costados de su quijada haciendo que se tambalee hacia atrás y caiga sentado al suelo. El sonido de sorpresa de la multitud se escuchó.

*-Mulen mápu...-Contestó la mujer mientras miraba sorprendida al hombre con la nariz rota-*

*-Hijo de puta, me rompiste la nariz. ¡Matenlo! -Le ordenó a sus hermanos totalmente poseído por la rabia-*

El más rápido de los hermanos sacó un pistolón y disparó contra el extraño mientras no intentaba ocultar un gesto de placer. Los Anchorena no se iban a ir sin matar a alguien y esa intención morbosa fue lo que llevó a todos ellos a la muerte.

Juan Martín intentó avisarle al extraño pero fue tarde. Desde donde estaba el tirador el disparo era imposible de errar pero al parecer lo había hecho ya que la bala no impactó en su objetivo si no en una mujer joven que estaba observando entre la multitud.

Le pegó justo en el centro del pecho y un chorro grueso de sangre comenzó a brotar con lentos borbotones hasta que la mujer cayó de boca al suelo y no se volvió a mover.

Otro de los hermanos desenfundó y disparó casi a quemarropa y también falló y el disparo terminó en la pierna de un hombre anciano.

La multitud comenzó a correr descontrolada mientras otro de los hermanos disparaba inútilmente.

El extraño vio a la joven mujer tendida inerte en el suelo y el tatuaje de su brazo comenzó a brillar y al instante una espada apareció en su mano.

Con la precisión de un cirujano y la rapidez mortal de una persona que ha combatido millones de veces, la hoja del extraño encontró la carne del primer Anchorena, el primero en disparar.

Murió al instante y se desplomó en el suelo con el corazón atravesado.

Luego siguió repartiendo la fría muerte en el orden en el que habían

disparado, ninguno pudo hacer nada para evitar los ataques.

El suelo de la plaza estaba cubierto de sangre Anchorena y esa cantidad le pareció justa, no pretendía derramar más pero a Facundo no le pareció justo y decidió enfrentar al asesino de sus hermanos.

-No lo hagas. *-Aconsejó muy serio el extraño-*

Facundo se quitó la camisa y la enrolló en el antebrazo a modo de precario escudo y arremetió con el facón de mango de plata en la mano.

El extraño no se movió hasta que el otro estuvo muy cerca y con un movimiento casi instantáneo le cortó la mano que empuñaba el arma a la altura de la muñeca y allí lo dejó, arrodillado en el suelo envuelto en dolor.

-Yezugún meú. *-Le dijo a la querandí y la tomó de la mano para que lo acompañara-*

Facundo sacó su pistolón y le disparó por la espalda y también falló.

Sorprendido miró su arma para comprobar que no estaba dañada pero no tuvo tiempo de comprobarlo, la hoja de la espada lo cortó desde la entrepierna hasta la punta de la cabeza atravesándolo por completo.

Una parte cayó hacia la izquierda y la otra hacia la derecha.

El hermano menor, el que menos dotado físicamente estaba, entró en pánico y comenzó a correr. Era bastante bueno en eso.

El extraño tomó la lanza de la mano de la mujer y casi sin calcular se la arrojó cortando la carrera del pobre diablo en el acto. La lanza le entró por la nuca y le salió por la boca.

Luego caminaron juntos hasta donde estaba Juan Martín.

-Vamos. Ella sabe dónde está la bestia.

### **Sábado: Vieja amiga**

Juan Martín abrió los ojos, la extensa y monótona planicie de la pampa comenzaba a dibujarse gracias a la majestuosa luz del sol. El cielo hacía gala en tonos en degradé que iban desde el azul oscuro al celeste. Las estrellas se negaban a ocultarse, allá lejos, donde la luz todavía no las alcanzaba.

Las sombras eran largas, como si fuesen manos tratando de abrazar lo

que quedaba de oscuridad en el poniente.

Un canto de un ave llamó la atención de los ojos del gaucha que luego miraron a la mujer que dormía a unos metros enfrente a él.

Como colchón usaba el suelo, como almohada su brazo y la pampa era su manta. Sus cabellos eran negros y la nariz chata, ojos achinados y orejas pequeñas al igual que su boca. El conjunto, a pesar de la tierra y los restos de sangre seca, era muy agradable a sus ojos.

La querandí descansaba tranquilamente, la respiración lenta y acompasada y el gesto sereno.

Juan Martín la observaba, la brisa tibia movía sus cabellos hasta que ella lo miró. Dos ojos color almendra comenzaron a estudiarlo como el lo hacía con ella. La mujer le sonrió y con ese simple gesto logró lo que no lograron diplomáticos, académicos y eruditos, la india y el gaucha quedaron unidos.

Aquellos ojos eran del mismo color que los de Josefina pero eran infinitamente distintos, a aquellos los hubiese extrañado si no los pudiera volver a ver.

En su pecho sintió aquella fuerza capaz de unir a los seres sin importar lo diferente que sean.

-Buen día. -*Saludo Juan Martín*-

La mujer se lo quedó viendo con expresión divertida y le respondió con algo que el gaucha no entendió. Maldijo su idiotez y se levantó.

Busco en el bolso que había armado apurado luego de la matanza de la plaza algo para armar un desayuno.

Miró al extraño, todavía dormía y por la forma en que lo hacía sin duda iba a seguir mucho tiempo más.

Había matado a todos los Anchorena, le habían disparado cuatro veces y todos habían fallado, gente que había nacido con armas en las manos, ninguno fue capaz de darle a corta distancia.

Pensó que luego de ver la lucha con aquel lobo monstruoso nada más lo iba a sorprender pero se equivocaba. Luego recordó el pasado de Baltazar. Aquel extraño le había quitado el diario para que no siguiera aprendiendo de él y si bien le perdonó la vida había masacrado a otros que estudiaban el arte de hablar con La Madre.

Según el Hermano de Solano, el era el Último Arcano, había logrado hacer crecer plantas con mucha facilidad y esto dejaba en una situación complicada: Si quería vengar a Solano iba a tener que seguir junto al extraño y rogar para que no sea capaz de descubrir sus nuevas facultades.

Meditó sobre el tema mientras sacaba del bolso un calabacín seco que servía como recipiente para el mate, luego busco la yerba que estaba envuelta cuidadosamente en trozos de sobrantes de cuero de vaca. Cuidadosamente abrió un pliegue y volcó parte del contenido dentro del mate. Juntó varias piedras para hacer un soporte para la pava y debajo colocó ramitas secas para lograr un fogón improvisado. Cuando el agua estuvo a punto de comenzar a hervir quitó la pava del fuego y regó el contenido del mate. Ensartó la yerba húmeda con un trozo corto y hueco de caña seca y sorbió el contenido.

Con un gesto de la mano invitó a la querandí a compartir el momento.

Ella se sentó no muy alejado de él y aceptó el mate que le ofreció luego rebuscó entre sus harapientas prendas y sacó unos trozos de carne seca y lo compartió.

Juan Martín se apuntó con el dedo índice el pecho varias veces y repitió su nombre lentamente. La mujer lo observó curiosa y repitió el movimiento diciendo: Eluney.

Luego los dos siguieron callados, disfrutando ese momento simple como si fuese un regalo de sus dioses.

El extraño se levantó molesto, como si lo hubiesen sacado de su mejor sueño. Dijo algo entre dientes que sonó a una maldición y se acercó al humilde fogón.

Le ofrecieron carne seca y mate. Comió lo primero y se quedó con el mate en la mano, observandolo.

-Estuve con mucha gente, en muchos lugares pero jamás voy a entender la obsesión de este pueblo por sorber esta infusión. *-Dio un sorbo fuerte y rápido que terminó con un sonido crujiente-* Tengo que admitir que me gusta.

Juan Martín sonrió.

-¿Te despertó una pesadilla milico? Pensé que ibas a roncar hasta mañana.

-No fue una pesadilla, fue un sueño hermoso. Soñaba que moría y la brisa me despertó. -Miró hacia el campo y profirió un insulto en un idioma que

Juan Martín no entendió-

El silencio volvió a tomar el fogón, Juan Martín prefirió no preguntar más nada por el momento.

La querandí aprovechó y agradeció al extraño por haberle salvado la vida. El hombre tomó la mano de la mujer entre las suyas y le dijo que no hacía falta agradecer, que solo los llevara hasta donde estaba aquella bestia.

El contacto de las manos la paralizó y los ojos se le quedaron en blanco, luego comenzó a tener pequeñas convulsiones y a hablar cosas incomprensibles.

Rápidamente él soltó su mano y la mujer cayó rendida al suelo.

-¿Que le paso? -*Preguntó muy preocupado Juan Martín-*

-No se, solo le tomé la mano....

La mujer cesó de moverse y volvió a la normalidad. Miró sorprendida al extraño.

-¡Alhúe Kuyfi! -*Exclamó y enseguida se arrodilló ante él-* ¡Soychu! -*Continuó exclamando-*

-¿Que dice milico?

El extraño frunció el ceño tratando de entender a la mujer exaltada.

-Cree que soy uno de sus dioses, Soychu para ser exacto. -*Pensó unos segundos-* Creo saber que pasa aquí, nuestra amiga es especial.

-¿Especial? -*Preguntó preocupado, temía que eso significara ser arcano*  
-

-Entre su gente los conocen como brujos...-*Intento explicar-*

Juan Martín decidió que ya había escuchado suficiente y desenfundó su facón y lo apoyó sobre el cuello del militar.

-No se te ocurra lastimarla. -*Amenazó Juan Martín-*

El extraño lo miró un poco confundido.

-¿Por qué iba a querer lastimarla? La salve de aquellos hombres, nos guía hasta donde está la bestia...

-No te hagas el sota, Baltazar me contó de vos, de como le robaste su libro y de la gente que mataste, gente especial como ella.

El extraño rompió en risas sin importarle la punta de acero que le apuntaba.

-Me imaginé que tu relación con Baltazar podría generar estos planteos pero asumí que el viejo era estúpido y que no iba a recordar lo que sucedió y mucho menos contarlos luego de tanto tiempo.

El extraño detuvo su charla y lo miró cuidadosamente, como quien busca un defecto en algo.

-¿No habrás estado aprendiendo del viejo no?

Juan Martín pensó lo idiota que fue al haber empezado esa conversación, ¿pero qué otra opción tenía? No iba a dejar que dañara a Eluney. Ahora no sabía qué contestar.

El extraño rió de nuevo mientras apartaba el facón lejos de su cuello.

-¿Por qué esa cara gaucha? era una broma. Pobre viejo, no sabía ni decir su nombre. Quedate tranquilo, la querandí no es igual a el, ella es diferente de otra manera. Tu amigo intentaba aprender un conocimiento demasiado peligroso que ponía en riesgo la vida de todos.

-Los tipos esos que mataste, los que me contó Baltazar, eran... -  
Interrumpió Juan Martín-

-Todos y cada uno de ellos, eran arcanos. -Un gesto de tristeza se hizo visible- Tenían buenas intenciones, pero no sabían con lo que estaban tratando. -Apartó la vista para mirar la eterna pampa- Los tuvimos que matar a todos para evitar que se extienda.

¿Y ella? -*Miró a Eluney*-

El extraño se levantó y cortó una rama de un árbol, una ancha y de un metro y medio de largo, la pesó en las manos, miró si era lo suficientemente recta y con un gesto de aprobación se sentó y le pidió el facón. Juan Martín dudo por unos segundos y se lo dió. Luego comenzó a sacarle punta a la vara.

-Ella es una anomalía, algo completamente distinto a lo arcano. Es algo mucho menos perfecto y bastante menos peligroso. Creo que su anomalía le permite, de alguna manera, conectarse con los que toca.

-¿Conectarse?

-Saber qué fue lo que vivió, lo que siente. ¿Quien sabe? hasta tal vez lo que piensa o pensó.

Juan Martín recordó cuando la tomó de la mano para protegerla de los Anchorena, ese cosquilleo extraño que sintió en el momento en que sus manos se unieron. ¿La mujer se había conectado con él?

-Conozco algunas palabras en querandí y ella te llamó "Alhue Kuyfi", que significa alma antigua, luego de que le tocaste las manos.

El extraño siguió sacándole punta a la rama convirtiéndola en una lanza, le quito los nudos más protuberantes para dejarla lisa y fácil de sujetar y le devolvió el facón.

-El mundo es mucho más grande de lo que te imaginas. *-Respondió el militar-*

Se levantó y le ofreció la precaria arma a Eluney.

-Para reemplazar la que dejamos en Carrizos. *-Le dijo en querandí-*

La mujer la aceptó y se arrodilló ante él.

-Por favor, podrías dejar de hacer eso. *-Dijo molesto-*

La mujer se levantó enseguida.

El extraño miro el sol, debian ser las ocho de la mañana, recogió su sobretodo azul y comenzó a caminar hacia el oeste.

-Debemos continuar.

Eluney ayudó a guardar las pocas cosas que Juan Martín había traído y se unieron al extraño.

Caminaron por horas, hasta que el astro rey comenzó su descenso frente a ellos. A Juan Martín le molestaba la herida, con cada paso el dolor se acrecentaba bastante. Se preguntó angustiado cuánto faltaría para llegar a la tolдерía de Eluney.

Discretamente abrió su camisa para observar la venda y la cerró enseguida luego de ver. Estaba infectada y no se había cerrado, si no hacía algo en las próximas horas probablemente no habría vuelta atrás pero Juan Martín solo necesitaba seguir vivo hasta ver morir a aquel

animal monstruoso que lo había apartado de sus seres queridos.

Pasado un buen rato de caminata Juan Martín ya observaba con esfuerzo al extraño y a Eluney delante de él, se le complicaba seguirles el paso y en ocasiones, cuando se alejaban un poco, no lograba verlos nítidos. Las gotas de transpiración rodaban desde su frente hasta el suelo continuamente cada dos o tres minutos. El pelo le había quedado aplastado contra el cráneo por la humedad del sudor y en la camisa ya se formaban aureolas en el pecho y en las axilas. Miró un segundo al cielo y rogó porque el sol se terminará de poner. Su ruego fue escuchado.

El sol se ocultó detrás de unas nubes con un color extraño, eran grises pero un reflejo violáceo las cubría. Las aves volaban en bandadas lejos de aquel fenómeno.

Debajo de las nubes se lograban ver los sembrados de los querandíes, el espectáculo era aterrador, las plantas de maíz estaban marchitas pero continuaban erguidas y una especie de polvo violeta las cubría. De las hojas goteaba un líquido viscoso que cuando alcanzaba el suelo formaba un lodo desagradable.

Al ras del suelo una neblina se había instalado y parecía moverse mientras los tres avanzaban dentro de ella. Todo allí, incluso el olor, era una herejía a la naturaleza.

El extraño recogió un poco del líquido viscoso y lo observó detenidamente.

-¿Quién está haciendo esto? -Le preguntó a Eluney-

-Gualichu.

-¡Mierda! Es más grave de lo que pensé.

-¿Qué sucede? -Preguntó Juan Martín-

-Está Terraformando, esa bestia hija de puta esta terraformando este lugar.

-¿Que?

-¿Ves esto gauchito, toda esta mierda antinatural? ¡Esto es con lo que estaba jugando tu amigo!

-¿Baltazar hizo esto?

-¡No! Pero tarde o temprano iba a contribuir a que esto se extienda por

todo el mundo.

El extraño no se molestó en continuar explicando, era imposible que lo entendiera.

Saco de uno de los bolsillos del pantalón una pulsera dorada y se la colocó.

Continuaron avanzado por el horrendo campo hasta divisar la toldería.

Los querandies usaban ramas para sujetar el cuero animal que cubría sus viviendas. La mayoría solo servía para protegerlos del incansable sol de la pampa a modo de toldo. No construían paredes y en el caso de necesitarlas, cubrían con cuero todo el perímetro de la precaria vivienda. Solían vivir en grupos de hasta doscientos y cada uno tenía una casa toldo muy cerca de su vecino y debido a ello los colonos llamaban tolderías a sus aldeas.

Los tres se recostaron en el suelo, cerca de la toldería, para evitar ser vistos y así otear a los querandíes.

En el centro ardía una hoguera y gran parte de la aldea estaba allí observando a un hombre subido a una roca. Tenía la cabeza decorada con plumas y el rostro completamente pintado de negro y rayas blancas. Alzaba sobre su cabeza una lanza de metal ornamentada con un enorme rubí triangular cerca de la punta. El viento hacía que las chispas que brotaban de la hoguera lo salpicaran y la luz lo teñía de un color rojizo.

Arriba, las nubes se arremolinaban formando un ojo de tormenta. Debajo, la bestia estaba recostada, tumbada sobre su costado izquierda.

La herida en la cabeza, hecha por el facón de Juan Martín, todavía goteaba ese líquido viscoso y verdoso y las cuencas vacías de los ojos parecían mirar lo que sucedía sobre la roca donde descansaba el cuerpo de Baltazar, que desnudo y desgarrado todavía vertía sangre desde sus manos hasta el suelo donde se mezclaban con el barro.

El brujo clavó la lanza en el pecho del cadáver y gritó unas palabras. Desde el ojo de la tormenta un rayo cayó furioso sobre el cuerpo de la bestia y ensordeció a todos. El olor a pelo quemado impregnó todo el lugar.

Juan Martín sintió decepción y alivio al mismo tiempo. Aquel hombre le había quitado su venganza pero en su estado poco podía hacer el mismo para terminar con la vida de aquel ser. Así que se resignó a sentir alivio.

Cerró los ojos y pensó en sentir la brisa del campo pero, en aquel lugar, la pampa estaba muda. Observó la luna, en un perfecto cuarto menguante, y

respiró profundo. Solano, Baltazar y Segundo podían descansar en paz.

Su corazón experimentó un vacío que pronto se llenó con culpa. Recordaba los rostros de aquellos hombres que había masacrado, el odio que había sentido y que fuera el móvil de aquella aberración. Sus amigos descansaban en paz, pero su corazón y aquellas víctimas inocentes no.

Miró sus manos y se resignó, la herida lo estaba matando y le quedaban pocas fuerzas. -Lo lamento tanto. Esta deuda la pago con mi vida. -Pensó-

La mano de Eluney le tocó la frente, ardía en fiebre. Vió la mancha de sangre que ya se había extendido lo suficiente como para teñir de rojo la camisa. El extraño vio la venda y le hizo un gesto de negación a la querandí.

-Es muy tarde ya. La infección es grande.

Eluney le acarició la mejilla y le dió un beso mezclado con una lágrima. Cuando le había tomado de la mano en Carrizos ella pudo conectarse con él, con su historia, con sus sentimientos, con su alma.

Su anomalía había roto las barreras estúpidas que levanta el hombre para odiarse unos a otros, había permitido que lo amase pese a todas sus diferencias. Cruzaron las miradas y los ojos color almendra llenaron de alegría al moribundo.

Luego de que cayera el rayo, un humo violáceo comenzó a salir de la lanza, como si fuese un gáiser. Era denso y apenas salía comenzaba a caer buscando el suelo. Desde allí comenzaba a avanzar lentamente cubriendo los pies de los querandíes que miraban al brujo excitados.

Los efectos de este baó grotesco hacía que cayeran al piso convulsionantes y luego se levantarán con los ojos de color violetas y una expresión inerte en su rostro. Varios gritaron horriblemente hasta caer muertos, los que no morían comenzaban a moverse erráticamente alrededor de la lanza y del cadáver del lobo.

El extraño tocó el hombro de Juan Martín y le hizo un gesto de aprobación.

-Descansa gaucho y ve con tus amigos, te has enfrentado con honor a un enemigo que te superaba.

Se levantó y acarició su pulsera dorada. Al instante un sin fin de pequeñas placas metálicas comenzaron a ensamblarse rápidamente en un escudo redondo. Su tatuaje comenzó a brillar y en su mano apareció una espada.

Era mucho más corta que la que había usado contra los Anchorena.

Movió la cabeza hacia la izquierda, luego hacia la derecha y un crujido se escuchó proveniente de sus huesos. Cerró los ojos por unos segundos y entró en la toldería.

Los querandíes con los ojos violetas se estremecieron con violencia al ver entrar al extraño. Abrieron sus bocas y de ellas salió un sonido gutural inhumano y al instante todos, aproximadamente unos ochenta, corrieron mostrando sus cuchillos y arrojando lanzas.

Ninguna dio en el blanco, su enemigo caminaba normalmente como si estuviese paseando y no se detenía.

Cuando estuvo al alcance de sus dagas intentaron hundirlas en su carne pero solo lograron que manos y brazos cayeran al suelo cercenados por la espada corta. Intentaron rodearlo pero a fuerza de escudazos y movimientos ágiles siempre lograba mantener la distancia suficiente para poder blandir su espada contra ellos.

Los ochenta rápidamente fueron setenta y no mucho después sesenta.

Alcanzar al implacable hombre se tornaba difícil gracias a los cadáveres y la sangre que cubría el suelo, pero pese a ello no se detenía, pisaba espaldas, piernas y cabezas sin siquiera perder un segundo el equilibrio.

El brujo observaba nervioso el inútil esfuerzo de los suyos para detenerlo, pero no podía abandonar la piedra y huir, todavía no había terminado el ritual.

Juan Martín observaba la matanza junto a Eluney y recién allí tomó medida de lo monstruoso que era aquel hombre, de lo inquietantemente indetenible que era. En tan solo unos minutos había matado a treinta hombres sin siquiera dejar de avanzar un solo paso. ¿Era realmente un Dios? El dolor le impidió seguir pensando en ello.

Eluney comenzó a llorar y se levantó. Miró a Juan Martín con pena y en un castellano maltrecho le dijo mientras que señalaba la toldería: Familia.

Su madre y padre estaban allí, era por ellos que fue hasta Carrizos a buscar ayuda y ahora por su culpa corrían más peligro que antes. No estaba segura si aquel extraño iba a detener su espada antes de matar a todos.

-Andate, dejame y salva a tu familia. Ya soy fiambre. -Le grito mientras le señalaba insistentemente la toldería- *Sácalos antes de que el milico los*

*reviente-*

La mujer dudo, miraba a Juan Martín y luego a la toldería y entre llantos tomó la decisión. Lo amaba pero con muchísimo dolor sabía que no iba a sobrevivir a aquella herida, sin embargo, su familia todavía tenía una oportunidad.

Corrió lo más rápido que pudo hasta la precaria choza de sus padres, una de las pocas que tenía paredes de cuero.

En el camino tuvo que enfrentar a uno de los suyos. Lo conocía, era amigo de su padre, había curtido el cuero junto a él por años pero no la reconoció. Los ojos violetas brillaban en un cuerpo que era como una cáscara, la podían ver pero no veían a Eluney solo veían a una presa.

Emitió un sonido asqueroso, parecido a una carcajada y torpemente intentó apuñalarla. Ella evitó fácilmente el ataque y lo atravesó de lado a lado con la rama con punta que le había fabricado el extraño.

Los ojos violetas volvieron al color natural y aquel hombre se vio a sí mismo atravesado por Eluney y antes de morir le dio las gracias.

Sintió pena al sacar la lanza del cuerpo y continuó hasta encontrar a sus padres. Estaban dentro, aterrados y abrazados con fuerza. Ella se unió al abrazo y lloraron juntos por unos segundos hasta que otro cascarón apareció en la puerta dispuesto a matarlos.

El extraño llegó hasta donde estaba el cuerpo del lobo, al pie de la piedra. El bao violeta lo rodeaba y le comenzaba a trepar por los tobillos. Abanicó con el escudo el suelo y el humo reaccionó como el agua frente al aceite.

Tomó una lanza del suelo y se la arrojó al brujo el cual cayó de la roca junto con la lanza finalizando así el abominable ritual. Sin embargo los efectos no parecían terminar, la neblina violeta seguía poseyendo personas y la tormenta sobre ellos parecía estar más enfurecida arrojando más rayos hacia el suelo.

Los cascarones comenzaron a rodear al extraño pero no lo atacaban, habían entendido que era inútil.

El cuerpo del lobo, a unos metros del militar, comenzó a convulsionar y a transformarse. El osico comenzó a encogerse lentamente, el pelaje fue cayendo de a mechones, las patas se doblaron y contorsionaron produciendo ruido a huesos rotos. Todo el animal se estaba achicando, dando forma a una figura femenina. El osico terminó formando una nariz, de las cuencas vacías se formaron ojos y del cráneo expuesto comenzó a

crecer piel humana y pelo.

Al finalizar la transformación, la mujer quedó recostada en la misma posición en la que estaba su cuerpo anterior, de costado y con las piernas y brazos estirados.

Estaba vestida con una armadura de cuero, calzas negras hasta la rodilla y botas de cuero. Su cabello castaño no llegaba más abajo de sus hombros. La falta del cuero cabelludo en la bestia había causado efectos en la transformación, generando un cabello maltrecho y de aspecto sucio. Lo mismo sucedió con sus ojos, que al abrirlos eran de un color rojizo que apenas permitía diferenciar el celeste de su iris.

La mujer se miró las manos, luego el cuerpo y se arrodilló. Comenzó a llorar tapándose el rostro.

-No quise...yo no quise...no fue mi intención. -*Sollozo*-

Cuando quitó las manos de su rostro vio al extraño, parado al lado de la hoguera. El símbolo del escudo dorado que llevaba le causó alegría alejando unos segundos la tristeza.

-¡Amón! -*Lo llamó la mujer*-

Amon, el extraño, estaba contemplando el peor de los escenarios, el ritual había desencadenado un proceso que era capaz de destruir a todos las personas del planeta y el no podía hacer nada para evitarlo.

En ese momento gritaron uno de sus nombres, pronunciado por una voz de alguien que no esperaba volver a escuchar. Giró rápidamente y su sorpresa fue total. Circe lo estaba llamando. La última de los guerreros que cazaron y mataron hasta el último de los arcanos estaba allí con vida.

Dejando de lado todo lo demás que ocurría caminó hacia ella y se sentó a su lado. Tocó la cabeza de la mujer, no podía creer que estuviese allí y una risa de alegría fue el resultado al estar totalmente convencido. Ambos rieron de felicidad.

-¡Por los Maestros! ¿Cómo es posible?

-Lo siento general, fallé. -*Circe bajo la mirada*-

-¿Pero de que estas hablando? Eso ya que importa. Ven aquí muchacha.

Amon abrió los brazos de par en par y los dos alejaron el tiempo sin verse con un abrazo.

-Cuéntame cómo terminaste así, convertida en esa bestia horrible.

Circe cerró los ojos en un esfuerzo para recordar, todo le resultaba extraño, como si hubiese pasado en sueños.

-Recuerdo a uno de los últimos arcanos. Tu me pediste que esperara -Miró a Amón con culpa- y no te hice caso, fui a buscarlo y él... -Hizo un esfuerzo para recordar- ¡Que idiota fui! Caí en su trampa... pero él no era lo que creía. ¡No! Era un cascarón y no lo noté...Me convirtió en eso. - Señaló los restos de pelo que había alrededor suyo-

A medida que iba recordando, su rostro iba formando gestos de asco, miedo y pena. La transformación física había terminado pero la psíquica todavía estaba en proceso.

-He estado atrapada en esa forma, veía todo lo que el animal hacía...todo lo que yo hacía...cosas horrendas... -*Miró el cadáver que había sobre la piedra-*

-Mate a aquel hombre y a su hermano, necesitaba su sangre para poder...- Los esfuerzos por recordar le hacían doler la cabeza- Necesitaba la sangre del que está en la piedra porque es el último hijo del descendiente que me hizo esto....su sangre podía iniciar...-*Miró alrededor-* Podía iniciar esto que está sucediendo.

Mientras la transformación psíquica iba finalizando, más recuerdos volvían. Recordaba a aquel hombre que la había transformado, el rostro con la mirada perdida y el brillo violáceo en los ojos mientras daba su vida para que el conjuro terminara y ella quedase atrapada.

Pero ese solo fue el comienzo de sus penurias, luego de la transformación su mente quedó conectada con el poder que había permitido aquella aberración. Aquel poder no pertenecía al cascarón si no a un ser muchísimo mas poderoso y horrendo. Su nombre no podía ser pronunciado por los seres humanos y por ellos solo era conocido como el Viajero.

A diferencia de los demás cascarones, Circe estaba entrenada para resistir la influencia de aquel ser, pero tuvo que resistir por mucho tiempo y eso le costó muy caro.

-Nos equivocamos Amón...todos nos equivocamos. -Continuó angustiada- Matando a los arcanos...no era la forma de solucionarlo -*El recuerdo de aquello provocó una tristeza muy profunda-* Toda esa gente...tampoco entendían...ni los arcanos de Danistera lo sabían...egoltras estúpidos...sin saberlo se acercaban a él...

Tomó fuerte el cuello del sobretodo de Amón y lo obligó a acercarse a ella. Las expresiones de su rostro cambiaban constantemente. Horror, tristeza, asco todo junto pasaba por su mente en un sin fin de recuerdos que volvían todos al mismo tiempo. El costo de la transformación psíquica estaba empezando a pagarse.

-El viajero...él le tiene terror al Druida...nadie sabía de eso...yo lo sentí, sentí lo mismo que él...El Druida es el único que puede detenerlo...y solo la Madre lo elige...es un poder que el mundo nunca ha visto...

La mente funciona como los mecanismos de un reloj, cada engranaje depende de los demás y en sincronía perfecta mueven la máquina que permite que el aparato haga su trabajo. La psiquis de Circe estaba comprometida, los esfuerzos por evitar ser un cascarón habían destruido mucho de sus engranajes y el reloj ya no volvería funcionar correctamente.

-Lo lamento Amón...me quebré...por evitar caer bajo su control flagele mi mente... *-Los ojos se le llenaron de lágrimas recordando un pasado muy triste-* Todavía la recuerdo, a Amonet, mi hermana...tu...*-Estalló en llanto*  
- La matamos...¡NO! tu la mataste...*-Ese recuerdo terminó de destruir su mente-*

Esa fue la última vez que Amón habló con la Circe que conoció. La mujer comenzó a reír descontroladamente, totalmente fuera de sí. Se levantó sin dejar de reírse y contempló los resultados del ritual.

-¡Circe! Lucha contra él, no dejes que te posea. -Grito desesperado Amon-

Circe se dio vuelta y miró a Amón con sus ojos rojizos. Un hilo de baba caía de su boca mientras se reía.

-¡Idiota! El viajero no me domina... ¡Tu! vas a sufrir por Amonet! *-Una carcajada enfermiza brotó de su boca-* ¡La humanidad, tu querida humanidad va a sufrir! *-Abrió los brazos celebrando el bao violáceo esparciéndose-*

Eluney abrazaba con fuerza a su padres mientras pensaba una manera de eliminar al cascarón que bloqueaba la salida de la choza.

Al fin se levantó, tomó una piedra y se la arrojó. Le pegó en el medio de la frente dejando una marca roja. Una persona normal como mínimo hubiera sentido mucho dolor pero el sujeto ni se enteró.

El cascarón comenzó a jugar morbosamente con el cuchillo mientras avanzaba haciendo que ella retrocediera y tropezara. No tenía manera de defenderse, buscó torpemente algo con que evitar la puñalada pero fue

inútil.

El cascarón quedó inmóvil y soltó el cuchillo que al chocar con el suelo causó un leve sonido metálico. Miró con sorpresa su pecho, de allí salía una hoja metálica de buen acero, lo habían apuñalado por detrás. Los ojos volvieron a su color normal y cayó al suelo como una tabla.

Juan Martín limpió la sangre del cuchillo en su pierna y se sujetó de una de las maderas que sostenían el techo de cuero. Se sintió satisfecho al ver a Eluney y su familia a salvo. Ella le sonrió, fue un pequeño gesto, simple pero tan poderoso que le permitió encontrar la paz. Cerró los ojos y sintió que la vida se le escapaba, la infección ya era muy grande.

Para Juan Martín el mundo se sumió en la oscuridad.

Se encontró de pie con el mismo traje que había usado en su boda con Josefina. Recordaba aquella prenda con cariño ya que había sido regalo de Solano y en ese momento sintió que él le tocaba el hombro. Estaba allí, quieto, observando con aprobación. Baltazar apareció detrás suyo y también apoyó su mano sobre su hombro. Lo mismo pasó con Segundo y por último el grupo de Mapuches. Todos apoyaron sus manos sobre el.

Todo el lugar se iluminó. Una hermosa pradera con suelo de verde pasto y un cielo perfecto, celeste y con pinceladas de esponjosas nubes blancas. Lejos, las colinas invitaban a quedarse allí viendo aquel hermoso paisaje mientras se disfrutaba de la brisa suave y el aroma a infinitas flores.

El ser que conocía como La Madre apareció frente a él, detrás estaban los mapuches, Solano, Baltazar y Segundo. Un pensamiento llegó a su mente, nacido de lo más profundo de su inconsciente, en el cual se preguntaba: ¿Qué vas a hacer Juan Martín? Entonces otro pensamiento más consciente le respondió al anterior: ¿Que voy a hacer con mi vida?

Allí están mis culpas, paradas frente a mi, mis víctimas y mis amigos. ¿Eso es todo lo que soy? ¿Soy mis errores?

Ese pensamiento inconsciente, casi ajeno volvió a interactuar con su mente: ¿Cuáles errores?

Entonces el Juan Martín más consciente entendió. No había errores, jamás fue culpable de la muerte de sus amigos.

Solano y Segundo sonrieron y desaparecieron de detrás de la Madre, solo quedaban los mapuches que lo miraban inexpresivos. ¿Son tus errores también, por qué no los dejas ir?

Miró sus manos, fueron ellas las que acabaron con sus vidas. Es mi error.

¿Tú error? Por su mente pasaron infinitas escenas de guerras con gente que nunca conoció, uniformes que jamás vio, lugares que nunca hubiese llegado siquiera a imaginar. Luego sintió todo los motivos de aquellas guerras, codicia, racismo, miedo y sobre todo odio. De pronto una idea cruzó su mente: Te enseñaron a odiar, ese odio no es tuyo.

En ese momento entendió que su verdadero enemigo era el odio, un odio con el cual no había nacido si no que lo había aprendido, el cual le había llevado a la situación de matar a inocentes, de perseguir a aquel animal sin importar nada más.

Solano le había escrito: "No te culpes a ti, culpalo a él y no lo vuelvas a dejar entrar jamás en tu corazón" Esas palabras tomaron real significado en ese instante.

El grupo de mapuches desapareció y juntos con ellos la culpa. La Madre sonrió y la brisa sopló gentilmente por aquella pradera de ensueños.

¿Que vas a hacer Juan Martín? Volvió a preguntar su inconsciente. Recordó las palabras de Baltasar: Podrías cambiar el mundo.

Luego de pensar eso La Madre puso la mano en su pecho y todo se cubrió de luz.

Eluney sujetó a Juan Martín cuando quedó inconsciente luego de apuñalar al cascarón. Rendido en sus brazos luchaba entre la vida y la muerte mientras susurrabas palabras inentendibles. Ella trato de alejarlo del ingreso a la choza y así alejarlo del bao violeta que había comenzado a penetrar el lugar. Entraba por cada una de las aberturas que el cuero y la madera dejaban.

Corrió con cuidados algunos mechones de pelo que descansaban sobre la cara del gaucho, el hilo de su vida estaba por encontrarse con el carretel. Vio a sus padres, asustados por la niebla, tampoco les quedaba mucho hilo.

Apoyó su cabeza en el pecho del hombre que sostenía en su regazo y lloro, como no lo hacía desde que dejó de ser una niña. El aborigen es marginado en su propia tierra, viven vidas llenas de injusticias, propias e importadas, sobreviven en un terreno donde todo le es negado y así se forjan fuertes y resistentes a las penas, pero pese a eso su corazón no resistió y soltó todo lo guardado en lágrimas.

Sus padres se acercaron y consolaron a su hija pese a lo inevitable de la

situación.

### **Domingo: Civilización y barbarie**

Juan Martín abrió los ojos, se sentía bien. Intentó recordar la última vez que se había sentido así pero no tuvo éxito. Dentro de él había una tibieza agradable que era tan intensa que estaba apunto de salir como un geiser.

Miró a Eluney, tenía apoyada la cabeza sobre su pecho y lloraba, podía sentir la humedad de sus lágrimas. Todo tenía otra perspectiva, la choza era un lugar que parecía un lugar donde podría pasar toda su vida, el regazo de la querandí le pareció el mejor colchón en el que jamás había dormido y el recuerdo de sus amigos le daba una sensación acogedora, como si estuvieran junto a él, en ese preciso momento, bebiendo y charlando en la pulpería.

Apoyó su mano sobre los cabellos negros y llenos de polvo y los acarició suavemente, la sensación del contacto lo elevó casi hasta el cielo luego ella lo miró con sus poderosos ojos almendras y sonrió contenta haciendo que toda esa tibieza atrapada dentro de él explotara y saliera con una fuerza incontenible.

No necesito usar las manos o los pies para alejarse del regazo de Eluney, lo hizo como si la gravedad no existiera. Se elevó erguido sobre el suelo unos diez centímetros, sus ojos brillaban como el de los cascarones pero de color esmeralda y a su alrededor un aura se formó lentamente imbuyendo de tibio calor a todos los que estaban cerca.

Eluney y sus padres sintieron en sus corazones la idílica llanura verde rodeada de montañas y de vegetación perfecta donde Juan Martín había estado segundos antes.

El bao violáceo comenzó a arremolinar-se bajo sus pies, como si estuviese siendo absorbido con fuerza y toda la niebla mortal, que cubría la toldería y un poco más allá, fue forzada a entrar a la choza.

Juan Martín quedó envuelto en ella y como si de una nube de tormenta se tratase, relámpagos comenzaron a iluminar todo el fenómeno dejando ver la silueta del hombre en cada destello.

Los cascarones que rodeaban a Amón y Circe corrieron desesperados en busca de la choza como si estuvieran siendo atacados mortalmente. Tanta era la desesperación que en el afán por llegar se empujaban unos a otros como si fueran bueyes en una estampida pero todo fue en vano.

El cuero de la choza salió despedido como si dentro hubiese explotado una bomba y la fuerza de choque invisible tiro los cueros y postes de maderas

de todas las demás dejando yana toda la superficie de la toldería.

Todos los cascarones cayeron al suelo en el acto y la nube que envolvía a Juan Martín se convirtió en polvo que lentamente comenzó a caer al suelo y con cada mota de polvo que volvía a su lugar el pastó surgía desde las entrañas de la tierra a reclamar su lugar y esa ola de vida se comenzó a extender por toda la toldería formando árboles, arbustos y flores casi al instante.

Circe observaba frustrada como el bao dejaba de existir y los cascarones que habían sido alcanzado por la fuerza de choque volvían a la vida siendo los querandíes de antes.

Nadie mas moría ni mataba a otro, la toldería se había convertido en una feliz pradera y eso era intolerable. Tomó una lanza del suelo y se lanzó furiosa contra Amón.

Amon ni se molestó en esquivar sus ataques, ninguno de ellos dió en su objetivo. Estaba totalmente concentrado en Juan Martín, que elevado a diez centímetros del suelo, avanzaba rematando a los cascarones que habían resistido su primer ataque.

Debía acabar con él, su poder no podía caer bajo el control del Viajero. Ya había sucedido una vez y lo pagó muy caro.

Circe continuaba lanzando ataques sin control hasta que Amon comenzó a caminar. Sus ataques parecían atravesarlo, como si fuese un fantasma, entonces lo sujetó de la muñeca para impedir que se alejara.

-Basta Circe, por favor. *-Le pidió sin dejar de observar al gaucho-*

Soltó la lanza que parecía no funcionar y le descargó un golpe de puño el cual fue detenido por el escudo dorado. La fuerza del golpe contra aquel metal la arrojó varios metros hacia atrás. Dio de lleno contra la roca del sacrificio partiéndola en dos sin siquiera impedir su retroceso el cual finalizó unos metros más atrás junto al cadáver del brujo.

Eluney ayudaba a los querandíes que volvían en sí a agruparse cerca de los caballos. Juan Martín le había logrado explicar, a fuerza de señas, que sacara a la mayor cantidad de personas posibles de la toldería ya que no sabía que iba a suceder luego que el extraño notara sus nuevos poderes. No sabía si había entendido bien, de todos modos sacar a su gente de allí no le pareció mala idea ya que parecía que los dioses habían bajado a la tierra, justo en donde vivía su gente.

Juan Martín se detuvo a unos veinte metros del extraño, allí los dos se estudiaron uno al otro. Ahora el silencio había tomado gran parte de la toldería, solo las caricias del viento sobre las siembras querandíes se

escuchaba.

El sol estaba pronto a salir dando inicio al último día de la semana.

-Me mentiste gaucha. Ahora no me dejas otra opción que matarte -*Gritó Amón con un dejo de decepción en la voz*-

-No te quiero pelear milico, dejate de joder que yo te arregle este lio.

Amón miró la toltería y asintió con la cabeza.

-Es verdad y te lo agradezco pero ese poder que posees ahora es un peligro para todos.

Sin decir más comenzó a correr para acortar la distancia que lo separaba del gaucha.

Juan Martín cerró los ojos y pensó en el rayo, todo su ser comprendió ese fenómeno natural, lo sintió dentro de él y cuando abrió los ojos levantó un dedo sobre su cabeza y, de la tormenta que había comenzado a formarse, descendió un arco voltaico sobre él. Con la otra mano apuntó a Amón y soltó toda la fuerza de la naturaleza.

El ruido fue ensordecedor, uno tras otros los rayos eran enviados hacia el enemigo que con una simpleza aterradora los esquivaba sin detener un segundo su carrera.

Volvió a cerrar los ojos y pensó en la hierba y al abrirlos elevó sus dos manos al cielo y del suelo hizo brotar raíces para intentar detenerlo pero el militar las cortaba como pasto con su espada. Esto hacía que su marcha fuese más lenta, lo cual Juan Martín aprovechó. Entonces sintió el terremoto dentro suyo y sin dejar de mantener sus manos levantadas, con la mirada, apuntó al lugar donde las raíces estaba siendo cortadas.

La tierra tembló y una enorme grieta comenzó a formarse a los pies de Amón desestabilizando. De las profundidades se escuchó un estruendo, como si un gigante enterrado hubiese comenzado a gruñir, y la tierra se dividió en dos formando un hueco que lo devoró.

Para evitar la caída hacia un lugar tan profundo que ni la luz del sol lo alcanzaba, se valió de las raíces que no cesaban de intentar enredarlo. Primero se apoyó en una, luego saltó hacia otra, cortó varias para evitar que lo sujetaran y continuó su ascenso acrobático hasta llegar al borde del enorme pozo.

Juan Martín dió por seguro que su rival no iba a poder salir hasta que lo

vio saltar fuera de aquel pozo sin fondo.

Fue un error mortal, ahora estaba al alcance de la espada de aquel hombre indetenible.

Circe se levantó furiosa, Amón la había quitado del medio con una facilidad frustrante. Miró el suelo en busca de otra arma y un resplandor rojizo le llamó la atención. Levantó la lanza del brujo y miró detenidamente la gema triangular que tenía incrustada cerca de la punta. Aquella gema única, imbuida con un poder que ella no entendía pero conocía muy bien le daba una oportunidad excelente.

Ubicó al que una vez fue su general y compañero de armas y corrió hacia él. Lo alcanzó justo cuando estaba por darle la estocada final al arcano entonces tomó la lanza como si fuese un bate de baseball y bateó con todas sus fuerzas.

Amón ignoró el golpe, como había ignorado los anteriores, pero este era distinto ya que no provenía de un arma común. Impactó de lleno en sus costillas con la parte plana del filo y lo hizo retroceder cuatro metros por los aires, luego cayó entre los cueros de las tolдерías.

Juan Martín respiró aliviado, aquella muchacha extraña, de unos 25 años, vestida con armadura de cuero, ojos inyectados en sangre y cabellos castaños claros y grasosos que apenas se le movían con la brisa de la mañana lo había salvado.

*-Gracias...-Dijo el gaucho sin disimular la sorpresa-*

El rostro le resultaba familiar y no tardó en reconocerla. Aquella muchacha era la compañera del milico, la había visto en el sueño que compartió con Baltazar. En aquella visión caía bajo el poder de un arcano pero, más allá de aquellos detalles, lo importante era que ayudaba en la empresa de su amigo y eso era malo, sin embargo le había dado un golpe tremendo y eso ponía en duda sus intenciones.

Dio unos pasos hacia atrás para dejar un poco de distancia entre su cuerpo y la lanza que traía en la mano y tensó los músculos.

*-Escuchame gurisa, ¿te me vas a plantar igual que el milico?*

Circe no comprendió todo el mensaje. Logró comprender algunas palabras pese a que el arcano no hablaba el idioma de los faraones.

El tiempo transcurrido junto a Amon cazando arcanos la había llevado por todo el mundo y había aprendido a comunicarse en muchas lenguas.

-¿Guriza? ¿Plantar? ¿Milico? No le comprendo -*Respondió con acento español-*

Estaba dudando si matar o no al estúpido hombrecito flotador pero luego de la muestra de poder que había dado con todo eso de los relámpagos, el terremoto y las enredaderas considero adecuado dejarlo con vida.

No estaba segura si solo con la lanza era suficiente para acabar con Amon.

Juan Martín no quiso intentar entenderse con la mujer, ya estaba cansado de los extraños y mientras más distancia pudiera poner entre él y el miliar mejor.

Se despidió y se retiró.

La mente deformada y enredada de Circe continuaba debatiéndose si era necesario dejarlo vivo. ¡Matalo! Gritaba una parte de su mente. Matalo, matalo.

Ella comenzo a reirse a carcajadas y estuvo a punto de arrojarle la lanza. Prefirió convencerlo usando la razón.

-Amon irá a buscarle donde quiera que usted vaya, no se detendrá hasta que acabe con su vida. Ayúdeme a matarlo. -*Si es eso posible, pensó-*

Juan Martín se detuvo y respiró profundo. El acento de la mujer le hacía recordar a la forma de expresarse de su abuelo.

Le dio un poco de gracia el nombre del milico, Amon. Con razón no quiso decirlo cuando se lo había preguntado en la plaza de Carrizos.

-No voy a matar a nadie, ya vi demasiada muerte por una semana. No se que pasa entre ustedes y tampoco me importa, arreglen sus asuntos solos.

La razón no estaba funcionando. Circe no dejaba de pensar en matarlo y cada vez que lo hacía risas brotaban de su garganta pero las cortaba lo más pronto que podía para no dejar en evidencia su estado mental.

Ahora iba a intentar con otro método, la mentira.

-No va a dejar de perseguirte y si no te encuentra matara a quien sea necesario para que vayas a enfrentarlo, quizás a tu tus hijos.

Circe observó detenidamente al arcano, la mención de sus hijos ni siquiera

lo alteró. Seguramente no debería tener.

-O quizás a la mujer que amas.

Juan Martín se detuvo, ella tenía razón. ¿Y si el milico mataba a Eluney? ¿Toda su vida iba a estar mirando sobre el hombro temiendo que dañara a alguien querido? No podía vivir así.

-¿Qué necesitas que haga? *-Preguntó resignado-*

Circe comenzó a reír desaforadamente, luego y sin avisó detuvo la carcajada.

Juan Martín dudó si unirse a la mujer era algo correcto.

-Necesito que le impida ver. Nuestra única oportunidad es un ataque por sorpresa.

Juan Martín dudó de la táctica, quería terminar lo más rápido posible con todo el asunto.

-Vamos juntos guriza, vos lo encarás por atrás y yo por delante.

Circe rompió en carcajadas y un hilo de baba le corrió por la comisura de la boca y rápidamente la limpió con el antebrazo.

-No le recomiendo que lo enfrente directamente. Jamás he visto que alguien lo golpee en combate. *-Rió como loca y esta vez no lo contuvo-*  
Me corrijo, solo dos veces lo han golpeado, una vez mi hermana y, cómo pudo apreciar hoy, yo. *-Contuvo un gesto de tristeza, como si un recuerdo querido la apuñalara por la espalda-*

Juan Martín sentía una sensación extraña cuando veía a Circe, la muchacha era de facciones muy hermosas pero sus ojos inyectados en sangre, su pelo sucio y mal formado y el olor a babas que emanaba cuando rompía en esas extrañas risas hacían que lo grotesco y lo bello lucharan constantemente.

-Bueno, ¿cómo quieres que haga para que no te vea, estamos en la pampa, pichona?

Circe estuvo tentada a atravesarlo con la lanza. Debía ser el Arcano más novato con el que se había cruzado y si no hubiese visto sus poderes ya estaría muerto.

-Haga niebla. *-Dijo en tono osco-*.

Amon recuperó el conocimiento debajo de los cueros de las tolderías y sintió una sensación desagradable e intensa en el costado izquierdo de su pecho que le obligó, inconscientemente, a apoyar una mano sobre el lugar. Recordó haber tenido esa sensación alguna vez, hacia ya muchísimo tiempo.

Estaba experimentando la sensación de dolor, miró sus costillas, tenía un moretón enorme, de forma alargada como la punta de la lanza de Circe.

Una costilla estaba rota, las otras probablemente también.

A una persona normal, que suele experimentar el dolor relativamente seguido, la herida le hubiese dolido bastante. A Amon le dolía tres veces más.

Hizo un esfuerzo y se levantó. El sobretodo azul le molestaba y lo arrojó al suelo.

Observó a su alrededor y todo estaba cubierto por una inusual niebla, no lograba ver más allá de un metro. Sin duda se trataba de algún truco del arcano.

Levantó el escudo y del tatuaje obtuvo una espada curva, no muy ancha, no muy larga. Estaba curtido en la batalla y sabía que algo lo acechaba. Circe, sin duda.

Estaba obrando junto al mago y eso era esperanzador ya que cabía la posibilidad de que estuviese poseída y no demente.

Comenzó a caminar lentamente y cada dos pasos giraba sobre sí mismo. La niebla era como un manto blanco sobre sus ojos que le impedía conocer la posición de su creador.

Abanicó con su escudo de izquierda a derecha pero el aire, saturado de vapor, volvía casi al instante al lugar que había dejado.

No tenía otra opción, si seguía caminado demoraría lo inevitable del ataque de Circe. La técnica que había usado la muchacha era excelente y estaba orgulloso pese a la situación, ella no tenía probabilidad de ganarle cuerpo a cuerpo y por eso eligió la sorpresa.

Siempre fue una mujer inteligente, la que con más entusiasmo bebía de su sabiduría en el combate, fue su alumna, su mejor guerrera, su única ayuda en los peores momentos y además era como él, una anomalía.

Escuchó atentamente con los ojos bien abiertos hasta que sintió un leve sonido proveniente de su espalda. Giró, bajo el escudo y un golpe hizo

sonar el escudo como un gong.

El ataque había sido muy bueno, directo y rápido, no tuvo tiempo de contraatacar o ver por donde había huido ella.

Flexionó levemente las rodillas, posicionó su escudo de tal manera que cubriera su cabeza y la mayor parte de su torso y piernas y se concentró en escuchar los sonidos que viniesen de su lado descubierto.

Otra vez detectó el casi imperceptible sonido que solo los oídos con cientos de batallas pueden escuchar.

Esta vez el ataque fue más rápido, con la intención de no darle tiempo a usar el escudo y por eso no tuvo más remedio que mover la cadera hacia la izquierda para dejar pasar de largo la estocada, la cual dejó una herida leve en la carne.

Estuvo muy cerca y esta vez Circe se había equivocado, si bien el golpe fue muy rápido, falló por ser un golpe soberbio, un golpe destinado a terminar la pelea y por eso no fue perfecto ya que la pelea no había terminado.

La vara metálica había quedado al alcance de su mano entonces la sujetó y usando el peso de su cuerpo tiró hacia él haciendo que la mujer abandonara la espesa niebla y entre en una confrontación cuerpo a cuerpo.

No intentó usar su espada ya que no quería causarle ningún daño, su escudo era el arma indicada para la ocasión. Si la mujer estaba poseída por alguna magia, la rodela estaba imbuida con un hechizo muy poderoso para anular cualquier truco arcano.

Al acercarse el cuerpo de Circe golpeó con fuerza la espada sobre el escudo haciéndolo vibrar, las ondas de sonido que eran emitidas deberían anular cualquier efecto mágico, pero este no fue el caso.

La esperanza de Amón se hizo añicos, no había magia que la influenciara.

No logró encontrarla a tiempo, cientos de años buscándola sin éxito habían sido demasiado para la pobre mujer. Había llegado hasta Carrizos siguiendo una pista y había estado en lo cierto pero nada de eso ya importaba, su mente no logró soportar la brutal transformación a la cual había sido sometida.

El vínculo que existía entre uno y otro ahora había desaparecido. De ella solo quedaba una sombra, los restos derrumbados y decadentes de una persona maravillosa, de él, solo quedaba tristeza y dolor de haberle

fallado.

Entonces el inmortal se derrumbó, se dejó vencer por el dolor.

Circe vio la decepción y la pena en Amón y comenzó a reír de placer.

-Sufre hijo de puta. Vas a sufrir como lo hizo mi hermana. *-El estupor hizo que olvidara totalmente la pelea-*

A Amón el corazón le pesaba aún más luego de escucharla, la locura en sus palabras lo lastimaban más que cualquier espada.

-Tu estuviste allí, tu me salvaste. Ella, con su último aliento, le dio poder a tu armadura para que me salvaras. *-Amon tomo a Circe por el peto de cuero con fuerza y dejó su rostro a centímetros del de ella-* ¡Ese fue su último conjuro, no lo uso para salvarse! Lo uso para salvarme a mí ¡MALDITA SEA Y VIVO CON ELLO DESDE ENTONCES!

La tristeza dobló las rodillas de Amón y lo dejó arrodillado, sumido en una profunda angustia, frente a la mujer.

-Y ahora tu estas luchando junto a un arcano. Tu sabes bien quien mató a tu hermana y pese a ello lo ayudas. Usas la armadura con su último conjuro y pese a ello lo ayudas. Ella se sacrificó por mí, por ti ¡POR TODOS!. ¡Y PESE A ELLO LO AYUDAS!

Amon, en un acto de descontrolada furia, descargó una estocada contra el pecho de Circe. El efecto fue el mismo que cuando quiso atacar a la bestia y fue arrojado hacia atrás con fuerza. El conjuro de Amonet la protegió cuando estaba transformada y lo seguía haciendo ahora.

Circe levantó la lanza y se arrojó con furia contra el iracundo hombre. Los dos se trenzaron en una lucha épica que pocas veces vio el mundo. Decenas de movimientos precisos detenían otros igual de exactos en una danza exquisita que solo se logra con incalculables décadas de práctica. Lentamente Amon comenzó a controlar la lucha y Circe comenzó a arrepentirse de haberse dejado llevar por su odio.

Amon golpeó con fuerza la pierna de apoyo de Circe haciendo que quedara con una rodilla sobre el suelo. Requirió mucha fuerza hacer que se arrodille, la anomalía de ella hacia que su piel fuera dura como la roca y al mismo tiempo igual de pesada.

Cuando quedó arrodillada amon colocó un pie sobre el muslo de la pierna que estaba doblada y lo uso como escalón. Con un golpe golpeó la muñeca de la mano que sostenía la lanza haciendo que la suelte.

Tomó el arma en ese instante y apoyó la otra pierna en el hombro y salto lo más alto que pudo, en el aire apuntó con la lanza al corazón y usó la fuerza de su caída para potenciar el golpe.

Circe estaba aterrada, el movimiento había sido asombroso, jamás había visto a alguien moverse tan rápido. La lanza mágica podía perforar su armadura, al fin y al cabo estaba hechizada por la misma persona y la punta estaba por clavarse en su corazón.

Amon vio el terror en Circe y le fue imposible no recordar a la muchacha que había sido, por eso dejó de apuntar al corazón y clavó la lanza en su pierna.

Maldijo a Amón con gritos llenos de frustración y babas.

-Voy a hacer que sanes. -*Le prometió Amon-*

¡No hay nada de que sanarme hijo de puta! ¡Ella era todo para mí, la amaba! ¡Tú guiaste a la bruja que la mató! ¡Mientras yo esté en este mundo, voy a destruir todo lo que tu valoras! ¡ME ESCUCHAS! ¡VOY A DESTRUIR TODO LO QUE TE IMPORTA!

Amon arrojó su escudo al suelo y de su tatuaje invocó un mazo enorme.

-Yo también amé a Amonet, nunca lo olvides.

Luego avanzó hasta la rodela y con un poderoso mazazo la destruyó. Las ondas mágicas se dispararon hacia todas partes en medio de un estruendo. La niebla retrocedió hasta el punto de casi desaparecer permitiéndole ver donde estaba Juan Martín.

La niebla lo volvió a cubrir todo pero ya era tarde, sabía la posición del maldito arcano.

*"Hasta que no quede ningún hombre que pueda conjurar"* había sido la promesa que habían hecho Circe y el hacía cientos de años atrás al pie de la Gran Esfinge de Guiza. Su único vínculo con la humanidad había caído en los brazos de la locura y sin ella, el también caía en otros brazos, los del odio.

Corrió con toda la fuerza que le otorgaba la furia y salió de la niebla dejando tras de sí rastros de ella al avanzar.

Juan Martín supo que Circe había fracasado y maldijo el momento en que la loca lo había convencido de quedarse. Ahora solo quedaba enfrentar al indetenible.

Usó su poder para levantar una columna de roca que elevó a Amón sobre la tierra casi cien metros. Luego llevó su poder casi al máximo creando una tormenta de la cual comenzaron a caer pedazos de granizo gigantes, del tamaño de un caballo, sobre el pilar donde había quedado atrapado el inmortal.

La destrucción fue total, cientos de pedazos de roca e hielo caían sobre la faz de la tierra.

El gaucho entendió que era imposible detenerlo al verlo descolgarse velozmente por el pilar de roca semi destruido y retomar su arremetida como si nada hubiese pasado.

Utilizó el viento mágico para impedir que avanzara y empujó con el al inmortal hasta casi detener su marcha.

Amón hizo aparecer una lanza, la cual uso para clavarla en el suelo a modo de punto de apoyo y con dificultad comenzó a avanzar hacia su enemigo. La clavo una vez y con la potencia de sus brazos logró avanzar el cuerpo, luego volvió a hacer lo mismo y avanzó otro poco mientras los cabellos se le arremolinaban de un lado para el otro.

Juan Martín comenzó a notar que la fuerza le comenzaba a faltar, no lo sabía aún, pero la magia tenía un costo y ese costo era su fuerza vital.

Miro sus manos y noto que se veían mucho más arrugadas y con manchas, como las de una persona anciana y sintió miedo, se estaba consumiendo mortalmente al usar su poder y, al mismo tiempo, si se detenía la muerte lo iba a encontrar igual.

Entre la desesperación y el miedo a morir, sintió una presencia, no era la cálida y pura comparecencia de La Madre si no una fría y totalmente ajena a todo lo que existía sobre la faz de la tierra.

Sintió un poder extraño que ingresaba a él dejando solamente el temor y el miedo y en ese instante en su mente sintió la palabra: Muerte.

Un aura violácea lo cubrió y de él emergió un poder maligno que levantó a Amón y lo comenzó a comprimir.

El indetenible hombre ahora gritaba de dolor mientras lentamente sus músculos y hueso se estrujaban como si fuese víctima de una boa constrictora. Disfrutaba verlo gritando e indefenso pero había algo en ese goce que no era de él sino del ser que poseía aquel maligno poder.

Juan Martín cerró los ojos y con un esfuerzo enorme enfrentó el terror a la muerte y cesó toda actividad mágica haciendo que la presencia

desaparezca.

Ahora comprendía porqué aquel hombre intentaba detener toda manifestación de magia, ese poder que lo había abordado estaba siempre al acecho de que algún usuario de la magia flaqueara.

Estaba convencido de que si hubiese matado a Amón su alma hubiese sido consumida por aquel ser intangible y oculto.

Amón se levantó con dificultad, le dolían todos los músculos pero su objetivo no iba a cambiar en lo más mínimo: Matar al arcano. Demoró unos segundos en alejar el mareo producido por el apretón y una vez que se sintió recuperado avanzó hacia el gaucho.

Alzó la lanza y descargó toda su furia contra el pecho de Juan Martín pero nunca llegó a lastimarlo, el caballo cimarrón de Eluney empujó la lanza y haciendo gala de una agilidad salvaje tomó a su amado por la cintura y lo rescató.

Todos los querandíes sobrevivientes cabalgaron detrás de la pareja y algunos pasaron cerca de Amón sin medir el peligro que representaba en ese momento aquel hombre, allí parado, viendo como se alejaba su enemigo.

Un muchacho joven cometió el error de no verlo y lo llevó por delante pero, contrario a lo que se suponía debía pasar, Amón no fue arrollado por el caballo si no que logró montarse detrás del jinete y luego lo bajó de un golpe en la cabeza.

A unos metros, Circe maldecía en egipcio antiguo, su lengua natal, por el dolor que le producía los intentos por quitarse la lanza. El último tirón, el que quitó la lanza, generó un dolor agudo que lo iba a recordar por mucho tiempo.

Observó el grupo de jinetes huyendo y apuntó al que tenía el caballo más fuerte y le arrojó la lanza. Se acercó tambaleante hasta el caballo abandonado y montó.

En un hermoso caballo criollo de color marrón, el sargento Luna observaba el horizonte mientras sus subalternos esperaban detrás.

Pensaba en la puta suerte que había tenido de estar de guardia justo ese día en el cual habían masacrado a una familia entera de terratenientes, los Anchorena. Mocosos mimados que seguramente se habían emborrachado y provocaron a las personas equivocadas lo cual ahora causaba que tuviese que buscar a los asesinos a los cuales entendía por

haberlo hecho ya que, los Anchorenas, nunca fueron personas que merecieran la vida.

A él no le correspondía hacer ese juicio de valor, así que allí estaba, siguiendo las huellas de tres personas sospechosas de haberlos cortado como cerdos en el matadero.

Sus huellas se habían esfumado por el viento de la mañana y poco quedaba por hacer más que esperar allí a que pasara el tiempo necesario para volver e informar que no había encontrado a nadie.

Una polvareda alertó a Luna de que varios caballos se acercaban al galope, lo que en aquel lugar no era nada bueno ya que estaban en territorio querandí. Volvió a maldecir su suerte y extendió su largavista para confirmar lo peor.

¡MALÓN! grito y espoleó a su caballo y su pelotón se colocó en formación. Detrás de ellos estaba Carrizos, sin duda el blanco del grupo de forajidos indígenas. Desenfundaron sables y rifles a la espera de que Luna diera la orden.

Juan Martín iba apoyado en el hombro de Eluney y el galope del caballo hacia que su cuerpo fuese de arriba hacia abajo en rápidos brincos.

No era consciente de que estaban huyendo, ni tampoco de que, detrás de él, Amón lo perseguía. Solo pensaba en aquella presencia inhumana y fría y del peligro que representaba usar la magia.

Había logrado sobrevivir y no cayó bajo la tentación de aquel ser y sabía el porqué. Cuando se encontró con La Madre, en aquel sueño junto a Baltazar, ella había señalado su corazón con tristeza y al negarse a abandonar su carga, su dolor y su sed de venganza por aquella bestia, el sueño había concluido bruscamente. Luego, en el segundo encuentro, ella le mostró una manera de purgar su dolor dejando libre su corazón del odio y cuando tuvo la oportunidad de destruir a Amón la rechazó, poniendo su vida en peligro y no cediendo ante el odio. Todo estaba en la persona que portaba la magia, todo estaba en su corazón, en su entereza como ser. Entonces supo que no debía volver a temer por aquella presencia al usar la magia.

Sintió el cuerpo de Eluney delante suyo, comprendió que galopaba junto a ella e intentó recordar cómo había llegado hasta ahí pero se sentía demasiado cansado, apenas podía sujetarse de la cintura de la mujer.

-¿Eluney, que está sucediendo?

Ella lo miró sobre el hombro preocupada.

-Ñultripan, Soychu cay Gualichu quintun.

Juan Martín no entendió casi nada, solo Soychu y Gualichu que era como ella llamaba al Milico y a la bestia respectivamente.

Eluney repitió lo dicho en un limitadisimo castellano.

-Soychu y Gualichu perseguir.

Se sentía tan cansado que no pudo voltear para mirar hacia atrás.

-Tu viejo. *-Dijo Eluney mientras miraba las manos de Juan Martín-*

Entonces recordó lo que había sucedido. Le pidió demasiado a su poder y este había consumido gran parte de su energía vital.

El grupo de querandíes galopaba sin dirección, lo único que los guiaba era Eluney la cual no tenía idea a donde dirigirse.

Tras la muerte del cacique chamán a manos de Amón los aborígenes había quedado sin líder y por falta de uno seguían a la persona que había actuado cuando nadie más lo había hecho.

Cabalgaban con el sol al frente hasta que Eluney divisó la silueta de varios jinetes a la distancia e inmediatamente ordenó a su caballo girar hacía el sur. Aquellas sombras lejanas sólo podían ser de militares y, considerando que se estaban moviendo en un grupo bastante grande, era estúpido no pensar que iban a ser considerados como un malón.

El sargento Luna analizo cuidadosamente la nueva situación, con su mano en alto era testigo del cambio de rumbo del malón.

Si bajaba el brazo, dando la orden de atacar, se enfrentaba a la casi segura posibilidad de perder soldados y hasta su propia vida. Si dejaba el brazo allí, arriba, hasta que los querandíes se perdieran en la lejana línea del horizonte estaría ignorando su deber priorizando su vida y la del resto.

La decisión hubiese sido muy simple para la mayoría de los integrantes del cuerpo del ejército Argentino, pero para él no. Los recuerdos de su infancia destruida por el ataque de un malón hacían que su puño en alto tiemble ante el proceso de decisión.

Tres soldados quisieron acelerar ese proceso y bajaron los rifles y aliviados afirmaron que los "indios" se estaban yendo pero se asombraron al escuchar a su sargento gritar a voz en pecho: ¡A la carga!

La civilización y la barbarie chocaron fuerte. Los querandíes que iban retrasados fueron alcanzados de frente por los hombres de Luna. Los que iban más adelante, que había llegado a doblar siguiendo a Eluney evitaron la carga pero no los disparos de un segundo grupo que se había dividido.

En este punto ya no era posible saber quien formaba parte de la civilización, sólo había barbarie. Los disparos alcanzaron al caballo de Amón el cual rodó por el suelo levantando tierra y piedras pero el jinete no sufrió el destino que hubiese sufrido cualquier otro, no probó el duro suelo ni el animal no rodó sobre él, solo caminó fuera de la nube de tierra y cuando pudo bajar al primer jinete desprevenido lo hizo con una simpleza aterradora.

Otra vez al galope y quitando del medio a soldados desprevenidos y querandíes que intentaban defenderse logró ver el caballo blanco con una sola mancha negra en el anca izquierda con el cual había escapado Juan Martín junto a Eluney.

Eluney escuchó la primera ronda de disparos e instintivamente agachó la cabeza. Luego se aseguró que su compañero estuviera ileso y por último miró a sus padres, corrían a su lado. Entonces algo alcanzó a su caballo, no fue una bala si no una lanza tacuara que se clavó profundo en una de sus ancas arrojada por la mano hábil de Amón.

El animal no cayó inmediatamente, se detuvo e hizo unos relinchos agónicos para luego desplomarse al suelo. Eluney logró saltar antes del desplome pero Juan Martín cayó como peso muerto y el caballo quedó sobre sus pies.

Amón bajó del caballo y comino entre el infierno que se estremecía a su alrededor, soldados apuñalando querandíes, querandíes matando a golpes a soldados heridos, caballos caídos vertiendo sangre por todo el suelo de la pampa, disparos zumbantes que impactaban y desgarraban cuerpos, lanzas furiosas que se arrojaban en represalias, todo esto era ajeno para el inmortal, caminaba como si nada sucediese y todo lo de alrededor parecía no afectarle, como si él fuese un agregado a una película que ya se había filmado.

Eluney intentó correr al animal que apresaba a su amor pero le era imposible. Buscó ayuda pero allí no existía tal cosa, solo había barbarie. Luego intentó arrastrarlo, tomándolo por los hombros, con la esperanza de que sus pies pudieran liberarse y lo único que consiguió fue que Juan

Martín recuperara la conciencia gritando de dolor.

Juan Martín apoyó sus manos en el lomo del animal y ayudó a Eluney a empujando con la miseria de fuerzas que le quedaba.

La piel del animal estaba tibia y enseguida noto un cosquilleo en sus palmas. Sintió fuerza vital entrando en su cuerpo a través de sus manos y lentamente el lomo se fue enfriando hasta quedar totalmente frío.

Eluney vio al animal envejecido y muerto y se sorprendió al ver que el gaucho había recuperado su fuerza.

-¡Bien hecho mago! -*Amón lo felicitó*- ¿Que tal te sientes luego de tomar su vida?

Juan Martín vio horrorizado lo que había hecho. ¿Que clase de poder había recibido que podía dejar a un caballo como una pasa de uva, arrugada y seca?

-Yo...yo no sabía...

-No saber es lo que lleva a los que son como tu a convertirse en monstruos, por suerte solo quedas vos y la posibilidad de que horrores peores se vuelvan realidad termina aquí.

Entre el polvo y los gritos, un jinete se acercó al galope, su caballo estaba cubierto con sangre ajena y su lanza goteaba el mismo líquido espeso.

Se colocó entre el gaucho y el milico y desmontó.

Circe miro el caos reinante, cerró los ojos y respiro profundo.

-Muerte. ¿Pueden olerla? Recuerdo que antes me causaba rechazo y repulsión. Que idiota. Ahora me resulta tan hermosa. -*Rió como loca mientras un hilo se formaba desde la comisura de sus labios hasta su barbilla*- Nosotros tenemos algo pendiente y no puede esperar a que mates a ese ridículo proyecto de mago.

Los dos se volvieron a trenzar en una lucha increíble causando más destrucción que la que había alrededor. Si algún querandí o soldado se cruzaba Circe lo ensartaba con su lanza. Por cada rincón por donde los llevaba su enfrentamiento la muerte se multiplicaba.

El sargento Luna vio el peculiar encuentro y decidió ponerle fin antes de que siguieran causando bajas. Reagrupó a cuatro de sus hombres a caballo y cargó contra el dúo.

Circe vio a Luna galopar con su sable en alto en clara intención de ataque. Cuando el hombre usó su arma la tomó con sus manos y tiró arrojándolo al suelo.

Uno de los hombres del sargento intentó embestirla pero ella se plantó firme en el suelo para detener el impacto. El animal se detuvo en seco, como si hubiese chocado contra una pared y su jinete murió al impactar el suelo tres metros más adelante.

Luna levantó su arma mientras su puño temblaba horrorizado y le disparó donde pudo. La bala rebotó y se incrustó en el suelo y Circe le dio un golpe de puño en el pecho como respuesta.

El pecho del sargento crujió como un cajón de manzanas y cayó muerto en el acto.

Los otros dos soldados huyeron sin mirar atrás.

El mundo es muchísimo más grande de lo que pensamos, no por su extensión física sino por lo que hay en él y la pampa iba a ser testigo de parte de esa grandeza, que permanece oculta para casi todos y al acecho, esperando el momento adecuado para mostrarse.

En ese día, de cielo parcialmente cubierto de nubes grises, el momento propicio se había dado y por el firmamento una nave viajó por los cielos hasta alcanzar aquel lugar, donde un grupo de personas se mataban entre sí.

Aquella nave era dorada, de unos cien metros de largo y de forma rectangular, de sus laterales emergían modestas alas y detrás tenía cuatro turbinas que no emitían ruido alguno.

Descendió, empujando las grisáceas nubes cargadas con agua, hasta dejar cincuenta metros entre el suelo y su casco y de él, un grupo de siete personas descendió suavemente como si la gravedad no existiera.

Estas personas llevaban armaduras doradas, cada una tenía labrada en sus hombreras figuras de animales, un lobo, un cuervo, un oso, una serpiente, un toro, un zorro y un dragón.

Imponentes se pararon en medio de todo el público aguerrido ignorando totalmente la actividad bélica que existía.

Los soldados vieron descender a estas personas, con armaduras doradas desde el cielo iluminados por la blanca luz de la nave y al instante lo asociaron con algo divino y se arrodillaron y persignaron en el lugar donde

estaban. Los querandíes no se persignaron pero si se arrodillaron.

Resulta peculiar ver el esmero que tiene el hombre en contrar diferencia entre sus pares y al mismo tiempo no notar la similitudes que poseen sus dioses.

Eluney y Juan Martín observaron totalmente atónitos el espectáculo y él no dejó de notar lo parecidas que eran aquellas armaduras con la que había usado el milico al enfrentar a la bestia.

Circe y Amón ignoraron completamente al grupo de caballeros dorados que había bajado del cielo.

El único ruido que se escuchaba era el de sus armas chocar con furia.

El que tenía hombreras representando a un zorro habló primero.

*-¡Shak'Trusin, detente! -Ordenó a Amón pero fue ignorado-*

Hizo un gesto con la cabeza al que tenía hombreras de oso y este descolgó de su espalda un arma ancha y larga. Usó las dos manos para apuntar y disparó un rayo que impactó cerca de los dos combatientes.

La explosión capturó la atención de los dos.

*-¡Estas fuera de control! Detente o te detendremos nosotros. -Amenazó el zorro-*

*-Espera tu puto turno payaso. -Le respondió Circe-*

El zorro no prestó atención al provocación.

*-Mira este desastre, te hemos estado observando desde hace años y la matanza de los arcanos ya superó nuestra tolerancia. Debes parar.*

*-Eso lo voy a decidir yo, Lor'Jakkals. -Respondió Amón mientras mantenía su guardia en alto y no apartaba su vista de Circe-*

Media sonrisa se clavó en el rostro anguloso de Lor'Jakkals y con un tono despreocupado e insolente respondió:

*-Sabes que podemos detenerte, te lo estaba pidiendo por puro formalismo.*

Los ojos azules del zorro volvieron a mirar al oso y el enorme hombre, de más de dos metros caminó pesado haciendo ruidos sordos con sus pies a

cada paso que daba hasta ubicarse entre Circe y Amón.

-Por favor Shak, no me obligues a llevarte por la fuerza. -La voz gruesa del gigante contrastaba con la amabilidad de sus palabras- Jakkals lleva la razón esta vez, estás fuera de control. Recuerda tus ideales, tus convicciones, no eran estas. Mira alrededor, el olor a muerte apesta y tu has tenido parte de la culpa. Tu pesar te ha apartado de tu objeti.. -*El oso interrumpió la frase abruptamente-*

La parte más blanda de una armadura siempre está en las articulaciones y la del oso no era la excepción. Confiado en que nada sobre el suelo del planeta lo podía dañar le había dado la espalda a Circe. La lanza atravesó el hombro del oso de lado a lado.

La inmensa montaña humana se dio vuelta sin importarle el arma clavada y le arrojó un golpe a Circe. Ágil como un gato, la mujer lo esquivó y lo tomó por el brazo para hacerle una llave y arrojarlo.

Cuando Circe intentó realizar la llave el oso usó el peso de su cuerpo para evitar que ella lo levantara. Intentó hacer fuerza pero no logró moverlo un centímetro, entonces recibió un golpe en la cabeza que la hizo caer al suelo.

Amón aprovechó el momento de distracción y corrió para alcanzar a Juan Martín y al fin poder acabar con la plaga arcada de una vez y para siempre.

El zorro miró a la serpiente, una mujer de un metro sesenta, delgada y con el rostro cubierto por el casco de su armadura. Hizo un gesto de afirmación y corrió rápida como el viento para alcanzar a Amón.

Cuando lo tuvo a tiro le arrojó una red que lo dejó enredado en el suelo.

El inmortal intentó cortarla con su espada pero fue imposible, el material era indestructible.

La serpiente tomó la red y lo arrastró hasta donde estaban los demás.

-¿No te esperabas una red tan fuerte verdad? Somos buenos en nuestro trabajo. -*El zorro rió con una voz fina e irritante-*

-Lo siento viejo, no lo tomes a mal. Sabes que estamos siguiendo tus órdenes, es por el bien de todos. -*Se disculpó la serpiente con Amón-*

Ahora todas las miradas estaban en el oso y Circe. La muchacha egipcia poseía una anomalía que hacía que su piel se fuera volviendo cada vez más dura y pesada con el paso del tiempo lo que hacía que un golpe directo de su puño fuese equivalente a un mazazo dado por un

fisicoculturista.

El oso era hábil luchador pero no poseía la velocidad necesaria para luchar contra Circe.

Ella había logrado patear la rodilla de su adversario desde atrás y lo había dejado de rodillas y en ese momento le soltó un golpe en el medio de la cara con todas sus fuerzas.

El casco de la armadura salió despedido y se enterró en la arena, de la nariz del gentil gigante brotó sangre.

Furioso se levantó e intentó agarrarla sin éxito.

La pelea estaba estancada, él no podía golpearla y ella no tenía la fuerza suficiente para vencerlo.

El zorro miró al lobo y sonrió despectivamente.

-Ve viejo, a ver si puedes ayudar.

Los demás se miraron incómodos, la orden no era de su agrado. Entonces el guerrero seleccionado dio un paso al frente y palmeo el hombro del toro para calmarlo.

Con paso seguro caminó por el árido suelo hasta reducir a metros la distancia entre los dos luchadores.

-¡Suficiente muchacho! Esta mujer sigue en pie luego de todos tus esfuerzos, ahora déjame probar ami.

El oso obedeció a su compañero y saludo a Circe cruzando sus dos brazos sobre el pecho en forma de equis e inclinando levemente su cabeza.

Recogió su casco, se sacó la lanza del hombro y la arrojó al suelo y se unió a sus compañeros.

El lobo tomó la lanza y la observó unos segundos.

-Esta es una arma exquisita, pero está rota. ¿Que le sucedió? -*Le pregunto a Circe-*

Circe no contestó. Comenzó a moverse en círculos alrededor de él. Observando, midiendo, disfrutando con la posibilidad de poder matar a alguien pero molesta por no poder haber liquidado al otro.

El lobo tocó un costado de su casco plateado haciendo que se abriera y se lo quitó, luego lo arrojó al suelo. Los cabellos plateados cubrieron sus

hombros y un rostro, al cual el tiempo había forjado cientos de arrugas, contemplo mejor el arma de Circe.

La ancianidad de su adversario le causó mucha gracia, con facilidad superaba los setenta años.

-¿Estas cansado de vivir, momia? Voy a hacer que tu Ka conozca a Osiris .

El lobo no contestó, se limitó a mover la lanza entre sus dedos haciendo que girara, luego la tomó con las dos mano haciéndola girar más rápido y en círculos más abiertos alrededor de su cuerpo y por último se la arrojó a Circe.

La lanza se clavó entre los pies de la muchacha tomándola totalmente por sorpresa. La risa desapareció de su rostro, si aquel viejo hubiese querido atravesarla de lado a lado con su propia arma lo hubiese podido hacer.

-Ten tu arma, la vas a necesitar. -*Sentenció el lobo*-

Cuando Circe tomó su lanza el viejo tomó las espada que llevaba a cada lado de su cintura e inició el combate.

La lucha era claramente injusta, Circe no pudo ni siquiera detener dos ataques que ya estaba en el suelo.

-Si te quedas ahí, no voy a matarte. -dijo mientras volvía a envainar sus armas-

El zorro hizo un gesto de desagrado mientras que los demás golpearon el peto de sus armaduras con los puños en muestra de aprobación.

Circe se levantó y lo quiso tomar por sorpresa pero no fue lo suficientemente rápida.

El lobo detuvo su ataque e intentó clavar sus espadas en el pecho y fue en ese momento que la magia de la armadura de Circe la volvió a proteger.

Una onda de choque mágica hizo salir volando al viejo varios metros, y rodó violentamente sobre el suelo de la pampa y allí quedó tendido sin volver a moverse.

El zorro quedó sorprendido.

-¡Increíble, esa no te la esperabas viejo lobo ¿eh? Magia egipcia, de la buena!

Dos guerreros habían fallado en detener a la mujer, entonces Lor'Jakkals miró al toro.

-Ve tu. *-Dijo el toro negándose a ir-*

El zorro se encogió de hombros y fue a buscar a Circe.

-Si uno quiere que las cosas se hagan bien... *-Murmuró lo suficientemente alto para que el toro lo escuchara-*

Se detuvo a observar si el viejo estaba vivo y tuvo la decepción de comprobar que si.

-Ay viejo Fenrir, parece que tu debilidad nos seguirá acompañándonos.

Circe vio al otro guerrero agachado al lado del cuerpo del anterior y le arrojó su lanza. El zorro la agarró en el aire y se la quedó. Continuó avanzando con la lanza en la mano y los dos se enfrentaron cuerpo a cuerpo.

En menos de dos segundos el Zorro golpeó con fuerza el estómago de Circe teniendo cuidado de no tocar el peto de cuero de su armadura. Luego le hizo una llave al cuello y la dejó caer inconsciente. La tomó de una de las piernas y la arrastró hasta donde estaban el lobo.

Se colocó la lanza bajo el brazo y tomó al viejo de uno de sus piernas y los arrastró hasta donde estaban los demás.

Soltó al lobo frente a los pies del toro.

-Tu lo cargaras hasta la nave.

A circe la soltó frente al oso para que este hiciera lo mismo.

-¿Para qué nos llevamos a la mujer? *-Preguntó el oso-*

El zorro no contestó.

Los siete caballeros junto con Amón y Circe desafiaron la gravedad y se elevaron envueltos en una luz blanca hasta el casco de la nave donde desaparecieron dentro de una escotilla.

El colosal vehículo volador desapareció entre las nubes dejando a sus arrodillados testigos con la boca abierta.

Juan Martín respiró aliviado.

-Adiós Milico.

La despedida le dejó un sabor amargo ya que nunca más iba a poder estar tranquilo. Nada le aseguraba que aquel hombre indetenible volviera a buscarlo, pero algo lo alentó. Aquellos siete habían podido detenerlo. ¿Pero quienes eran? ¿Ángeles? Se negó a creerlo. El milico usaba una armadura similar a la de ellos y él sí que no era ningún ángel.

Eluney había subido al caballo de su madre y le hacía señas para que subiera con su padre.

Los soldados comenzaban a dejar de estar arrodillados y eso podría complicar las cosas, así que montó detrás del anciano y galoparon hacia el sur.

*-¿A dónde vamos? -Preguntó Juan Martín mientras que hacia señas con el dedo apuntado en la dirección a la cual se dirigían-*

-Papa ser Mapuche, Mapuches amigos.

---

Con el pasar de los años, lo que sucedió aquella mañana se lo comió el olvido.

Algunos soldados decidieron seguir la senda del monje y rezarle a su Dios pensando que habían sido iluminados con la presencia de ángeles, otros contaban la historia en pulperías quedando como locos o borrachos.

Los querandíes dibujaron la forma de la nave en vasijas y utensilios que con el pasar del tiempo se perdieron para siempre.

A Juan Martín nadie más los volvió a recordar en Carrizos, nadie recuerda a un criminal y menos a uno que junto a una india y un desertor mataron a una familia de terratenientes.

Pero algo de esta historia no se perdió para siempre, solo un objeto, que formaba parte de la armadura del inmortal, no iba a callar. Aquel pedazo, dorado y rectangular, que quedó entre los brotes de cardo, los cuales Juan Martín había levantado con su magia mientras el milico luchaba con la bestia.

Aquel fragmento vio crecer aquellos brotes hasta convertirse en Cardos, luego los vio morir y crecer otros en su lugar hasta que la tierra lo comenzó a cubrir y capas de ella fueron tapandolo con el pasar de las décadas, hasta que en algún momento, a fines de los años sesenta, un niño, queriendo plantar un árbol chocó, con su pequeña pala de juguete con aquel rectángulo dorado. Ese niño se lo enseñó a su padre y este a un

amigo hasta que a un amigo de un amigo, que era antropólogo, le llamó la atención.

### **Tilcara, Jujuy. Argentina 1969**

El antropólogo Andrés Alfaro del Museo Arqueológico y Antropológico "Dr. Eduardo Casanova" vuelve emocionado del correo a su oficina. Una carta que había estado esperando desde Inglaterra por fin estaba en sus manos.

Entró a su modesta oficina, tomó el abre carta y extrajo el tan esperado papel:

*Londres, Inglaterra, 12 de Marzo de 1969.*

*Prof. Andrés Alfaro*

*Encargado del museo "Dr. Eduardo Casanova"*

*Presente:*

*Le agradezco a usted el haberse puesto en contacto conmigo. La descripción, excelentemente detallada del objeto que encontró, coincide perfectamente con las otras de su clase que estamos estudiando.*

*Las Reliquias del Ultimo Atlante son para mi y mi grupo de investigadores algo apasionante y por eso le agradezco especialmente que comparta su hallazgo con nosotros.*

*Mi vuelo sale de Londres el 15 de Abril hacia Buenos Aires y nos alojaremos en Hotel Plaza ese mismo día a las 22 hrs.*

*Atentamente*

*Sir Archibald F. Livingrock*

FIN